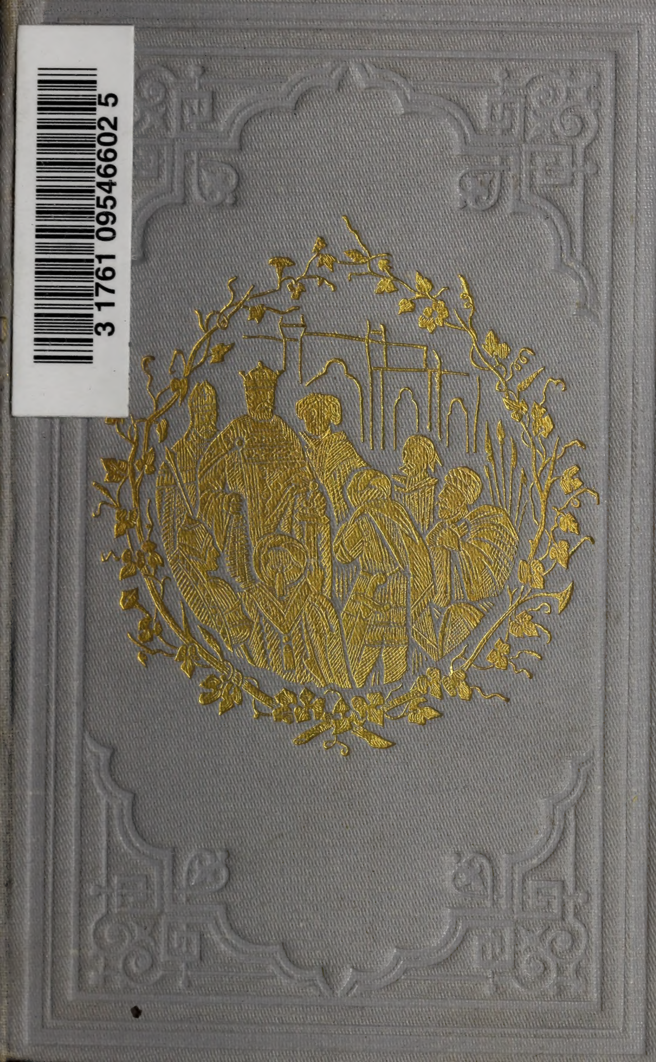
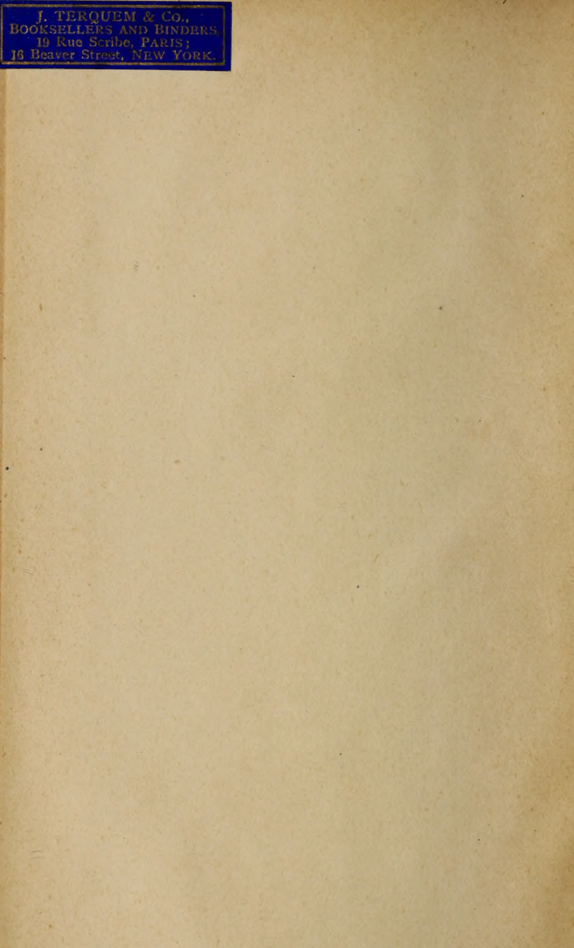

3 1761 09546602 5


J. TERQUEM & Co.,
BOOKSELLERS AND BINDERS
19 Rue Scribe, PARIS;
16 Beaver Street, NEW YORK.

HISTORIA

DEL EMPERADOR

CARLO MAGNO

HISTORIA

DEL EMPERADOR

CARLO MAGNO

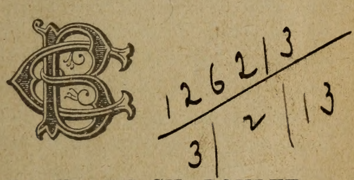
EN LA CUAL SE TRATA

DE LAS GRANDES PROEZAS Y HAZAÑAS DE LOS DOCE PARES
DE FRANCIA, Y DE CÓMO FUERON VENDIDOS POR EL
TRAIDOR GANALÓN, Y DE LA CRUDA BATALLA
QUE HUBO OLIVEROS CON FIERABRÁS,
REY DE ALEJANDRÍA;

TRADUCIDA POR

NICOLÁS DE PIAMONTE.

Nueva edición adornada con finísimas láminas
y corregida con arreglo
á la nueva ortografía de la Academia española.



LIBRERÍA DE LA Vda DE CH. BOURET

PARÍS
23, rue Visconti, 23

MÉXICO
14, Cinco de Mayo, 14

1907.

Nº 50

Braine-le-Comte (Bélgica). — Imp. de la Vda de Ch. Bouret.

PRÓLOGO.

El doctor de la verdad señor S. Pablo dice, que todas las escrituras fueron hechas para nuestra enseñanza: las unas para doctrinarnos en la santa fe católica, echando de los corazones algunas dudas é incredulidades que el diablo de continuo siembra, declarándonos los altos secretos de la Santísima Trinidad, los santos Evangelios, y las obras de nuestro Redentor; las otras para declarárnos las leyes y ordenanzas de los emperadores y reyes, el derecho canónico y civil. Otras, por nos hacer patentes los secretos de Dios en el regimiento del cielo, y el curso de los platenas, cometas y signos con su naturaleza. Otras, para que resistamos á las enfermedades á que los cuerpos humanos son sujetos, y para curar de las que reinan en ellos, para que podamos vivir con salud en este mundo el tiempo que Dios fuere servido. Otras, para darnos de la dulzura, de la filosofía, dándonos á conocer las virtudes y naturaleza de las cosas criadas. Otras nos relatan la pulida retórica, la sabrosa arte de oratoria, las grandes hazañas y caballerías de nuestros antepasados, contando las proezas de los unos, y los vicios de los otros;

porque los unos fuesen ejemplo para bien hacer, y los otros causa de regular nuestras vidas, y encaminarlas al puerto de la salud, y para inclinarnos á hacer grandes hechos, queriendo remedar á nuestros antecesores. Así pues una escritura que ha venido á mi noticia en lengua francesa, no menos apacible que provechosa que habla de las grandes virtudes y hazañas de Carlo Magno, emperador de Roma, y rey de Francia, y de sus caballeros y varones, como Roldán y Oliveros, y los Pares de Francia, dignos de loable memoria por las crueles guerras que hicieron á los infieles, y por los grandes trabajos que por exaltar la santa fe católica recibieron; y siendo cierto que en la lengua castellana no hay escritura que de ella haga mención, sino tan solamente de la muerte de los doce Pares, que fué en Roncesvalles, parecióme justa y provechosa cosa que la dicha escritura, y los tan nobles hechos fuesen notorios en estas partes de España como son manifiestos á otros reinos. Por tanto, yo Nicolás de Piamonte, propongo de trasladar la tal escritura de lengua francesa en romance castellano, sin discrepar, añadir ni quitar cosa alguna de la escritura francesa, y es dividida la obra en tres libros. El primero habla del principio de Francia, de quién

le quedó el nombre, y del primer rey cristiano que hubo en Francia, contando hasta Carlo Magno, que después fué emperador de Roma, y dicho libro fué trasladado de latin en lengua francesa. El segundo habla de la muy cruda batalla que tuvo Oliveros con Fierabrás, rey de Alejandria, hijo del almirante Balán; y esto está en metro francés, y muy bien trovado. El tercero trata de algunas obras meritorias que hizo Carlo Magno; y finalmente de la traición de Ganalón, y de la muerte de los doce Pares. Fué sacada esta obra de un libro bien aprobado, llamado Espejo Historial; y mediante Dios, trasladaré cada libro por sí, los dividiré por capítulos, para mejor declaración de la escritura. Y si en esta traslación hubiere algo de reprensión de la retórica, ó en el romance de vocablos, ó algo que no suene bien á los oídos del lector (que en la sentencia me guardaré de salir un solo punto de la escritura francesa), suplico á cualquiera que le leyere, ú oyere, que con sanas entrañas lo enmiende, y no mire al error de la pluma, sino á la intención del corazón; y de lo que hallare bueno, le ruego asimismo, que al Soberano Dios Todopoderoso dé las gracias, de quien todos los bienes proceden.

En las historias troyanas leemos, que después de la destrucción de Troya hubo un rey muy noble y virtuoso llamado Francus, el cual fué compañero de Enea en muchas batallas, y partiendo Francus de Troya, hubo de aportar, después de haber discurrido gran parte del mundo, en la región de Francia, que entonces se llamaba de otra manera, y por sus crecidas virtudes fué de las comunidades muy bien recibido y alzado por su señor. Cuando se vió pacífico y señor de toda la tierra, mandó edificar una ciudad, y fué por honor de su nombre llamada Francia, por lo cual todo el reino se llamó Francia y después que Francia fué ensalzada á majestad real, después de Francus fué el primer rey suyo Piramus, y reinó cinco años; el segundo Mercurius, y reinó treinta y tres años; el tercero Faramundus, y reinó once; el cuarto Clodius, y reinó diez y ocho; el quinto Morencus, y reinó diez; el sexto Gildericus, y reinó diez y siete; el séptimo fué el rey Clovis, y el primer rey de Francia cristiano, el cual fué después en la Encarnación de nuestro Redentor 484 años, de cuya vida haré alguna mención, porque hace el propósito para esta nuestra escritura.

HISTORIA

DEL

EMPERADOR CARLO MAGNO.

CAPÍTULO PRIMERO

Cómo el rey Clovis, siendo pagano, hubo por mujer á Clotildis, hija del rey de Borgoña.

En aquel tiempo, siendo ya los Borgoñeses cristianos, tenían por rey y señor al noble Gidengus, el cual tenía cuatro hijos : al primero llamaban Agabundus, que sucedió en el reino, y después hizo matar á un hermano suyo llamado Hispericus, é hizo echar en un rio á su mujer; y á dos hijas que tenía, á una hizo desterrar de su tierra; la otra, llamada Clotildis, por sus virtudes y hermosura tuvo consigo. En este tiempo el rey de Francia, llamado Clovis, pagano, hubo de enviar sus embajadores al rey Agabundus : y siendo detenidos algunos dias, tuvieron lugar de ver la hermosura de la doncella Clotildis, sobrina del rey Agabundus, y vuelto á su rey Clovis, y dándole la respuesta de

la embajada, le contaron cosas que habían visto en los palacios del rey Agabundus, no acostumbradas entre ellos, afeando el modo de vivir de los cristianos. Dijéronle asimismo de la hermosura de Clotildis, alabando su mucha discreción, y afirmando nunca haber visto otra más perfecta. Las cuales alabanzas engendraron crecido amor en el corazón de Clovis, recibiendo pena por la no conocida doncella. Despedidos los embajadores, se puso á pensar cómo podría haber aquella tan hermosa doncella por mujer, teniéndolo por imposible, por ser él pagano y ella cristiana. Estando en este pensamiento algunos días, fué forzado descubrir su secreto dolor á un astuto y sabio caballero de su corte, llamado Aurelianus, así para aliviar su pena, contándole su nuevo amor, como para haber de él consejo y remedio de su pasión. Oyendo Aurelianus las razones del rey, fué muy maravillado, y le quiso reprender; mas viéndole tan afligido, y que su recelo sería causa de mayor pena, no menos le dejó de reprender, porque en tal caso muy pocas veces aprovecha la reprensión ni castigo; y queriéndole consolar, dijo se sosegase, que él le prometía de hacer alcanzar aquella doncella de una manera ó de otra, y que á esto se obligaba, ó á perder la vida. El rey le dijo que lo pusiese por obra, que lo que hubiese menester se lo daría. El caballero le besó la mano, y se despidió diciendo, que presto le sacaría de pena. Vuelto pues Aurelianus á su posadero se puso á discurrir y pensar cómo traería á efecto el tal concierto; y después

de haber pensado en todas las cosas que provechosas le parecían, le vino á la memoria como de allí á quince días tenían los cristianos Pascua de Navidad, y que la doncella Clotildis tenía por devoción ir aquella noche á maitines, y llevaba gran cantidad de moneda, y á todos los pobres que topaba daba limosna por honra de la fiesta. Y pensando esto, se fué al rey muy alegre, y le díjo que había discurrido el modo con que podía hablar á Clotildis, y era poniéndose á la puerta de la iglesia para tomar limosna como los demás pobres. Oído el rey esto, lo tuvo por bien, y díjole que previniese lo necesario y ordenase como se había de hacer. Él le dijo, que mandase hacer un anillo riquísimo de oro, y que en él estuviese esculpido su rostro y fisonomía. Venido el tiempo, se partió Aurelianus para la ciudad donde estaba á la sazón el rey de Borgoña y Clotildis, su sobrina; y á la noche de Navidad se puso á la puerta de la iglesia con los pobres que esperaban la limosna, y venida Clotildis, y acompañada de muchas damas, empezó á dar limosna, y cuando Aurelianus la vió cercada de pobres, metióse entre ellos hasta llegar á ella, y cuando alargó el brazo para le dar una pieza de moneda que daba en limosna, le tomó Aurelianus la mano y se la besó. Clotildis, maravillada de aquello se le miró muy bien, y conoció que aunque en los vestidos parecia pobre, debía ser hombre de autoridad, y le quisiera hablar si no fuera por la mucha gente que allí había, lo cual conoció bien Aurelianus.

Acabados maitines, y saliendo Clotildis con sus damas de la iglesia, vió á la puerta de ella á Aurelianus, y después de haberle mirado con mucha atención en la cara, le hizo reverencia y acatamiento como hombre de palacio, y conoció Clotildis ser aquel el pobre que le besó la mano. Llegada á palacio Clotildis se puso á pensar en él, maravillándose de su atrevimiento; y deseosa de saber quién era, le envió llamar, pensando sería algún hidalgo necesitado. Llegando delante de Clotildis, hizo tres reverencias, y sin temor alguno se puso de rodillas para besarle la mano, y ella no lo consintió, y mostrando algún enojo le dijo : ¿ Por qué disimulaba ser pobre? Y Aurelianus, teniendo ser una rodilla en el suelo, le respondió : Señora, sepas por verdad, que yo soy mensajero del muy noble Clovis, rey de Francia, el cual te ruega que quieras ser su mujer, y serás reina de Francia, y te envía este anillo en señal de fe y promesa de matrimonio. Ella le tomó, y le dijo que no pertenecía á un pagano tomar cristiana por mujer; y que allende eso tenía puesta su voluntad en manos de su tío, y no en las suyas; y así le despidió. Bien conoció Aurelianus que no le pesaría del casamiento, y así se volvió para Francia con mucha alegría. El rey Clovis, visto que Clotildis sería contenta de ello, envió sus embajadores al rey Agabundus, pidiéndole su sobrina por mujer : el cual respondió, que en ninguna manera tal consentiría : mas visto por los de su consejo el bien que resultaría de las amistades y paz con el

rey Clovis, rogaron y aconsejaron al rey Agabundus que consintiese en el casamiento, y rehusando de lo hacer, vino su tesorero con el anillo del rey Clovis, que Clotildis lo había echado en el tesoro, y dijéronle ser aquel rostro, que estaba esculpido en el anillo, el del rey Clovis, y entonces consintió Agabundus en el casamiento, y fué llevada Clotildis, con grande acompañamiento y majestad, á Francia, y fué desposada con el rey, con condición que no fuese apremiada ni rogada á dejar la fe de Jesucristo; y fueron hechas las bodas con la ostentación que á tales señores pertenecía.

CAPÍTULO II.

Cómo el rey Clovis fué rogado de la reina Clotildis que dejase los ídolos, y creyese en la fe cristiana.

La noche de las bodas, acostándose el rey Clovis con Clotildis, ella encendida en el amor de Dios, é inspirada por el Espíritu Santo, dijo al rey: Mi muy amado y caro señor, yo te suplico me quieras otorgar una merced antes que llegues á mí. El rey la dijo demandara lo que quisiese, que se lo otorgaba. Primeramente pido y ruego quieras creer en Dios Todopoderoso, que hizo el cielo y la tierra, y en Jesucristo, su Hijo, el cual te

marcó con su preciosa sangre y pasión, y en el Espíritu Santo, confirmador é iluminador de todas las buenas operaciones, procedente del Padre y del Hijo, y en la Santísima Trinidad : crees en nuestra Madre, la santa Iglesia, dejes los ídolos hechos por manos de hombres, y pienses en restaurar las santas iglesias que has hecho quemar. Otro sí te ruego que quieras demandar mi parte de los bienes de mi padre y de mi madre á Agabundus, mi tío, porque los hizo morir sin razón alguna, y la venganza dejó á mi Dios. El rey la respondió : Tú me demandas cosa muy difícil y recia de otorgar, que deje mis dioses que tantas mercedes me han hecho por adorar tu solo Dios : pide otra cosa, que de buen grado te lo otorgaré. Respondió Clotildis : Cuanto á mí es posible te suplico que adoréis á Dios verdadero, hacedor de todas las cosas, á quien solamente debemos adoración. El rey no la respondió nada, ni ella le dijo más temiendo enojarle, y venida la mañana el rey envió sus embajadores á Agabundus, pidiéndole las tierras que á Clotildis, su sobrina, pertenecían; y el rey les dijo que ninguna cosa les daría; mas por consejo de los suyos, hubo de dar grandes tesoros á los embajadores por evitar discordia. De allí á su tiempo la reina parió un hijo, y contra la voluntad del rey le hizo bautizar, siempre rogándole quisiese ser cristiano; mas no lo quiso hacer, ni oir hablar de ello, y el niño no vivió sino tres días, y dijo el rey á la reina : Si tú lo ofrecieras á mis dioses no muriera el niño. La

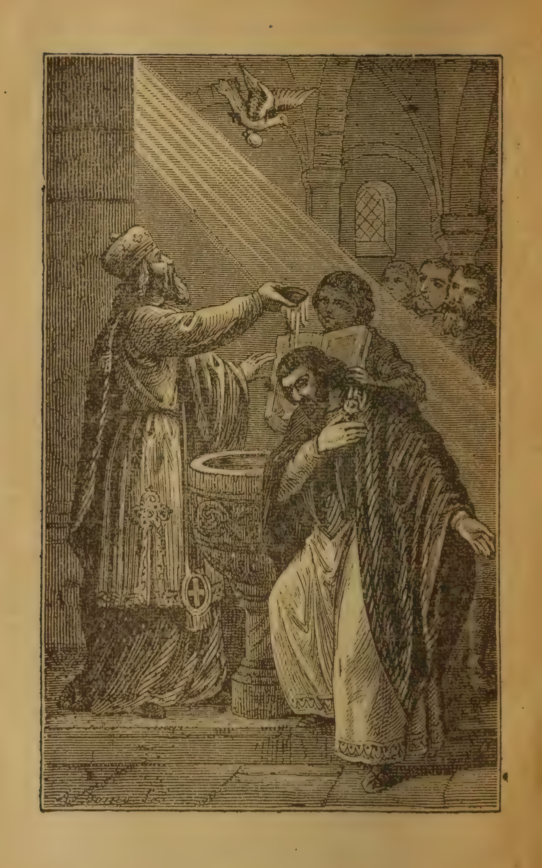
reina le dijo : De esto no recibo pena alguna, antes doy gracias á mi Criador, que quiso recibir en su reino el primer fruto de mi vientre. El año siguiente parió la reina otro hijo, y fué asimismo bautizado, y estuvo tan malo, que todos pensaban que muriera, y dijo el rey á la reina : Bien te dije que no le bautizases, y viviría : mas no tiene ningún remedio, que mis dioses están airados contra mí por ello; y la reina, por temor de su marido, rogó á Dios por su salud, y luego fué sano.

CAPÍTULO III.

Cómo el rey Clovis hubo victoria contra sus enemigos, y creyó en la fe de Cristo.

En este tiempo el rey Clovis hizo guerra con los cristianos comarcanos, vecinos de Francia : y estando con todo su poder en el campo llano, mandó fuesen contados los soldados que tenía de pelea, y hallaron ser ciento y treinta mil; y asimismo procuró saber, de algunos cautivos, cuántos eran los cristianos que le esperaban á la batalla que tenían ordenada, y dijéronle que serían hasta cincuenta mil hombres de pelea. Y después que esto supo, teniendo la victoria por cierta, dió mucha priesa á mover su gente é ir á buscar sus enemigos, que no estaban lejos, los cuales, de que

supieron la venida de los paganos, los esperaron con magnánimos corazones, confiando en la ayuda de Dios. Puesto en buen orden empezaron la batalla, y plugo á nuestro Redentor de dar tal esfuerzo á los suyos, que en poco tiempo fueron los paganos desbaratados, y le fué forzoso al rey Clovis huir, y acogerse á un montecito que cerca estaba, y de allí miraba cómo los suyos sin ninguna resistencia miserablemente morían á manos de los cristianos; y estando allí maldiciendo á sus dioses, se llegaron á él algunos de los caballeros, que por la continua predicación y amonestación de la reina creían secretamente en la fe de Cristo, y le dijeron : Señor, sin duda esto procede del infinito poder del Dios de los cristianos, en quien la reina, nuestra señora, cree y adora; y según parece, ya tus dioses ningún poder tienen, y conviene, para salvación tuya y de tu gente, creer en el verdadero Dios que la reina continuamente predica. Estando en esto, vió el rey cómo su gente arrojaron las armas, entendiendo solamente en huir, y acogerse al monte donde estaba, siguiéndolos sin ninguna piedad los cristianos; y viendo el rey esto, bañado en lágrimas, y puesto de rodillas, á grandes voces empezó á decir : ¡Oh Jesucristo, Hijo del verdadero Dios, en el cual mi mujer cree, y de perfecto corazón predica y notifica ser aquel que ayuda en las tribulaciones, y da remedio á los que esperan en él! con muy contrito corazón pido tu ayuda, porque sea mi gente librada de las crueles armas de los cristianos, que yo te



prometo recibir tu santo bautismo con toda mi gente. Acabado de decir esto, vió que los cristianos dejaron el alcance, y sin mandado de los capitanes, se retiraron á donde estaban al principio de la batalla ; y el rey Clovis mandó tañer los añafiles, y coger su gente que le quedaba, y con ella se volvió á Francia, y contó á la reina, su mujer, lo que le había acaecido con los cristianos, y ella hubo gran placer de ello.

CAPÍTULO IV.

Cómo el rey Clovis recibió el bautismo por mano de San Remi, y cómo en su bautismo milagrosamente fué traida una redoma del cielo, de la cual hasta hoy día son ungidos en su consagración los reyes de Francia en la ciudad de Remis.

Cuando la reina oyó que el rey había prometido recibir el santo bautismo, fué muy alegre, y mandó llamar á un santo hombre, llamado Remi, para que instruyese el rey en la fe. El santo hombre lo hizo así, y le doctrinó en todo lo que había de creer y obrar, según conviene al buen cristiano, y fueron edificadas iglesias, y echas pilas para bautizar. Estando San Remi bautizando al rey Clovis, queriéndole untar con la crisma, como lo manda la Iglesia, milagrosamente vieron los que presentes estaban, una paloma que descendía del cielo con

una redoma llena de crisma en su pico, y á vista de todos la dejó caer en San Remi, y de ella fué primeramente ungido el rey Clovis, y después todos los reyes de Francia que le han sucedido; la cual redoma ha estado siempre, y aun está en la iglesia de San Remi. Bautizado el rey, fueron bautizados los demás de su corte, y poco á poco todos los demás del reino.

CAPÍTULO V.

Del primer libro; y contiene cinco capítulos y habla primeramente del rey Pipino y de Carlo Magno su hijo.

Hace mención el libro presente del rey Clovis, el primer rey de Francia cristiano, y duró su línea ó generación hasta el rey Hildericus, el cual fué muy devoto contemplativo, y curaba poco de las cosas mundanas, y sin ejercitar las obras reales, se metió en religión por hacer vida solitaria. Ahora dejo de hablar de la generación del rey Clovis, que se acabó en este rey Hildericus, y contaré del rey Pipino, el veinticuatro rey de Francia, de su hijo Carlo Magno, en cuyas hazañas tomó el presente libro origen y fin. Léese en el libro que se dice Espejo Historial, fué puesto el rey Hildericus en religión y alzado por príncipe Pipino, noble caballero, de alta sangre, muy esforzado y sagaz en

los hechos de la guerra, y dotado de muchas virtudes, y fué tan querido de todos los del reino, que procuraron alzarlo por rey aunque Hildericus vivía. Y habiendo su consejo, como sin reprensión le podían alzar por rey, acordaron enviar una embajada al papa, llamado Zacarías, con esta cuestión y demanda, diciéndole ¿cuál era más digno de la corona real : el que vela y trabaja por la paz y tranquilidad del reino, ó aquel que solamente de su ánimo, puesto en religión, hace vida solitaria? Y el papa respondió, que aquel que regía bien el reino, y le tenía en su justicia, era verdadero rey. Y visto esto los grandes del reino, y mirando un dicho de Salomón que dice : El príncipe negligente hace el pueblo perezoso, y que es bendita la tierra que tiene príncipe noble, alzaron al noble Pipino por rey, y fué ungido con autoridad apostólica por manos de San Esteban; y ordenó que los reyes de Francia sucediesen de generación en generación, y no heredasen las mujeres; porque ningún señor de extrañas tierras no señorease el reino, y fué casado con la noble reina Berta, hija del grande Herclín César, de donde el linaje de los romanos, germanos y griegos descienden, por donde á buen derecho su hijo Carlo Magno fué elegido por emperador de Roma. Reinó Pipino con gran prosperidad diez y ocho años, fué enterrado en su iglesia de San Dionisio, cerca de París, y quedó el regimiento á Carlo Magno, su hijo, como por extenso se dirá.

CAPÍTULO VI.

Cómo Carlo Magno, después de hechas muchas constituciones con el papa Adriano, fué alzado emperador de Roma.

Carlo Magno, después de la muerte de un hermano suyo fué rey y señor de toda la provincia de Francia, y fué llamado Carlo Magno, así por sus grandes virtudes y hazañas que hizo, como por el grandor de su cuerpo. Y en aquel tiempo el papa Adriano hacía continuamente guerra á los infieles, aumentando la fe cristiana, y destruyendo las herejías : construía iglesias, y mandaba hacer imágenes á representación de los bienaventurados santos, en corroboración de la fe de Cristo : y Carlo Magno asimismo jamás cesaba de guerrear y destruir los infieles que confinaban con sus reinos. Venidas á noticia del papa Adriano las grandes virtudes y hazañas de Carlo Magno, envióle á rogar que quisiese llegarse á Roma, lo cual luego puso por obra Carlo Magno, y con la gente de guerra que tenía pasó los puertos, y entró en Italia; y llegando á Roma, fué con mucha honra y alegría recibido. Y donde á poco tiempo el papa Adriano allegó toda la gente que pudo, y con Carlo Magno 'descubrió toda la Lombardía y las otras provincias de Italia, tomando villas, ciudades y fortalezas que estaban en poder de paganos, y tomaron la ciudad de Pavia, y eligieron un muy

santo hombre por obispo, y ordenaron ciento cincuenta y tres obispos, arzobispos y abades, y fueron repartidos por toda la provincia. Instituyeron asimismo grandes privilegios y constituciones en favor de la Iglesia. Tuvo Carlo Magno dos hijos, el uno se llamó Pipino y el otro Luis, con los cuales y con los doce pares que estaban juramentados, y habían prometido fidelidad el uno al otro, defendiendo la fe, hizo grandes guerras á los infieles, y después que hubieron desarraigado las herejías de Italia, se volvieron para Roma. En aquel tiempo los romanos habían muerto á su emperador y entre ellos había discordia: los unos querían á Constantino, hijo del emperador muerto, y los senadores querían otro. Viéndolo el papa Adriano, habló con ambas partes, loando las virtudes y grandes hazañas de Carlo Magno, de manera que todos tuvieron por bien de le escoger y alzar por empe-rad ; y donde á pocos días falleció el papa Adriano, y sucedió el papa León, hombre de muy santa vida, el cual de consentimiento de los romanos, coronó á Carlo Magno de la corona imperial.

CAPÍTULO VII.

De la estatura de Carlo Magno, y de su modo de vivir.

Carlo Magno, siendo emperador, hizo muchas cosas maravillosas. Imperó trece años, y antes había reinado treinta y tres. En tierra de Roma

edificó muchas ciudades, restauró muchas villas y lugares, que fueron destruídos por grandes guerras, é hizo otras hazañas, que por excusar prolijidad dejo de contar. Escribe Turpín, santo hombre, arzobispo que fué de Remi, el cual anduvo mucho tiempo en su compañía, que era hombre de gran cuerpo, bien fornido y proporcionado de miembros, con mucha ligereza, feroz en el mirar, la cara tenía larga, y traía continuamente la barba larga de un palmo, los cabellos negros, la nariz roma : tenía muy honorable presencia, los ojos como de león, tirando algo á bermejos y relucientes: las cejas y sobrecejas declinantes á rojas: si estaba enojado, con sólo mirarle espantaba ; el cinto con que se ceñía tenía ocho palmos de largo; los muslos y pantorrillas bien fornidas, y grandes pies á maravilla. Su comer era dos veces al día, y poco pan le bastaba ; comía un cuarto de carnero y dos gallinas; su cena era de caza asada ; bebía tres veces no más con poca agua, alcanzaba muy grandes fuerzas, que muchas veces le vieron hendir yelmos y cabezas hasta los dientes de un golpe de espada; y estando á caballo, alzar un hombre armado tan alto como su cabeza con un brazo solo: tenía en sí tres condiciones de gran virtud. Primeramente era en todo muy moderado en mandar: era contrario del emperador Titus, hijo de Vespasiano, que era tan pródigo, que algunas veces no bastaba á dar lo que prometía. Segundamente era tan avisado en juzgar; por lo que jamás se quejó nadie de él, y usaba algunas veces de piedad,

según la persona y la calidad del delito. Terceramente era muy astuto en hablar: asimismo escuchaba con mucha atención al que le hablaba.

CAPÍTULO VIII.

Cómo Carlo Magno doctrinaba sus hijos é hijas.

Hacía Carlo Magno enseñar á hijos é hijas las siete artes liberales, y siendo los hijos de edad, los hacía enseñar muy bien á cabalgar en caballos, mandábalos armar de todas armas, y jugar hachas de armas y lanzas, y después justas, porque fuesen diestros en la guerra; y finalmente lês hacía ejercitar todo género de armas y modo de pelear, así en pie como á caballo. Después de esto los mandaba ir al monte á la caza de jabalíes, osos y otros animales feroces; y mandábales siempre huir de toda ociosidad. Á las hijas mandaba hilar, tejer, labrar oro, seda, y otros ejercicios mujeriles; porque el ocio no las hiciese caer en pensamientos desordenados, ni inclinarlas á vicios. Y cuando Carlo Magno estaba desocupado de sus graves negocios, se ocupaba en leer y escribir alguna cosa nueva, tomando el ejemplo que nos dejó San Pablo en sus Epístolas, amonestándonos á hacer siempre alguna obra buena, porque nuestro enemigo no nos halle ociosos En Aquisgrán, de Alemania, en sus palacios, mandó hacer una iglesia muy maravillosa, y la dotó de mucha renta á honra de nuestra Señora.

CAPÍTULO IX.

Del estudio y obras caritativas de Carlo Magno.

Siendo el emperador Carlo Magno instruído en las artes liberales y otras ciencias morales y espirituales, gastaba mucho tiempo en leer libros, visitaba la iglesia tres veces al día, á la mañana, al mediodía y á la noche. En las fiestas solemnes mandaba cumplidamente honrarlas, distribuyendo mucha cantidad de sus bienes. Era muy caritativo y limosnero, y no solamente con sus vasallos, mas enviaba cada año á Siria, Egipto y á Jerusalén, repartiendo grandes tesoros á personas necesitadas. En sus comidas y cenas siempre tenía lectores que leían cosas de Dios, queriendo apacentar el alma de viandas espirituales, para dar gracias al Criador, cuando entendía en dar sustento corporal al cuerpo para conservar la vida; y entre otros libros se deleitaba mucho en uno que llama *Civitate Dei*. Tenía por uso á las noches quebrar á veces el sueño y pasearse un rato, rezando sus devociones. Enviaba cada año dos veces hombres buenos que visitasen las ciudades y villas de sus reinos, por saber cómo eran regidos, y si se ejecutaba justicia, porque no fuesen los pequeños agraviados de los mayores, y oyendo Aarón, rey de Persia, la magnificencia y nobleza de Carlo Magno, le envió un elefante, y el cuerpo de San Cipriano y de San Esperatus, y la cabeza de San Pantaleón, mártires.

CAPÍTULO X.

Cómo en un lugar llamado Mormionda estaba Carlo Magno haciendo guerra á los paganos.

En el libro primero he hablado del primer rey de Francia cristiano, descendiente según mi propósito hasta Carlo Magno, cuyas hazañas no podrá ningún hombre enteramente contar, ni las de los doce Pares, de cuyas proezas hablaré en su lugar, según lo hallé en Crónicas francesas, y lo que arriba está escrito he sacado de un libro auténtico, llamado Espejo Historial; y sin discrepar ninguna cosa, le volví del latín en lengua castellana. Y este segundo estaba en metro francés, y fuí rogado le pusiese en castellano, ordenado por capítulos : y dícese que Fierabrás fué un maravilloso gigante, y que fué vencido de Oliveros, y recibió el bautismo, y fué santo. Después de la cruda batalla de Oliveros hablaré de las reliquias que cobraron los cristianos, de las que fueron llevadas de Roma, y estaban en poder del almirante Balán, padre de Fierabrás. Y en este libro no entiendo hacer otra cosa, sino volver los versos franceses en prosa castellana siguiendo al pie de la letra, sin añadir ni quitar cosa alguna ; y este libro es por la mayor parte aplicado á la honra de Oliveros : aunque haya otras materias y muchas sentencias, ya entiendo hablar de cada uno de los principales varones de Carlo Magno, que se dicen doce Pares

de Francia, que eran capitanes del ejército, y eran hombres de mucha estima y virtud, y valientes por sus personas, y grandes señores, y de noble sangre; ya de valientes había mucho, según hallo en las Crónicas francesas. Primeramente Roldán, conde de Ceconia, hijo de Milón y de Berta, hermana de Carlo Magno; Oliveros, conde de Genés, hijo de Regner; Ricarte, duque de Normandía; Guarín, duque de Lorena; Gioste, señor de Bordolís; Hoél, conde de Nantes; Oger el Danois, rey de Daria; Lamberto, príncipe de Bruselas; Tietri, duque de Dardania; y Basín de Beasibais; Guy de Borgoña; Guadabois, rey de Frisa; Ganalón, que hizo después traición, como diré al fin del tercer libro; Sansón, duque de Borgoña; Riol de Man; Alos y Guillermet Cesmet; Naymes, duque de Fanaria, y otros muchos, que aunque no andaban continuamente con Carlo Magno, eran sus súbditos, y hacían lo que les mandaba; mas la mayor parte de los nombrados le acompañaban siempre.

CAPÍTULO XI.

Cómo vino Fierabrás al ejército de Carlo Magno buscando cristiano ó cristianos con quien pelease.

El almirante Balán era un gran señor muy poderoso, y tenía un hijo llamado Fierabrás, hombre de maravilloso grandor, de grandísimas fuerzas, de magnánimo corazón, muy diestro en todas armas, y era rey de Alejandría, y señor de toda la provincia de Babilonia hasta el mar Bermejo y Jerusalén. Con muy gran número de infieles entró una vez en Roma, y se llevó la corona de nuestro Redentor Jesucristo y los santos clavos con que le enclavaron en la cruz, y otras muchas reliquias; y llamábase Fierabrás de Alejandría, el cual, como supiese de sus espías que el emperador Carlo Magno y los doce Pares de Francia estaban en Mormionda con un grande ejército, lleno de soberbia y arrogancia, confiando en sus grandes fuerzas y destreza, cabalgó en un brioso caballo, y tomando una gruesa lanza, se fué solo á Mormionda, y no hallando con quién pudiese hablar, con espantable voz comenzó á decir de esta manera: ¡Oh emperador Carlo Magno, hombre cobarde y sin ninguna virtud, envía dos, tres ó cuatro de los mejores de tus varones á un hombre solo que espera batalla, aunque sea Roldán, Oliveros, Tietri, Oger el Danois, que te juro á mis dioses no

les volver la cara, aunque sean seis, cata que estoy en el campo solo, y muy alejado de los míos; y si esto no haces, por todo el mundo publicaré tu cobardía y la de los tuyos, indignos de se llamar caballeros. Pues tuviste osadía de acometer la Morisma, y de ganar reinos y provincias, ¡ ten esfuerzo de dar batalla á un solo caballero! Dicho esto ató su caballo á un árbol, quitóse el yelmo, y se tendió en el suelo, y dende á poco alzó la cabeza, mirando á todas partes si venía alguno; y desque no vió á ninguno, dando mayores voces comenzó á decir: ¡Oh Carlo, indigno de la corona que tienes, con un solo caballero moro pierdes la honra que en grande multitud de moros muchas veces has ganado! ¿Oh Roldán, Oliveros y Oger el Danois, y los que vos llamáis doce Pares, de quienes tantas hazañas he oído, cómo no osáis parecer delante un solo caballero? ¿Habéis por ventura olvidado el pelear, ó vos hace miedo mi lanza? Venid, venid todos los doce Pares, pues uno solo no osa.

CAPÍTULO XII.

Cómo preguntó el emperador á Ricarte quién era Fierabrás.

Carlo Magno, el emperador, oyendo las palabras de Fierabrás, maravillándose mucho de su atrevimiento, preguntó á Ricarte de Normandía,

¿quién era el pagano que tanto le amenazaba? Y respondió Ricarte : Señor, este es hijo del almirante Balán, hombre de muy grandes rentas, y señor de muchas provincias, y es el más feroz hombre del mundo; llámase Fierabrás, y es aquel que entró en Roma, y mató al Apostólico y á otros muchos, y robó las iglesias, y el que echó las santas Reliquias, por las cuales tantos trabajos y fatigas has recibido; es hombre de grandes fuerzas, y muy diestro en todas armas. Entonces dijo Carlo Magno : Tengo esperanza en Dios, que su gran soberbia y locura será humillada y abatida. Y viendo que ningún de los doce se movía para la batalla, tuvo algún enojo entre sí; y sin darlo á conocer á nadie, llamó á su sobrino Roldán, y díjole : Sobrino, yo os ruego os arméis, y salgáis á la batalla con Fierabrás, que yo espero en Dios seréis victorioso.

CAPÍTULO XIII.

De la respuesta de Roldán al emperador Carlo Magno.

Señor, respondió Roldán al emperador; por cierto yo no iré á la batalla si no van otros primeros; y la causa es ésta, que la postrera batalla que dimos á los paganos los nueve caballeros, fuimos cercados de cincuenta mil moros, y

hacíamos tanto de nuestras personas, que la mayor parte de ellos metimos á muerte; mas no sin grande trabajo y heridas de nuestros cuerpos, como se ve por el buen conde Oliveros, que está á la muerte de ellas; y cuando llegamos á tu acatamiento, estando cenando, dijiste públicamente que los caballeros ancianos lo habían hecho mucho mejor en la batalla que los mozos; pues que así es, envía tus ancianos caballeros, y verás cómo se habrán con Fierabrás, y en mí no tengas esperanza alguna, ni de mis compañeros, si no quieres perder mi amistad. Cuando Carlo Magno oyó á Roldán, con grande enojo que hubo le tiró una manopla de acero, y le dió en las narices; y Roldán cuando vió su sangre, con gran furor echó mano á la espada, y de hecho hiriera al emperador, su tío, si no se metieran los caballeros en medio; y Carlo Magno mandó á grandes voces que le prendiesen y le sentenciasen á muerte; y Roldán sacó su espada, y dijo : No se llegue nadie á mí sino el que tuviere aborrecido el vivir; el que se moviere, sacarlo he presto del mundo. Y Roldán era tan querido en la corte, que á todos pesó de su discordia, y no hicieron ningún semblante de lo prender por más que lo mandase el emperador. Y apartado Roldán de delante de Carlo Magno, se llegó Oger el Danois á Roldán, y le dijo : Señor Roldán, mucho errasteis en lo que hicisteis, á vos era dado honrarle y obedecerle más que á otro ninguno, así por el deudo, como porque siempre vos honró más que á otro. Y como

Roldán hubiese perdido la saña, dijo: Señor Oger, en verdad yo le matara si vosotros no os hallaseis allí, mas soy de ello mucho arrepentido, y me pesa de haberte enojado.

CAPÍTULO XIV.

De una reprensión del autor contra Carlo Magno y Roldán por la cuestión pasada.

Primeramente quiero hablar contigo, Carlo Magno, noble emperador, de las cuestiones que con tu sobrino el muy esforzado Roldán hubiste, pues así por la edad, como por las ciencias y doctrinas, á las cuales desde tu infancia fuiste inclinado, conociendo la perseverancia de los ancianos, y la mudanza fácil de los mozos; ¿por qué alabas tan públicamente los ancianos más que los nueve caballeros, pues sabías que el noble Oliveros estaba á la muerte de las heridas que aquel día recibió? Pues á tu sobrino Roldán ¿quién le vió jamás huir de llevar la delantera en todas fronteras y batallas? ¿Y quién se halló jamás de mayor corazón ni osadía, al cual ninguna multitud de paganos jamás espantó ni hizo volver atrás? Acordársete debía de las grandes honras que por sus señaladas hazañas habías recibido. Mirarás también, sagaz y discreto viejo, que los primeros movimientos no están en manos del hombre. Mirarás en el dicho del filósofo, que dice: *Vindictam differ, pertranseat furor*. Que no debe el hombre

vengarse siendo envuelto en ira. Trajeras á la memoria el dicho del Eclesiastés en el décimo capítulo : *Nihil agas in operibus injuriæ.* Consideraras que todos los vivientes desean la gloria y alabanza de sus buenos hechos : y por esto se ponen, así los reyes y grandes señores, como los menores, en las grandes afrentas y peligros : y los caballeros menospreciando el vivir, por dejar loable fama, ponen sus vidas al tablero por sus reyes y señores, lo cual muchas veces hizo tu leal sobrino Roldán; y en lugar de su digna alabanza y galardón, te oyó alabar á otros que tan bien como él lo merecían. Y tú, Roldán, noble y valiente caballero, en quien nunca faltó virtud, ¿de dónde te procedió responder con tanta soberbia al emperador, hombre de tanta honra y valor, á quien la mayor parte del mundo teme y honra? ¿Á tu tío, de quien tantas honras y mercedes has recibido? Mas razón era cierto que la sufrieras, que no que le hablaras con tanta discortesía; y si todo esto no te movía á paciencia, miraras que todos los mozos son tenidos de catar honra y obediencia á los ancianos. Miraras asimismo al ejemplo que nos dió Isaac en la obediencia que tuvo á su padre, y al dicho del Apóstol: *Juvenes servant amicos, adimuntque timorem.* Y el apóstol San Pablo nos dijo en su epístola, que debemos sufrir y comportar como padres ; y si el emperador loó á los ancianos, no por eso deshonró proezas de los mozos : mas nunca tiene el hombre ninguna injuria por pequeña.

CAPÍTULO XV.

Cómo Oliveros, herido de muchas heridas, demandó licencia á Carlo Magno para salir á la batalla con Fierabrás.

Estaba Carlo Magno triste y enojado, así de D. Roldán, como porque ninguno de los suyos se ofrecía á responder á la demanda de Fierabrás, quiso armarse para salir á él, si le dejaran los caballeros. Y venido esto á noticia de Oliveros, que estaba en la cama herido, hubo de ello grande enojo, así por la discordia de Roldán con Carlo Magno, como también por no se hallar dispuesto para la batalla de Fierabrás. Y después que supo que ninguno de los doce Pares se movía á servir á Carlo Magno en esto, y certificado del menosprecio y amenazas que Fierabrás hacía á Carlo Magno y á sus caballeros, y movido de gran magnanimidad y muy leal corazón de servir á su señor, y por el deseo que siempre tuvo de emplear sus fuerzas contra infieles, saltó de la cama, estirando los brazos y miembros, por ver si comportarían el trabajo de las armas ; y mientras se vestía, mandó á Guarín su escudero, que presto aparejase las armas, y el escudero le dijo: Señor, habed merced de vuestra propia persona, que parece que voluntariamente queréis acortar vuestros días. Y Oliveros le dijo : Haz presto lo que te he mandado, que no se debe tener en nada la vida donde se

espera ganar honra; grande mengua sería mía si el pagano se fuese sin batalla; y pues dicen que en la necesidad se conoce el amigo, no es justo dejar al emperador, mi señor, en tanta congoja; y Guarín le armó de todas armas y armado Oliveros, saltó de un salto veinticinco pies, y del salto se le abrieron las llagas, y salió de ellas abundancia de sangre: mas ni por eso, ni por ruegos, ni por escudero no quiso desarmarse, ni dejar de ir á la batalla, y luego ciño su espada, llamada Altaclara; y ensillando el caballo, saltó en la silla sin poner pie en el estribo, y puesto el escudo al brazo, Guarín le dió una gruesa lanza: y hecha la señal de la cruz, se encomendó al Todopoderoso Dios, suplicándole por su infinita piedad le quisiese guardar en la batalla que esperaba tener con el más feroz pagano que en aquel tiempo había; y así fué donde estaba Carlo Magno acompañado de muchos caballeros, entre los cuales estaba Roldán, al cual pesó mucho cuando vió á Oliveros armado; ya sabía estaba muy mal herido, y de grado tomara la empresa de la batalla, si no fuera por el juramento que hizo. Y llegando Oliveros delante del emperador, hecho el debido acatamiento dijo: Muy noble y esclarecido señor, suplícote quieras oir mis razones: ya sabes cómo ha nueve años que estoy en tu servicio, y te he servido según mi poder, aunque no según tu gran merecimiento, y por ende te suplico, que ahora en una merced sea todo galardonado. Y Carlo Magno le respondió: Oliveros, noble conde, pide lo que quisieres, que

ninguna cosa te será negada. Y Oliveros dijo : Señor, suplícote que me des licencia para responder á Fierabrás, que tantas veces me ha llamado, y en este serán mis servicios bien galardonados. Fué Carlo Magno muy maravillado y sus caballeros de la demanda de Oliveros, y respondióle diciendo : de esto no tengas confianza, que no te daré tal licencia; ¿pides batalla con el hombre más feroz del mundo, y estás herido de muerte? Entonces se se levantó Ganalón y otros parientes suyos, que hicieron la traición, como en el último libro se dirá, y dijo : Señor, está ordenado y establecido en tu corte, que ninguna cosa que tú mandases, no revocases, ni dejases de hacer; por eso es justo que Oliveros alcance la merced que mandaste. Y Carlo Magno le dijo : Ganalón, tú tienes malas entrañas, como te he dicho otras veces; por lo que dijiste dejaré ir á Oliveros á la batalla, mas si muere, tú y todo tu linaje lo pagaréis con la vida como traidores. Y cuando Carlo Magno vió que no podía negar la merced á Oliveros, dijo : Oliveros, ruego á Dios que por su misericordia te dé gracia de salir victorioso, y te deje volver con salud ante mis ojos; y echóle el guante, y Oliveros le recibió con muy grande alegría, y despidióse de él y de los demás caballeros, y fuése para la batalla.

CAPÍTULO XVI.

Cómo el conde Regner rogó á Carlo Magno no dejase ir á Oliveros su hijo á la batalla con Fierabras.

El conde Regner cuando supo que su hijo Oliveros iba á la batalla, con abundancia de lágrimas, temiendo su muerte, se echó á los pies de Carlo Magno, diciendo : Señor, yo te ruego hayas piedad de mi hijo y de mí, ya no tengo otro consuelo ni esperanza en mi vejez sino aquel hijo, y habed asimismo piedad de su ardiente mocedad; y si esto no te mueve á piedad, muévante las mortales heridas que en su cuerpo tiene, por las cuales no tiene disposición para pelear, ni aun para sufrir las armas, por donde ni tú serás vengado del feroz gigante, ni mi hijo evitará la muerte, ni yo quedaré libre del temor y recelo de mi esperada vejez. Y díjole Carlo Magno : Regner, yo no puedo revocar la merced que él ha demandado, y le otorgué : ya le di mi guante en señas de la licencia; mas espere en Dios que le veremos volver victorioso y con salud. Entonces se volvió Regner á su hijo, y mezclando algunas palabras con muchas lágrimas, le dió su bendición, y así se partió Oliveros en busca del gigante Fierabrás, y salieron todos á lo mirar, los unos porque sabían que estaba malamente herido, y los otros porque tenían gran placer de verle armado.

CAPÍTULO XVII

Cómo Oliveros habló á Fierabrás, y cómo el gigante le menospreció.

Llegado Oliveros al lugar donde estaba Fierabrás, y viendo estar á la sombra de un árbol, desarmado y durmiendo, después de le haber llamado, le habló diciendo : Levántate, pagano, y toma tus armas y caballo; pues tanto me llamaste, he venido para ver si eres tan feroz en los hechos cuanto tienes la fama y el parecer. Fierabrás alzó la cabeza, y viendo un solo caballero no hizo caso de él : volvióse á echar, y Oliveros le llamó otra vez, y Fierabrás le preguntó ¿quién era, que tan simplemente venía á la muerte? Oliveros le dijo : Pagano, levántate y toma tus armas y caballo, y ven á la batalla; ya no es hecho de caballero estar tendido en el suelo viendo su enemigo delante. Dices que vine yo á buscar la muerte, es muy cierto, mas la tuya, como verás presto. Y Fierabrás se sentó, y dijo así : Osadamente hablas, aunque eres pequeño de cuerpo : y si tomas mi consejo, te puedes volver, y así alargarás la vida, y si todavía porfias de hacer armas conmigo, cumple que me digas tu nombre, y la sangre de do desciendes. Y Oliveros le dijo : Tú no puedes saber mi nombre hasta que sepa el tuyo, y no me pareces en tus razones tal, cual te mostraban tus amenazas contra el noble emperador, el cual me envió aquí para que diese fin á tus días, ó á lo menos dejando

tus ídolos, hechos por manos de hombres, sin entendimiento ni virtud, creyeses en la Santísima Trinidad, Padre, Hijo, y Espíritu Santo, tres personas, y un solo Dios Todopoderoso, criador del cielo, y en la gloriosa virgen santa María. Y cuando creyeres firmemente todo esto, mediante el agua del santo Bautismo, que sobre esto fué establecido, te podrás venir á la gloria eternal. Y Fierabrás dijo : Quien quiera que tú seas, eres muy presuntuoso en tu habla, y porque conozcas tu loco atrevimiento, te quiero decir quién soy : yo soy Fierabrás de Alejandría, hijo del grande almirante Balán, y soy aquel que destruyó á Roma, que mató al Apostólico y á otros muchos, y llevé todas las reliquias que hallé, por las cuales habéis recibido tantos trabajos; tengo á Jerusalén y el sepulcro donde fué puesto vuestro Dios. Y Oliveros le dijo : Fierabrás, yo he habido placer de tus nuevas, y agora tengo mayor deseo de la batalla : ya soy más cierto de la victoria ; levántate y ven presto, que por ella se ha de librar nuestro pleito, y no con palabras. Y díjole Fierabrás : Cristiano, yo te ruego me digas qué hombres son Carlo Magno, Roldán y Oliveros, porque los he oído nombrar muchas veces en las partes de Turquía. Y Oliveros le dijo : Pagano, sepas que Carlo Magno es poderoso señor, y muy valiente por su persona, y hombre de gran consejo y sagacidad, así en el regimiento de sus reinos, como en hechos de guerra : y levántate, si nos quieres que te hiera así como estás, arrepentirte has cuando ya no

tuvieses remedio. Y entonces Fierabrás le dijo : Dime, caballero, ¿cómo no envió Carlo Magno á Roldán ú Oliveros de quien tantas hazañas he oído? Ó ¿por qué no enviaba cuatro ó cinco de los Pares, si uno no osaba? Y díjole Oliveros : Roldán jamás hizo cuenta de un solo pagano por más nombrado que fuese, y solamente por menosprecio tuyo no quiso venir á esta batalla : si tú trajeras tu compañía, él solo te saldría á recibir, y vieras entonces quién era. Y el pagano le dijo : ¿Y tú quién eres, ó en qué erraste á Carlo Magno, que así te envió aquí, como quien envía un cordero al carnicero? Yo te juro á los dioses en quien creo, que por tu buena habla y parecer tengo lástima de tu mocedad; y toma mi consejo, y vuelve á Carlo Magno, y dile que me envíe seis de los doce Pares, que juro al poder de mis dioses de los esperar y dar batalla. Y Oliveros le respondió : Pagano, no te cures de tanta plática y dilación, que si no levanta te hago juramento á la orden de caballería, que aunque me sea feo, he de herirte y hacer levantar mal de tu grado. Y dijo el pagano : Dime pues tu nombre antes que me levante; y dijo Oliveros : Yo me llamo Guarín, pobre hidalgo, nuevamente armado caballero, y esta es la primera cosa en que sirvo al emperador, mi señor, y poniendo la lanza en el ristre, hirió al caballo con las espuelas en guisa de le herir ; y del salto que dió se le abrió una llaga que tenía en un muslo, y saltó grande copia de sangre, de tal manera, que la vió Fierabrás salir por entre las armas ; y le preguntó

¿ si estaba herido y de dónde procedía aquella sangre ? Y Oliveros le dijo que no estaba herido, y que la sangre procedía del caballo, que era duro á las espuelas. Y viendo Fierabrás que salía por las junturas de las armas, le dijo : Por cierto, Guarín, tú no dices verdad, que no puedes negar que tu cuerpo esté llagado, y decirte he cómo sanarás en un punto, aunque más llagas tuvieses : llégate á mi caballo, y hallarás dos barrilejos atados al arzón de la silla, llenos de bálsamo, que por fuerza de armas gané en Jerusalén : de este bálsamo fué embalsamado el cuerpo de tu Dios cuando le descendieron de la cruz, y fué puesto en el sepulcro ; y si de ello bebes, quedarás luego sano de tus heridas. Y Oliveros le dijo : Pagano, cumplido en tus razones más que de hechos, no tengo cura de tu brebaje ; y si no te levantas, como villano te haré dejar el habla y despedir del vivir; y Fierabrás le dijo : Eso no es cordura, Guarín, y creo te arrepientas si en la batalla entras conmigo.

CAPÍTULO XVIII.

Cómo Oliveros ayudó á armar á Fierabrás, y de las nueve espadas maravillosas, y cómo Oliveros dijo quién era por su nombre.

Como Fierabrás hubo rogado á Oliveros que dejase su demanda, y no quisiese entrar en batalla con él, y él en ninguna manera no lo quisiese hacer, le dijo : Guarín, tú estás todavía en tu loca porfía ; mas creo que cuando me vieres en pie, que sólo de la vista te espantarás. Y Oliveros enojado de sus pláticas, abajó la lanza, é hizo semblante que le iba á dar, diciendo : Levántate, villano ; y entonces Fierabrás con gran furor se levantó, y dijo : Por tu vida, Guarín, me digas ¿ qué hombre es Roldán y Oliveros, y la estatura de su cuerpo? Y Oliveros le respondió : Oliveros es de mi grandor y tamaño : Roldán, cuanto al cuerpo, algo menos ; mas de corazón y valor de su persona no tiene par en el mundo. Y dijo Fierabrás : Por la fe que debo á Apolín y Tavalgante, mis caros dioses, que me maravillo de lo que dices, que si doce caballeros como tú estuviesen agora aquí, no tendría por grande hazaña matarlos á filo de espada. Mucho hablas, dijo Oliveros, y creo que de mí sólo tienes miedo, y por eso dilatas la batalla; ármate, y sal luego, que ni tu grandor me espanta, ni tus alabanzas te hacen mejor de lo que eres. Entonces Fierabrás dijo : Guarín, yo te ruego te

apees, y me ayudes á armar. Y Oliveros le dijo : No creo fuese seso fiar en ti; y Fierabrás respondió : Con mucha seguridad te puedes fiar de mí, que nunca en mí reinó traición ni vileza. Entonces Oliveros saltó ligeramente del caballo para armar á su enemigo, y él dijo : Guarín, yo te ruego en tus hechos seas hidalgo, y Oliveros le dijo que lo sería, y así le empezó á armar, y primeramente le vistió un cuero cosido, y después una gruesa cota de malla, y luego un peto de acero, y encima de todo esto un arnés muy reluciente, guarnecido de piedras preciosas de infinito valor. Vista la cortesía de Oliveros, nuevamente le rogó Fierabrás que dejase la demanda, ofreciéndole todo el prez y la honra de la batalla, y Oliveros le dijo : Pagano, no cures hablar en eso, que yo te llevaré muerto ó vivo á Carlo Magno, mi señor. Entonces Fierabrás ciñó su espada, llamada Ploranza, y tenía otras dos al arzón de la silla; la una se llamaba Baptisto, y la otra Grabán, las cuales eran de tal temple, que ningún arnés, por fino que fuese, las melló ni hizo señal en ellas. Hicieron estas espadas tres hermanos, y cada uno hizo tres : llamábase el uno Galfus, el otro Munisicáns, y el otro Ausiax. Ausiax hizo las espadas llamadas Baptisto, Ploranza y Grabán, las cuales tenía Fierabrás. Munisicáns hizo las espadas llamadas Durandal, esta hubo Roldán; la otra Salvagina, y la otra Cortante, estas hubo Oger el Danois. Galfus hizo las espadas llamadas Flamberge y Altaclara, éstas tenía Oliveros; y la otra se llamaba Joyosa, esta tenía Carlo

Magno. Estos tres hermanos milagrosamente hicieron estas nueve espadas, que antes ni después nunca hicieron otras tan buenas; y ceñida la espada, Oliveros rogó á Fierabrás que cabalgase, mas no quiso cabalgar hasta que vido á Oliveros en su caballo, y entonces, sin poner pie al estribo, saltó muy ligeramente en la silla, y armado era cosa espantable de ver, que tenía quince pies de largo, y bien fornido según la grandeza, y puesto un escudo de acero al caballo, en medio del cual tenía pintado el dios Apolín, y encomendándose á él, tomó una muy gruesa lanza en la mano, que á un árbol tenía arrimada, y vuelto con fiero semblante á Oliveros, meneando su lanza como si fuera una paja, otra vez le rogó que se volviese sin batalla; diciendo que era imposible en ella evitar la muerte. Y entonces Oliveros dijo : Pagano, piensa ya de ser en este día buen caballero, que tengo esperanza en aquel que por el humano linaje recibió muerte y pasión de te llevar muerto ó vivo á Carlo Magno : dicho esto, volvió el caballo, tomó del campo á su placer, y puesta la lanza en el ristre, le dijo que se defendiese hasta la muerte. Fierabrás, visto que no se excusaba la batalla, hincó la lanza en el suelo, y se fué hacia Oliveros, rogándole que aun dos razones le oyese, y le dijo : Tú eres cristiano, y tienes gran confianza y esfuerzo en la ayuda de tu Dios, por el cual te conjuro, y por el bautismo que recibiste, y por la reverencia que debes á la cruz, donde tu Dios fué colgado y enclavado, y asimismo por la fidelidad

que debes á Carlo Magno, tu señor : que me digas si eres D. Roldán ú Oliveros, ó alguno de los doce Pares, que tu grande osadía me hace creer ser alguno, ó el principal de ellos; y que por verdad sepa tu nombre, y el linaje de donde desciendes. Oliveros le dijo : No sé, pagano, quién te enseñó á conjurar al cristiano, que más fuertemente no me podrías apremiar á decir verdad; por ende sepas, que yo soy Oliveros, hijo de Regner, conde de Genés, uno de los doce Pares de Francia. Por cierto, dijo Fierabrás, bien conocí en tu atrevimiento y osadía que no eras otro que el que me has dicho; y pues que es así, señor Oliveros, vos seáis bien venido, y si antes os conociera antes hiciera vuestro mandado; y porque veo teñidas vuestras armas de la sangre que de vuestro cuerpo sale, habéis de hacer dos cosas, la una, ó vos volver á curar vuestras llagas, ó bebed del bálsamo que conmigo traigo, y luego seréis sano, y así podréis bien pelear y defender vuestra vida; á mí sería grande mengua mataros, siendo de otro caballero herido. Señor Fierabrás de Alejandría, dijo Oliveros, á mucha merced os tengo la buena voluntad, mas soy cierto que no tengo necesidad de ello : dejemos las hablas y entendamos en los hechos, y veréis lo que digo, y no dilatéis más ya nuestra batalla, pues no se excusa, salvo con esta condición, que dejando vuestros ídolos recibieseis el bautismo, y tuvieseis la creencia que los cristianos tenemos : y si esto hacéis, tendréis por buen amigo al emperador Carlo Magno, y á D. Roldán

por vuestro especial compañero, y yo os prometo de nunca dejar vuestra compañía. Y Fierabrás dijo, que de ninguna manera lo haría.

CAPÍTULO XIX.

Cómo Oliveros y Fierabrás comenzaron su batalla, y cómo Carlo Magno rogó á Dios por Oliveros.

Apercibidos y puestos en orden los dos caballeros, rogó Fierabrás á Oliveros otra vez que bebiese del bálsamo; y Oliveros le dijo : No quiero, Fierabrás, vencerte por virtud del bálsamo, sino con espada cortante, y con buenas armas muy lucidas, como caballeros. Y dicho esto, tomaron el campo á su voluntad, lo que pareció haber menester; y con toda la fuerza que los caballos podían, se vinieron el uno para el otro, y el encuentro fué tal, que volaron las lanzas en el aire hechas muchas astillas, y quebradas las lanzas echaron mano á las espadas, sin que en ellos se conociese mejoría alguna; y de esto estuvo muy maravillado Fierabrás : y aunque estaban asaz apartados del ejército, peleaban en lugar que el emperador Carlo Magno y los otros caballeros le veían muy bien; y viendo Carlo Magno el peligro en que Oliveros estaba, se entró en su retraimiento muy triste donde tenía un devoto crucifijo; y abrazado con la cruz, con abundancia de lágrimas y devoto corazón comenzó á decir : Mi Dios cuya remembranza tengo en mis brazos, yo te ruego quieras ser en ayuda de Olive-

ros, que por defender tu santa fe está en gran peligro. En esto andaban los dos caballeros muy feroces peleando, de manera que salía de las armas mucho fuego, y los yelmos abollados; y ellos y los caballos decansados hubieron de retirarse para descansar un poco : y vueltos á su comenzada batalla, dió Oliveros tal golpe á Fierabrás, que toda la pedrería, oro y otras joyas de gran valor hizo volar por el suelo : y quedó tan aturdido del golpe, que perdió los estribos y las riendas del caballo, y por poco cayera en el suelo. Viendo este golpe Carlo Magno y sus caballeros, hubieron todos gran placer; y entonces D. Roldán dijo : Oliveros, mi especial amigo y compañero, pluguiese á Dios que ahora yo estuviese en tu lugar por dar presto fin á la batalla, no porque tú no seas suficiente para mayor hecho, si sano estuvieses de tu cuerpo, mas recélome que tus llagas te acarreen la muerte tanto como las fuerzas del gigante. Estas palabras oyó Carlo Magno, y díjole : Mejor fuera, cierto, que tú sano y rogado, fueras á la batalla, que Oliveros está malamente herido, mas si muere en esta batalla, jamás olvidaré tu ingratitud; y á esto ninguna cosa respondió D. Roldán. Tornando en sí Fierabrás, y cobrando los estribos y las riendas del caballo, echando espuma por la boca y los ojos vueltos en sangre, y quitada la visera, llamando la ayuda de sus dioses, se fué para Oliveros, y con la espada llamada Baptisto le dió tal golpe, que el yelmo le abolló, y cortó los lazos, é hizo volar toda la malla por el suelo; y le hirió muy

malamente el caballo, y llegándole la espada á la pierna izquierda, le cortó la grava, é hirió muy mal en la pierna; y quedó la espada de Fierabrás ensangrentada; y de este golpe fué el buen caballero Oliveros muy aturdido, y cayera del caballo si no se abrazará con el arzón de la silla y dijo entre sí : ¡ Oh mi Dios, Criador, qué cruel golpe es este que he recibido ! ¡ Oh Virgen y Madre de Dios ! á ti me encomiendo, no permitáis que muera yo en manos de este cruel infiel, y para descansar algún poco se quitó la visera; y cuando Fierabrás le vió tan demudado, le dijo : Oh Oliveros, noble caballero, ya sabrás cómo cortan mis espadas y el modo de pelear ; toma mi consejo y vuélvete á tu posada, y haz que te curen tus llagas, porque si porfías en esta demanda no vivirás dos horas; yo te veo muy demudado por la sangre que has perdido y pierdes; envíame á D. Roldán ó á cualquiera de los otros doce, que aquí los esperaré, y á ti mismo cada y cuando que volvieres sano : y esto has de hacer antes que conozcas más mis fuerzas. Cuando Oliveros oyó esto, lleno de enojo, apretando la espada en la mano, y cubriéndose del escudo, dijo : Oh pagano, todo el día me estás amenazando de darme la muerte, mas yo espero en Dios de hacer eso en ti; y en diciendo esto, arremetieron el uno para el otro, y se hirieron tan poderosamente, que subían por el aire las centellas que de las armas salían, y sin descansar un punto, un golpe alcanzaba al otro; y el ruido que hacían era tan grande, que parecía herrería.

Estaba Carlo Magno y sus caballeros maravillados de tan cruda batalla, y entrándose Carlo Magno en su retraimiento, con perfecta fe comenzó á decir : ¡Oh glorioso Dios, que por nosotros recibiste muerte y pasión ! Pléguete por tu misericordia ser en ayuda de Oliveros, porque no perezca en manos de aquel enemigo tuyo y de tu santa fe, y en este tiempo no cesaban los caballeros de herirse cruelmente; de manera, que Fierabrás cortó un aro de acero dorado y labrado á maravilla, que tenía Oliveros alrededor de su yelmo, y le cayó sobre los ojos, y el golpe le abolló las armas, y le hirió en los pechos. Oliveros malamente herido, y con grande esperanza del socorro de Dios, empezó á decir : ¡Oh glorioso Dios ! principio, medio y fin de todas las cosas, al cual con tu propia mano formaste á nuestro primer padre Adán, y por compañera le diste á Eva, sacada de su costilla, y en el paraíso terrenal los colocaste, y un sólo fruto les vedaste; y de aquel, engañados del diablo, hubieron de comer, y por aquello perdieron el paraíso. Y tú, Señor, doliente de la perdición del mundo, bajaste acá entre nosotros, y tomaste carne humana en el vientre virginal de la sacratísima Virgen María, Señora nuestra; y los reyes de lejas tierras te vinieron á adorar, y te ofrecieron oro, incienso y mirra, después el rey Herodes, pensando, Señor, de te matar, hizo morir muchos niños inocentes, y después predicaste en el mundo tu santa doctrina; y los judíos envidiosos te clavaron en la cruz, y estando en ella, Longinos

con la lanza abrió tu santo costado, y de él salió sangre y agua, y cayendo en los ojos del ciego Longinos, cobró la vista que tenía perdida, y creyó en ti, y fué salvo; y tu santo cuerpo fué puesto en un monumento de piedra, y al tercero día resucitaste, y sacaste las almas de los santos que en el Limbo estaban; y el día de tu gloriosa Ascensión, á los ojos de tus discípulos subiste á los cielos. Así, Señor, como firmemente creo todo esto, sin parte alguna de incredulidad, te suplico me seas en mi ayuda y favor contra este infiel gigante, porque vencido por mí sea convertido á creer en ti, y entre en la carrera de la vida de la salvación. Y dicho esto, con entera esperanza del pedido favor, besó la cruz de su espada y se movió para Fierabrás, el cual con mucha atención había escuchado todo lo que Oliveros había dicho, y riéndose de él, dijo: Por tu vida, Oliveros, que me declaréis la oración que has dicho ahora con tanta devoción. Y Oliveros le dijo: Pluguiese á Dios, Fierabrás, que tú creyeses lo que dije, como yo creo, y que dejedas las abusiones de tus ídolos, conocieses tu verdadero Criador y conociéndolo recibieses su santo bautismo y guardases sus santos mandamientos, mediante lo cual se alcanza la gloria del paraíso. De eso no me hables, dijo Fierabrás, que mis dioses son muy piadosos á quien los llama con devoción, y veo que tu Dios no te quiere ayudar en tanta necesidad, aunque le has llamado muchas veces; por ende te doy por consejo que dejes tu Dios, y te vuelvas moro, que yo partiré contigo

toda mi tierra y renta. Y Oliveros le dijo : Pagano, simplemente hablas en decir que deje al Criador del cielo y de la tierra, por adorar un ídolo de oro ú plata, hecho por manos de hombres : esto hacen los que ciegos de los ojos del entendimiento van tras el diablo engañados, como te trae á ti y á los tuyos; y dejemos razones, y vengamos á la comenzada batalla. Y Fierabrás le dijo : ¿Todavía porfías en morir á mis manos? Pues así lo quieres; procúrate defender, que ninguna piedad tendré de ti. Y Oliveros le dijo : Ni yo de ti hasta darte la muerte, ó llevarte preso delante del emperador Carlo Magno; y arremetieron el uno para el otro como dos hambrientos leones, y tornaron á su batalla con tanta ligereza y deseo de pelear como cuando la comenzaron; dió Fierabrás tan gran golpe á Oliveros, que descendió el golpe é hirió al caballo en la cabeza, y se espantó, y fué corriendo por el campo gran trecho sin que Oliveros le pudiese detener; y tirando de las riendas las hizo pedazos. Cuando Fierabrás vido que Oliveros no podía detener su caballo, dió de espuela al suyo, y le atajó el camino, haciéndole parar; y cuando Oliveros le vido cabe sí, pensando que le seguía para lo herir, saltó ligeramente del caballo, y le dijo : Pagano, haz todo lo que pudieres, que ninguna ventaja te conozco. Y Fierabrás le dijo : No creas, Oliveros, que alce mi espada para te herir mientras estuvieres á pie, que no tienes tú culpa de la falta de tu caballo : mas adereza las riendas, y cabalga en él, tornaremos á la batalla,

si quieres : y si la quieres dejar para otro día, en este campo te esperaré. Y Oliveros dijo : No cesará la batalla sin la muerte ó vencimiento del uno ó del otro. Anudadas las riendas del caballo, saltó en él muy ligeramente, y volvieron á la batalla; y después que se hubieron dado muy grandes y terribles golpes, rodeándose los caballeros el uno al otro, por mejor aprovecharse de su enemigo, tropezó el caballo de Fierabrás, y cayó en una acequia, tomando á Fierabrás debajo, que no podía en ninguna manera salir; y viéndolo Oliveros, saltó muy presto de su caballo, tomó el de Fierabrás por el freno, desviándole que no le pisase, y viendo que Fierabrás no se levantaba, le tomó en sus brazos, y levantóle del suelo, y dijo que cabalgase y volviese á la batalla, y Fierabrás cabalgó ligeramente, y dijo á Oliveros : Tu gran virtud y nobleza me hace perder el deseo de la batalla, por ende te ruego que la dejes, y lleves todo el prez y la honra. Oliveros le respondió, que en ninguna manera podría él ser salvo de la batalla sin ser forzado de sus compañeros, sino que ya él quisiese ir con él á Carlo Magno; y no queriendo ir Fierabrás, tornaron á su fuerte batalla, y dió Fierabrás tal golpe á Oliveros, que le saltó la sangre por las narices, mas no por eso dejó la batalla. Cuando Fierabrás vido á Oliveros volver con tan magnánimo corazón á la batalla, le dijo : Oliveros, grandísimo es el esfuerzo de tu corazón ; con tu derramada sangre has regado todo el campo, veo tu yelmo todo abollado, y el arnés

despedazado y desguarnecido; mi tajante espada y mi brazo derecho teñido en tu propia sangre, tu caballo muy fatigado por los golpes que hoy ha recibido, y yo enojado ya de le herir; y tu fuerte corazón nunca enfadado ni turbado, antes mucho más feroz, y no menos osado que al principio de la batalla: mucho quisiera que gozaras tu noble mancebía, y por esto te he rogado tantas veces que dejases la batalla, y de nuevo te lo rogaría, por no acortar tus días, si te viese en propósito de tomar mis sanos consejos, mas veo tus fuerzas en muy grande grado menguadas, y también tus brazos y miembros muy fatigados, y deseoso de paz por hallar en ella algún descanso; y por otra parte veo tu engañado corazón arder en el deseo de la batalla, no teniendo en nada los duros golpes de mi tajante y cortadora espada. Y ya enojado de mis prolijas razones, atribuyes á cobardía lo que es generosidad y nobleza de mi sangre, que me obliga á decir, no menos la nobleza que en ti he hallado; y pues que tanto huyes de lo que todos los vivientes desean, que es el vivir, encomienda tu alma á tu Dios, que el cuerpo ya no tendrá poder de quitarse del furor de mi espada. Aun no eran acabadas las tan superfluas y arrogantes razones de Fierabrás, cuando Oliveros apretando la espada en la mano, y cubierto de su escudo, se adelantó para él, y alzados los dos valientes caballeros sobre los estribos, olvidado todo el temor de morir, se dieron tan terribles golpes, que ni la firmeza de los escudos, ni la

fuerza de tan vigorosos brazos no pudo defender que las espadas no llegasen á los yelmos, y fueron los golpes de tanta fuerza, que entrambos á dos cayeron sobre los arzones de la silla de pechos, perdido todo el sentido; y de la grande fuerza hincaron los caballos las rodillas en el suelo, y dos grandes partes de los escudos cayeron en tierra, y fué el golpe de Fierabrás tal, que resbalando su espada del yelmo de Oliveros descendió á los pechos, y hendió el arnés y todas las armas, é hirió á Oliveros en la teta izquierda. Viendo Oliveros salir grande abundancia de sangre de su mortal herida, temiendo la muerte, dijo así : ¡ Oh verdadero Dios Todopoderoso! oye el ánima, pues que el cuerpo no mereció ser oído, vean pues tus clementísimos ojos este inmérito siervo tuyo que te llama en su postrímera hora; no pido ya el vencimiento de la batalla, solamente suplico, que esta pecadora ánima rescatada con tu preciosa sangre no perezca, ni pierda la gloria que á tus fieles prometiste. ¡ Oh Virgen bendita, Madre de misericordia ! ruega por tu caballero, que te llama en tanta necesidad. Dicho esto se cubrió con la parte del escudo que le quedaba, y fuese para Fierabrás, diciendo : Ea, caballero, demos ya fin á esta prolija batalla; procura de te defender, que si quedo en el campo, yo trabajaré que no te alabes en poblado. Cuando Fierabrás le vió tan demudado, así en el habla, como en la color del gesto, dijo á Oliveros : Noble caballero, mucho me pesa de tu mal; mas vente para mi presto, beberás el

bálsamo, y cobrarás salud y toda la fuerza que has perdido. Oliveros le dijo : Oh generoso pagano, ¡ cuán grande es tu cortesía y nobleza! Bien parecen tus condiciones á la sangre de do desciendes ; mas sepas que no llegaré á tu bálsamo, si con la espada no le gano. ¿ Cuál hidalgo podrá darte la muerte, habiéndole dado tú la vida ? Y luego como feroces leones se fué el uno para el otro, y los golpes fueron tales, que vieron los cristianos el fuego que de las armas salía, y Oliveros acertó á Fierabrás en un muslo, y falseadas las armas, le metió la espada por la carne, y salía de él mucha sangre. Viéndose el pagano tan mal herido, desviado algún tanto de Oliveros, muy prestamente bebió del bálsamo, y quedó del todo sano de su herida, y de esto fué muy triste Oliveros, y con grande enojo le dió un gran golpe con la espada, y Fierabrás se cubrió del escudo, y descendió el golpe al arzón de la silla, cortó una cadena en que estaban atados los barriles del bálsamo, y cayeron entrambos en el suelo, y del gran golpe se espantó el caballo, y huyendo se desvió gran trecho de Oliveros, tanto, que tuvo lugar de se apear y beber del bálsamo á su placer, y luego se sintió sano, ligero y dispuesto como si nunca hubiera sido herido, y de esto dió infinitas gracias á Dios, y dijo entre sí : ningún buen caballero debe pelear con esperanza de tales brebajes ; y tomando entrambos barriles, los echó en un caudaloso río que cerca de allí pasaba, y fueron al hondo del agua ; y he leido en un libro auténtico

de lengua toscana, que habla en este Fierabrás de Alejandría, que todos los días de San Juan Evangelista parecen los dos barriles encima del agua, y no en otro tiempo. Cuando Fierabrás vido sus barriles perdidos, con grande enojo dijo á Oliveros : ¡ Oh hombre simple y sin cordura ! ¿ por qué echaste á perder lo que con todo el oro del mundo no se podrá mercar ? Apercíbete pues, que entiendo que lo habrás menester antes que de mí te apartes; y diciendo esto, con ferocidad se fué para él ; mas Oliveros que más dispuesto estaba que antes, con magnánimo corazón le esperó, y dieron muy grandes golpes, y fué el golpe de Fierabrás con tan gran ímpetu que resbalando del escudo de Oliveros, acertó en el pescuezo del caballo, y se le cortó, y quedó Oliveros á pie, y Fierabrás muy maravillado como su caballo no arremetió para Oliveros, que á eso era acostumbrado, y á muchos había dado la muerte.

CAPÍTULO XX.

Cómo los caballeros hicieron hatalla á pie, y cómo Carlo Magno rogó á Dios por Oliveros.

Como Oliveros se vido sin caballo fué muy triste por ello, y dijo á Fierabrás : ¡ Oh rey de Alejandría ! esforzado caballero, valerosamente te has habido hoy contra mí : tú alabaste que á cinco caballeros juntos tales como yo darías batalla, me mataste el caballo, sabiendo que en la orden de caballería

está estatuído, que el caballero que en desafío mata el caballo al otro debe perder el suyo : y Fierabrás le dijo : Yo sé que dices verdad, bien has visto que no tiraba el caballo, mas no quedarás quejoso de mí, cata aquí mi caballo te doy, que es el mejor del mundo, y estoy espantado como no te despedazó luego que te vió á pie, que así lo ha hecho á otros muchos caballeros; y luego se apeó del caballo, y Oliveros le dijo : No creas que ninguna cosa reciba de ti, si justamente no la ganare por las armas : y así apeados los dos caballeros comenzaron muy cruda y recia batalla, y parecía Fierabrás una torre á par de Oliveros, que era mucho menor de cuerpo, aunque no menor en los golpes ni en la destreza de pelear, ni en la ligereza, y continuando su batalla, tiró Fierabrás un golpe con toda su fuerza, pensando acertar á Oliveros en la cabeza; y el noble caballero se desvió al lado derecho, no se apartando de su enemigo, y dió el golpe en el suelo, y antes que Fierabrás alzase el brazo, Oliveros le dió un gran golpe, y fué muy desatinado, y con la gran fuerza que puso Oliveros en herir á Fierabrás, se le adormeció el brazo y la mano de la espada, y le saltó la espada de la mano, y bien cubierto de la parte del escudo que le quedaba, se abajó para la alcanzar; mas el pagano, que cerca de él estaba, le dió á su salvo tal golpe, que de la pequeña parte del escudo que tenía, hizo muchas piezas, y quedó el buen Oliveros sin escudo y sin espada, y el brazo atormentado del golpe. Todo esto vido Guarín, su

escudero, que estaba en una alta torre mirando la batalla y desque vido á Oliveros, su señor, sin armas, con muy grandes lloros entró donde estaban Carlo Magno y Regner, padre del esforzado Oliveros, y otros muchos del ejército de Carlo Magno, á grandes voces decía, que vieran á Oliveros, su señor sin escudo y sin espada, y el pagano bien armado de todas armas, procurando darle muerte. Oyendo Roldán las tales nuevas, tomó con presteza el escudo y su espada Durandal, y puesto de rodillas delante de Carlo Magno, le suplicó quisiese dar licencia para ir á guardar á Oliveros de muerte; mas no consintió el emperador que ninguno se moviese para favorecer al noble Oliveros, diciendo le sería mal contado entre los caballeros, porque fué desafiado por uno, y no osó ninguno hacer otra cosa; y entrándose el emperador en su retraimiento, y puesto de rodillas delante de un santo crucifijo, y derramando infinitas lágrimas por su arrugada faz, rogó á Dios por su Oliveros, diciéndole : Suplícote, Señor, por tu infinita piedad y misericordia, quieras ser en ayuda al caballero que por tu santa fe está en grande peligro, é hizo muy grandes votos y promesas. Acabada su oración, oyó una voz del cielo que le dijo : Carlo, no te fatigues por tu caballero, que sin duda, aunque sea tarde, llevará el vencimiento de la batalla. Y dió el emperador infinitas gracias á Dios, y con crecida alegría salió de su cámara, y solamente contó esto á Regner, padre del buen Oliveros, por consolarle, que estaba en gran congoja por su hijo

Cuando Fierabrás vido á Oliveros sin espada y sin escudo, y no osaba bajar por ella, dijo : Oh noble Oliveros, caballero de gran honra, por cierto yo he alcanzado sobre ti algo de lo que deseaba, y tú no creías; mas bien te puedes ya dar por vencido, que estás sin espada, y no eres osado, ni te atreves á bajar por ella, y por tu grande nobleza quiero hacer contigo un partido porque puedas gozar de tu noble mancebía, y es éste : que tú me prometas dejar la ley y creencia de tu Dios ; y adorando de perfecto corazón mis dioses, les demandes perdón de los muchos daños que á los turcos has hecho, y de esta manera podrás evitar la muerte, y casarte he con Floripes mi hermana, la más hermosa dama que en toda Turquía se halla; y si esto haces, antes de un año volveremos con una muy grande armada, y ganaremos todo el reino de Francia, y te haré coronar por rey de todo este reino y provincias, y después entraremos por Alemania, y todo lo que ganaremos será tuyo, y de las tierras que poseo te daré parte si quieres. Y Oliveros respondió : Pagano, en balde hablas, que si me dieses todos los reinos y tesoros del mundo no haría nada de lo que me dices, y antes consentiría desmembrar todo mi cuerpo, miembro por miembro, que discrepar un solo punto de la ley de mi Dios. Y Fierabrás le dijo : Juro al poder de mis dioses, que eres el más obstinado hombre del mundo, pues ningún peligro ni trabajo te ha podido hacer mudar el propósito ni aflojar el corazón, y te puedes loar que nunca hombre delante me duró

tanto, ni en su batalla tan fatigado fuí como en la tuya he sido; y por tu grande valor quiero usar de esta cortesía contigo, que tomes tu espada, y con ella vuelves á la batalla; si quieres dejaré mi escudo, porque quedemos ambos iguales en las armas. Y respondió Oliveros: Noble pagano, no puedo negar tu cortesía y nobleza; mas por todo cuanto puede haber en el mundo tal no haría, que mi propósito es de acabar la batalla, y no se acabaría sin la muerte de uno ó de entrambos; y si por cortesía y virtud yo cobrase mi espada, y después con ella alcanzase victoria ó poder sobre ti, ¿cómo te podría negar la paz ó tregua si me la pidieses? Obra todo lo que pudieres contra mí, que mi vida ó mi muerte dejo en las manos de mi Redentor, por cuya gracia espero cobrar mi espada. Por cierto, Oliveros, dijo Fierabrás, tú eres en demasía porfiado, mas presto verás tu pensamiento en vano, y tu Dios no todo poderoso de te quitar de mis manos.

CAPÍTULO XXI.

Cómo Oliveros ganó una de las espadas de Fierabrás, y con ella le venció.

Cuando Fierabrás vido que Oliveros no quería tomar su espada, túvoselo á locura grande, y cubierto con su escudo, con gran ferocidad se fué para él, y tenía Oliveros para defenderse un pedazo de escudo en la mano, sin otra arma, y como

vido á Fierabrás que alzaba el brazo para le herir, tiróselo á la cara y quebróle la visera, y dió Fierabrás un gran grito, del cual espantó su caballo, y dió un salto hacia Oliveros : Vuelto Oliveros hacia el caballo, vió las dos espadas que estaban colgadas del arzón de la silla, y ofreciéndose oportunidad, tomó la espada llamada Baptisto, y vuelto para el pagano, le dijo : Fierabrás de Alejandría, ahora te guarda de mí, que estoy proveído de buena espada. Cuando Fierabrás le vido su espada en la mano, muy enojado de ello le dijo : ¡ Oh buena espada ! mucho tiempo te he guardado, y me pesará si te pierdo. Dijo á Oliveros : Caballero, toma tu espada, y déjame la mía, y sigamos nuestra batalla. Y Oliveros le dijo : Por cierto, caballero, yo no la dejaré hasta que vea si es tal como tú la haces, por eso apareja, y ven á la batalla, porque ya deseo ver su bondad ; y diciendo esto se fué el uno para el otro con muy grande corazón, y Oliveros dió tal golpe á Fierabrás, que le hizo hincar de rodillas en el suelo, y conoció Oliveros que aquella espada era mucho mejor que la suya ; bendijo al que la forjó, y levantándose Fierabrás, tornando á la batalla, fueron sus golpes tales, que en poco rato se hallaron casi desarmados, y quitadas las viseras del gran cansancio, hubo lugar Oliveros de ver á Fierabrás la cara, y vídole algo demudado, el gesto muy feroz, y no parecía ser muy cansado ni enojado de la batalla, y dijo : ¡ Oh Todopoderoso Dios ! cuanto bien vendría á la cristiandad si este pagano se volviese

cristiano; él, D. Roldán y yo haríamos temblar toda la Turquía! ¡ Oh Virgen, Madre de Dios! suplica á tu bendito Hijo, que inspire en el corazón de este pagano, que dejando los ídolos, venga á conocimiento de su Criador y siga el verdadero camino de su salvación. Y Fierabrás le dijo: Oliveros, déjate de esas razones, mira si quieres dar fin á la batalla, ó si la quieres dejar. Y Oliveros le dijo: Agora lo verás, y como unos feroces leones se comenzaron nuevamente de herir, y dió Oliveros tal golpe á Fierabrás, que le desarmó todo el hombro izquierdo hasta el codo; y Fierabrás le metió la espada por el yelmo hasta la carne, y les fué forzado desviarse el uno del otro.

Oliveros espantado de ver el yelmo cortado, y Fierabrás temblando de volver á la pelea por falta de las armas; y conociéndolo Oliveros, con doblado corazón, alzando el brazo de la espada, llegándose á él le dijo: Oh noble caballero, vente para mí, y daremos fin á nuestra contienda; y no tendrán poder tus dioses de te guardar de mis manos; y Fierabrás le dijo: Agora verás si tu Dios tiene algún poder, y diéronse muy terribles golpes; andando muy feroces en la lid, vido Oliveros que Fierabrás alzaba siempre el brazo izquierdo porque no le hiriese en el hombro desarmado, y vido que hacia la hijada le faltaba una pieza del arnés, y alzando la espada, hizo semblante de le tirar un tajo, y como alzase Fierabrás el brazo, tiró un revés, volviendo el cuerpo hacia la parte desarmada, y le hirió reciamente en la hijada.

CAPÍTULO XXII

Cómo Fierabrás fué vencido, y cómo llevándole Oliveros, hubo una gran batalla con los turcos.

El pagano, viendo su mortal herida, y que no podía resistir á Oliveros, iluminado de la gracia del Espíritu Santo, conoció el error de los paganos, y puesta la mano izquierda en la herida, dijo á Oliveros : Oh noble Oliveros, caballero de gran valor, por honra de tu Dios, al cual confieso ser verdadero Dios Omnipotente, suplícote que no me dejes morir hasta que yo haya recibido el bautismo, y después harás de mí todo lo que tú quisieres, pues me venciste en buena guerra y muy leal batalla ; y si por falta ó negligencia tuya yo muero pagano, seráte demandado delante de Dios, pues mostrabas que mucho deseabas de verme cristiano : pon pues cobro en mi vida, si no moriré delante tus ojos, y será mi ánima perdida.

Hubo tanto placer Oliveros de ver á Fierabrás convertido, que le saltaron las lágrimas de los ojos, y con grande amor le cató su llaga, y se la ató lo mejor que pudo. Entonces dijo Fierabrás á Oliveros : Cumple, porque mi ánima sea salva, que tomes mi consejo presto, que es éste : que cabalgues, en mi caballo, y me ayudes á subir en las ancas, ó á lo menos en el cuello atravesado, y me lleves á la tierra de cristianos, porque reciba el agua del bautismo, que si tú te detienes, he temor que no tendrás poder para te valer, ni menos para me llevar, que dejé diez mil turcos en ese monte-

cillo escondidos, que saldrán todos en mi favor, viéndome vencido. Cuando Oliveros oyó esto, pesóle mucho de ello, tanto por el deseo de ver cristiano á Fierabrás, como por el peligro de su cuerpo; y saltó muy presto en el caballo de Fierabrás, y le tomá la espada, y se la puso en el arzón de la silla, y le dijo Fierabrás: Agora tienes cuatro que valen cuatro ciudades, y se llegó Oliveros con el caballo cuanto pudo para ayudar á subir á Fierabrás, y con gran trabajo le atravesó en el arzón, y se pusieron en camino. Miraba siempre Oliveros hacia el monte donde estaba la gente de Fierabrás, y vido una espía, que iba á rienda suelta metiéndose en él, para avisar los que en la celada estaban, y luego salió un caballero armado de todas armas, con una gruesa lanza en la mano, y tras él venían los otros dando grandes gritos y alaridos. De esto pesó mucho á Oliveros, porque no podía poner en salvo á Fierabrás, que deseaba servir á su Criador, y dijo: Señor Fierabrás, yo te ruego que cumple que te apees, que á mí no se excusa de haber batalla con los tuyos; ellos vienen á rienda suelta, pensando que te llevo forzado conmigo, y que no vas tú de tu grado. Y dijo Fierabrás: ¡ Oh noble caballero! el más valiente que jamás trajo armas, tú me ganaste en justa batalla con el esfuerzo de tu magnánimo corazón, ¿ y ahora me quieres dejar? Mira que la honra se gana en bien acabar las cosas; si me dejas agora, ninguna alabanza mereces por tu pasado trabajo. A que respondió Oliveros: Tú

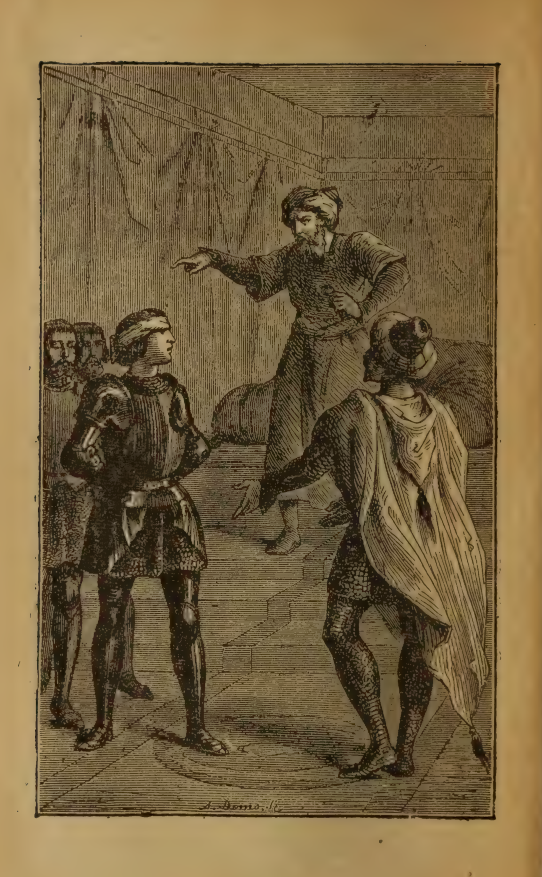
hablas como buen caballero, y por eso te prometo de no te dejar mientras este mi brazo pudiese menear la espada. Y Fierabrás le dijo : Señor Oliveros, tus armas están muy destrozadas, apartémonos del camino, un poco, tomarás de las mías lo que faltare á las tuyas, y desviados algún tanto del camino, puso Oliveros á Fierabrás al pie de un árbol, y tomó su yelmo y las otras armas que le pudieron armar, y con más lágrimas que razones se despidió de él, y volvió al camino por donde venían los turcos, y vió venir uno muy delantero, que primero salió del monte ; y estando Oliveros sin lanza, esperó á su enemigo, que con una gruesa lanza en el ristre, con la furia que el caballo podía llevar, se venía para él, pensando herirle á su salvo : desvió Oliveros el cuerpo, y pasada la lanza, se fué al caballero, y le dió tal golpe, que le sacó de sentido, y estaba para caer de la silla, y le tomó Oliveros por el brazo, y sacó el yelmo de la cabeza, y con el pomo de la espada le hizo saltar los sesos, y tomó su escudo y lanza, y fuése para los otros que venían en socorro del muerto, y viniendo los diez mil para Oliveros, fueron las espías para el almirante Balán, padre de Fierabrás, y le dijeron como su hijo estaba en poder de los cristianos ; y en poco tiempo se hallaron contra el solo caballero cincuenta mil turcos, de los cuales muchos perdieron la vida ; mas fué tanta la multitud de los paganos, que fué muerto el caballo de Oliveros, su yelmo muy abollado, y todas las armas muy despedazadas.

CAPÍTULO XXIII.

Cómo Oliveros fué llevado preso y tapados los ojos ante el almirante Balán.

Como el buen Oliveros se vió á pie y casi desarmado y solo entre tantos turcos, como lobo rabioso, sin esperanza ya de vivir, andaba entre ellos matando y derribando caballeros y peones, cortando brazos y piernas, abollando yelmos, y desguarneciendo arneses; de tal suerte que todos ellos estaban muy espantados de sus bravos golpes; mas acudió tanta multitud de paganos, que siendo ya cansado, y en muchas partes de su cuerpo herido, le derribaron en el suelo, y atadas las manos atrás le pusieron en una acémila. Viéndose tan maltratado, y sin algún socorro, dijo: ¡Oh Carlo Magno, muy noble emperador! ¿dónde estás agora? ¿Sabes por ventura la crecida necesidad en que está el desdichado y tu real siervo Oliveros? ¡Oh noble Roldán! despierta si duermes, vengan á tus oídos mis desdichas é infortunios; y si á tu noticia han llegado, ¿por qué tardas tanto con el socorro? Cata que me llevan adonde sin recelo de tu amparo me puedan dar vituperiosa muerte: ¡Oh pares de Francia! ¿por qué olvidáis á vuestro leal compañero? ¡No seáis perezosos en le ayudar, que en las crueles guerras y crecidas afrentas jamás perezoso se halló! ¡Oh cristianos! ols que en las crueles batallas de Oliveros hubisteis muchas veces socorro, haced vuestros pies apresu-

rados, si ingratitud no los detiene. Oh muy caro y amado padre, y ¡cuánto mejor te fuera nunca haberme engendrado, pues en galardón de tus beneficios y mercedes te daré la muerte! ¡Oh desesperada vejez! Yo bien creo que no te serán más tus días, de cuanto acabes de oir la desastrada muerte de tu único hijo. Regner, un solo consuelo te queda; con esta pena que en mi muerte recibirá, serás libre de muchas penas y enojos, que viviendo te daría. Siempre que me veías armado te temblaban las carnes como azogado, de temor que tenías de mi muerte, especialmente cuando salía para la batalla con el noble Fierabrás; mas fuera gran consuelo para tu honrada vejez, que fenecieran mis días en batalla de tan noble caballero, y no en poder de tan vil gente, que atados pies y manos, y los ojos vendados me llevan al degolladero. Oh justo y misericordioso Dios, pléguete de consolar á mi viejo padre, que hoy pierde un solo hijo que tenía, y guardar á tu convertido Fierabrás; á este cuerpo da paciencia en su vergonzosa muerte, porque el ánima no pierda la gloria que á tus fieles prometiste. El ruido de la gente fué tan grande, que los cristianos lo hubieron de sentir, y recelándose del peligro de Oliveros, salió Carlo Magno con poca gente, no bien apercibidos, y llegados al campo, comenzaron cruel batalla, y murieron en poco tiempo tres mil turcos; mas acudió tan gran número de ellos, que viniendo la noche, se hallaron los cristianos cercados de ellos, y muertos muchos, así caballeros como peones, y fueron



presos y maltratados cuatro de los doce Pares. Cuando Roldán vido que su poca gente estaba sin ordenanza alguna derramada entre tantos infieles, empezó á recogerla, no sabiendo de la prisión de los cuatro : mas cuando conoció que faltaban, puso los cristianos que quedaron en ordenanza, y él delantero, siguieron los turcos, que ya volvían rienda con la presa que llevaban, y fué tanta la matanza, que grandes arroyos de sangre corrían por el campo, y los cristianos que seguían á Roldán no podían pasar adelante por los cuerpos muertos, de manera que dejaron el alcance : y recogida la gente, se volvieron al campo donde habían empezado la batalla, y allí, no menos cansados que tristes, estuvieron hasta la mañana.

CAPÍTULO XXIV.

Cómo Fierabrás fué hallado en el camino, y cómo el emperador Carlo Magno le hizo bautizar y curar de sus llagas.

Venida la mañana, el emperador Carlo Magno mandó que fuesen buscados todos los cristianos que en el campo estaban muertos, y con toda la honra que ser pudiese fuesen enterrados, y cuando vió el número de ellos lloró amargamente, así por los muertos como por los que estaban en poder del almirante Balán, y mandó que todos los heridos fuesen curados, y hecho esto, mandó á D. Roldán

que mirase toda la gente, y los proveyese de las armas que les faltaban, y á todos los de á caballo que estuviesen prestos y aparejados para seguirle. Andaban los cristianos discurriendo todo el campo, desarmando los muertos para proveer de armas los vivos, y tomaban los caballos que andaban sueltos por el campo, que eran muchos; y así andando, hubieron de hallar á Fierabrás adonde le dejara Oliveros, el cual por la frialdad de la noche, y por la mucha sangre que había perdido, estaba para expirar, y esforzándose cuanto podía, decía; Jesús, consuelo de los afligidos, no dejes perder el convertido moro. Y los cristianos con mucha piedad le llevaron á Carlo Magno, el cual le hizo curar de sus llagas; y cuando fué tornado en sí, le dijo Carlo Magno: Fierabrás, ¡ cuánto me cuesta tu venida! Por ti he perdido cinco caballeros, que cada uno era mejor que tú. Y Fierabrás le dijo: En cuanto san cristianos conozco ser mejores que yo, mas en lo otro ninguna cosa les debo, salvo el noble Oliveros, el mejor caballero del mundo, cuyo preso soy. Yo soy hijo del almirante Balán, soy rey de Alejandría y de otras muchas provincias, lo cual todo he por bien dejar por ser cristiano, y servir á Dios, hacedor de todas las cosas. De esto hubieron gran placer los cristianos, y dijo Carlo Magno: Yo huelgo mucho de esto; yo, mi sobrino Roldán, y este honrado conde, padre de Oliveros, seremos tus padrinos; y pues estás libre y sin peligro de tus heridas, esperarnos has en Mormionda, que yo quiero ir adelante en busca de mis caballeros.

Fierabrás hincó la rodilla para le besar la mano, y Carlo Magno se abajó, y con los brazos abiertos le abrazó y levantó del suelo, y estuvieron debatiendo un rato, y contó Fierabrás lo que aviniera á Oliveros, alabando mucho su proeza y esfuerzo. Y queriendo Carlo Magno todavía ir adelante, le dijo Fierabrás: Señor, no es tiempo agora, que tienes poca gente y muy fatigada, y el almirante Balán habrá llevado la mayor parte de toda Turquía; por esto será mejor volverte á tierra de cristianos, y proveer de gente. Á todos los caballeros pareció bueno este consejo; y vueltos á Mormionda, por manos del arzobispo Turpín fué bautizado Fierabrás, y fueron padrinos Carlo Magno, el conde Regner y D. Roldán.

CAPÍTULO XXV.

Cómo Oliveros con sus cuatro compañeros fueron llevados delante del almirante Balán.

Fueron llevados los cinco caballeros delante del almirante, las manos atadas, y Oliveros los ojos tapados; y el almirante preguntó á Brulante, su capitán que los tríaa, ¿cuál de ellos había vencido á su Fierabrás? Y él le respondió: Señor, éste, á quien tapamos los ojos, venció al rey de Alejandría, tu hijo, y es entre sus caballeros cristianos tenido en mucho; y sepas que él solo, antes que lo prendiesen, mató más de tres mil hombres de los tuyos:

sus fuerzas y animosidad no tienen par en el mundo : si por acaso se soltase, era bastante de poner en afrenta la mitad del real. El almirante preguntó á Oliveros ¿ quién era, y cómo se llamaba ? Y él respondió : Señor, yo me llamo Eligies, pobre caballero aventurero, y somos todos cinco de la provincia de Sorena, y venimos á servir al emperador Carlo Magno por su sueldo. ¡ Oh Mahoma, dijo el almirante, cómo estoy engañado ! Por la fe que debo á mis dioses, que pensé que tenía cinco de los principales caballeros del rey de Francia, y creía que tendría por ellos una llave del reino, y llamó á su camarero Barbacas, y le dijo : Pon diligencia que estos presos sean llevados al campo, desnudos en carnes, y atados á sendos palos, les sea dada cruel muerte. Y Brulante le dijo : Señor, ya es tarde para hacer justicia, y tus varones no están en la corte ; si esperas á mañana, estarán presentes todos, les daremos otra más vil muerte, y allende de esto debemos primero tomar consejo si será mejor enviar á Carlo Magno si te quiere dar tu hijo Fierabrás por estos cinco caballeros cristianos. El almirante Balán tuvo su consejo por bueno, é hizo llamar á Brutamonte, su carcelero, y le encomendó, so pena de muerte, los cinco caballeros cristianos.

CAPÍTULO XXVI.

Como los cinco caballeros puestos en obscura cárcel, y cómo fueron visitados de Floripes, hija del almirante Balán, hermana de Fierabrás, y de su grande hermosura.

El carcelero cuando tuvo los caballeros en su poder, con temor no se le fuesen, no los osó meter donde tenía los otros presos, y encarcelóles en una obscura torre, donde había muchos sapos, culebras y otros animales ponzoñosos, y metíalos por arriba, é hízolos bajar por una escalera de mano, y después tiró la escalera arriba, y cerró una trampa de hierro con tres candados. Estaba la torre cabe á un brazo de mar; y cuando crecía la marea, entraba en ella mucha agua por los cimientos, y esa misma noche se hallaron los cinco caballeros con el agua hasta los pechos, y recibieron gran daño en sus personas; y más el buen Oliveros que los otros, que estaba herido en muchas partes de su cuerpo, y como el agua salada le daba tan grande dolor, con la congoja empezó á decir : ¡ Oh hombre mal afortunado ! mejor te fuera nunca haber nacido, que verte tan miserablemente morir, y decía otras palabras de gran dolor, y díjole Gerardo de Noncier : Por Dios, señor Oliveros, que no os congojéis tanto; consolaos con Dios, que nunca desampara á los suyos, en el cual tengo esperanza que aún me dará lugar de vengarme de esta cruel gente. Y Oliveros le dijo : Si yo pudiese salir de

aquí, y alcanzase armas, así herido como estoy, yo pondría al almirante y toda su gente en tal aprieto, que le pesaría de tenerme por acá.

Estando los caballeros en estas razones estábalos escuchando Floripes, hija del almirante Balán, y hermana de Fierabrás : era la dama más hermosa que en toda aquella tierra se hallaba; era de edad de diez y ocho años, de muy acendrado saber, y discreción, blanca como la leche, con moderado color en los carrillos; tenía las cejas y sobrecejas muy negras, los ojos garzos, la nariz afilada, la boca pequeña, los labios delgados, de color de brasil, muy encendidos, los dientes muy blancos, menudos y juntos, la barba tiraba á redondo, con un hoyo en medio de ella, el rostro largo moderadamente, los cabellos como madejas de oro muy fino, los hombros derechos é iguales, angosta de cintura, de muy pulido talle, ancha de caderas según la proporción del cuerpo : traía vestido un brial de púrpura, bordado de letras moriscas de oro, el cual hiciera una fada, y tenía tal virtud, que en la casa donde estaba no podía haber ponzoña ninguna, y si la había, perdía luego al punto su fuerza; y traía un hábito á la turquesa, abierto por los lados, todo bordado de riquísima perlería de inestimable valor, y fué hecho en la isla de Colcos, donde Jasón ganó al Vellocino de oro como se lee en la destrucción de Troya; y tenía este hábito tan suave olor que con sólo él podía un hombre estar sin comer ni beber. Habiendo esta noble dama oído las lastimosas quejas de los presos caballeros,

y movida de compasión, y no menos herida de amor del noble Guy de Borgoña como adelante se dirá, propuso de hablar con ellos, y mandó llamar al carcelero, y díjole: Dime, Brutamonte, ¿qué hombres son aquellos que en tan estrechas prisiones encerraste? Señora, son caballeros de Carlo Magno, los cuales jamás cesaban de destruir nuestra ley, y dar muerte á los nuestros, vituperando nuestra creencia, y menospreciando nuestros dioses; y entre ellos hay uno de grande estima, el cual venció á Fierabrás en muy leal batalla. Entonces dijo Floripes: Ábreme la puerta, que deseo mucho hablar con ellos. Y Brutamonte la dijo: Señora, por dos cosas no conviene ir allá, la una por el lugar, que es muy hediondo y en extremo abominable; la otra, que vuestro padre me ha vedado á nadie dejase llegar á la torre. Y ella le dijo: No pongas excusación alguna, que quiero en todas maneras hablarles. Y Brutamonte la dijo: Perdonarme habéis, señora, que no consentiré que los habléis si no estoy delante, que muchos buenos han recibido mengua, y aun la muerte por fiarse de mujeres. Floripes encendida de muy grande enojo y saña le dijo: Villano, vete pues, y abre la puerta, y oirás, si quieres, lo que les quiero decir. Ido el carcelero, tomó Floripes un garrote, y le metió debajo del hábito, y llamó un escudero de quien ella mucho se fiaba, y con él se fué para la torre, donde los cristianos estaban, y el carcelero esperándola, y desque fué llegada vuelto de espaldas para abrir los candados, Floripes le dió

con el garrote tan gran golpe, que dió con él en la tierra muerto, y tomando las llaves, abrió la torre, y fueron de ello muy maravillados los caballeros presos; y mandó Floripes al escudero que trajese una hacha encendida, y entrando por la trampa de la torre, después de los haber mirado, saludóles, y díjoles así : buenos caballeros, ruégoos por el amor y fidelidad que á vuestro Dios debéis, que no me neguéis la verdad de lo que os preguntare. Y el buen Oliveros la dijo : Señora, por las mercedes que en tu sola vista habemos recibido, te diremos la verdad de lo que supiéremos, aunque por ello supiésemos perder las vidas. Y ella les dijo : ¿ Qué merced es la que de mi vista habéis recibido, no sabiendo, si vengo para remediar vuestra prisión, ó para sentenciaros á muerte? Y él la dijo : Señora, gran consuelo recibe el preso en ser visitado, y más de persona que puede darle alivio de su pena como vos podéis; y como la presencia sea muestra de lo que dentro en las entrañas está encerrado, esperamos que habréis piedad de nosotros. Muchas veces son engañados los que en la apariencia de las cosas fian, dijo Floripes, que la rosa por hermosa que sea, siempre nace cercada de espinas; y porque mi venida no os podría causar mayor pena que la que tenéis, no me quiero detener más en estas pláticas. Mas tú, que tan osadamente has hablado, dime quién eres, y tu linaje, y asimismo de esos otros que contigo están. Oliveros la dijo : Yo me llamo Oliveros, hijo del conde Regner, y vasallo del noble

emperador Carlo Magno. Y ella le dijo : ¿ Venciste tú á mi hermano Fierabrás? Y él respondió : Señora, en muy leal batalla hice de él lo que él quisiera hacer de mí ; y de su propio motivo se hizo cristiano : y estos señores son todos de muy noble sangre, y nos suelen llamar los doce Pares de Francia. Y ella le preguntó ¿ si estaba allí Guy de Borgoña? Y él respondió que no, que quedaba con el emperador Carlo Magno. Entonces le dijo Floripes : ¿ Daisme la fe todos cinco de hacer lo que os dijere, y de ayudarme un poco que os he menester? Y Oliveros la dijo : Señora, por mí y por estos caballeros, mis compañeros, te doy la fe de te ayudar y favorecer en cuanto á nosotros fuere posible en todo lo que nos mandares, con que no vamos contra nuestra ley ; y si fuere cosa en que hayamos de poner nuestras personas, mándanos proveer de armas, que para alzarte con el reino, y echar á tus parientes de él, no has menester más gente que nosotros cinco, que ya deseo verme puesto en ello, por vengarme de los villanos que aquí me trajeron. Á que dijo Floripes : ¿ Cómo, caballero, estáis en la torre, y no sabéis cuándo saldréis, y amenazáis á los que están en libertad? Más vale callar, que locamente hablar. Y Gerardo de Nondier la dijo : Señora, es tanto el deseo que Oliveros tiene de servirte, que no le deja callar; y Floripes le dijo : Bien sabes excusar á tu compañero, quedaos en la guarda de mis dioses, no os acongojéis, que esta noche os sacaré de aquí.

CAPÍTULO XXVII.

Cómo los caballeros cristianos fueron sacados de la torre por mandado de Floripes, y los llevó à su càmara.

La noche venida, Floripes con tan solamente su escudero, se fueron para la torre, y llevaron una maroma y un palo muy bien atado en ella; abierta la trampa echaron la maroma con el palo por la torre abajo : y luego á ruegos de los otros tomó la cuerda primeramente Oliveros, y le subieron arriba Floripes y su escudero; y desque fué subido, se puso de rodillas delante de Floripes, y la besó la mano, y ella le abrazó, levantó del suelo, y le dijo : ¿ Sois vos el que estando en poder de vuestros enemigos les amenazáis ? Y Oliveros la dijo : Soy el que con esperanza de servirte ha por bien venido á tus prisiones; y ella le dió la maroma, y le dijo que subiese á sus compañeros; y subidos los abrazó uno á uno con tanto amor, como si de luengos tiempos los hubiese conocido; y llevándola Oliveros por la mano, el escudero delante, se fueron por una puerta falsa á su cámara cuya entrada era rica á maravilla; tenía tres escalones de oro fino, esmaltados y labrados á la morisca, las puertas todas de marfil, y los clavos de oro fino, y en ellos engastadas muchas piedras de muy gran valor. En el sobrado de la cámara estaba pintado el cielo de mano de un muy gran

maestro, con los planetas y signos, y en medio estaba la imagen de Mahoma, maciza de oro fino, tan grande como un hombre, y tenía debajo de sus pies al sol y la luna, y en la su mano derecha dos dardos, como que tiraba á los cristianos; las paredes todas labradas de oro fino y azul, y en ellas pintados todos los reyes y reinas pasados. Siendo entrados los caballeros, fueron maravillados de las grandes riquezas, y no se hartaban de mirar la diversidad de las labores de la sala, salvo Oliveros, que todo su cuidado era mirar á Floripes; y estando desviado, le preguntó Floripes qué le parecía de la cámara. Y el buen Oliveros la dijo que no la había visto, dándola á entender, que no atendía en mirar otra cosa sino era á ella, de que Floripes se mostró como que no lo sentía; y luego fué puesta una muy rica y ostentosa mesa, y traída diversidad de viandas, los caballeros comieron lo que habían menester y fueron servidos de cinco hermosas damas ricamente vestidas y aderezadas. Floripes estaba cenando con ellos, asentada á la cabecera de la mesa en una silla de marfil; y después que hubieron cenado, dieron gracias á Dios, y Floripes les preguntó ¿ qué era lo que decían? Oliveros la declaró la bendición, diciendo, que daban gracias á Dios por los bienes y mercedes que cada día les hacía; y ella dijo : que era bien hecho. Alzada la mesa, mandó Floripes traer un cofrecillo de unicornio, de inestimable valor, y sacó de él una cajita pequeña de oro, maravillosamente labrada, llena del maná que envió

Dios á los hijos de Israel en el desierto, y con una cuchara de oro, sacó un poco, y le dió á Oliveros diciendo : Caballero, comed de esto, y no habréis menester medicina para curar vuestras heridas. Oliveros con muy grande acatamiento lo tomó, y desque lo hubo comido se sintió sano y más dispuesto que nunca; dió infinitas gracias á Dios, y luego vinieron las cinco damas con hachas encendidas y llevaron los caballeros cada uno á su cámara, y despidióse de ellos Floripes diciéndoles; Señores, perdonad que por ahora no tengo otros pajes que os sirvan. Y Oliveros la dijo : De Dios te sean galardonadas, y de nosotros servidas las mercedes que de ti recibimos. Dejo de hablar de las grandes riquezas de las cámaras y camas, por huir prolijidad.

Venida la mañana, las cinco damas llevaron á los caballeros nuevos vestidos, hechos á la morisca, muy ricos : envió Floripes al noble Oliveros una ropa rozagante de hilo de oro y seda tejida, aforrada de púrpura, y tenía todo el ruedo y boca de las mangas, y el collar bordados de unas letras moriscas, sacadas del Alcorán, en que se encerraba toda la secta de Mahoma. Vestidos que fueron los caballeros, entraron juntos en la cámara de la hermosa Floripes, la cual los estaba aguardando por verlos vestidos á la morisca, y la saludaron con mucho acatamiento, y ella los recibió con alegría, y les dijo que parecían bien, vestidos á la morisca. Y Oliveros la dijo : Mejor parecemos bien armados, y ella respondió : Cada cosa en su tiempo; para

con los enemigos son necesarias las armas, mas ahora que estáis entre amigo y delicadas damas no habéis menester armas, ni ceñiros espada. Y Oliveros la dijo : Por tu crecida virtud tenemos amistad y paz contigo y con tus damas; mas no la tenemos con tu padre y tú gente, ni la tendrás tú, si á su noticia viene lo que por nosotros has hecho; por ende te suplico nos mandes proveer de armas como nos proveiste de delicados y ricos vestidos. Y ella le dijo, que ya tenía aparejadas las que habían menester; y con mucha alegría, mezclada con una pequeña risa, le pregunta ¿ si sabía leer aquellas letras moriscas que estaban bordadas en la ropa? Y él dijo que no; y Floripes dijo : En estas letras se encierra toda la ley de Mahoma, y por eso no sé si te llame cristiano ó moro. Y Oliveros dijo : Señora, el hábito no hace el monje, y Dios solamente mira la voluntad con que se hacen las cosas. Mucho se pagaba Floripes y sus damas de las razones de Oliveros y de sus compañeros; y desque hubieron hablado muchas cosas de placer, tomó Floripes al noble Oliveros por la mano, y sus damas á los otros caballeros, y entráronlos en una sala muy grande que llamaban de Fierabrás, y en una parte de ella estaban cien arneses trenzados para jinetes; también había doscientas espadas y doscientos puñales muy ricos, de gran valor. Y Floripes dijo : Escoja cado uno las armas que mejor le vinieren, y téngaselas en su cámara para cuando fueren menester. Los caballeros dejaron las ropas moriscas, y con mucha diligencia se arma-

ron el uno al otro, y armados fueron á besar la mano á Floripes, y ella los abrazó uno á uno con mucho amor; y Oliveros vido un andamio tan alto, cuanto un hombre podía alcanzar con la mano, hecho á manera de altar con un ídolo en él, á quien se encomendaban en aquella sala, y saltó ligeramente en él armado de todas armas, y tomando una lanza y corriendo con ella á la pared, le quebró en muchas piezas. Y volviendo Floripes á sus damas, las dijo : Por cierto estos caballeros son de para grandísimos hechos y hazañas, y no me maravillo ahora del miedo que mi padre de ellos tenía, y dió parte de su crecido placer á una vieja dueña, aya suya, que había estado mucho tiempo presa en tierra de cristianos, y los conoció y los nombró á cada uno, y dijo á Floripes : Señora, haz de modo que vuelvan á la prisión, si no, yo no callaré tan gran traición, que estos son enemigos de nuestros dioses y de tu padre, y perseguidores de nuestra ley. De esto peso mucho á Floripes, y concibió gran temor en su corazón; mas disimulando con discreción, fingió que la quería hablar en secreto, para le mandar consejos, y para esto se subieron á una azotea, y desque tuvo oportunidad, y vió la vieja descuidada, dió con ella en la calle, diciendo : Vete, vieja maldita, y tendrás compañía, con el carcelero, pues que la mía y la de los nobles caballeros aborreciste, y luego se bajó con alegre semblante adonde los caballeros y las damas estaban; y cuando la dijeron como su aya era caída de la azotea á la calle, porque no pensasen que

ella lo había hecho, hizo un grande llanto, y sus damas con ella, y la hizo enterrar con mucha honra. Venida la hora de comer, fué puesta la mesa, y en ella grande abundancia de diversos manjares y asentada Floripes en silla de marfil, y los caballeros en sus lugares, comieron y trataron muchas cosas, así tocantes á los moros como à los cristianos, y desque hubieron comido fué alzada la mesa, y Floripes comenzó á hablar á los caballeros de esta manera : Muy nobles caballeros, bien tenéis en la memoria como en la torre donde estábades me prometisteis de ayudar en lo que vos hubiese menester, y para ello me disteis vuestra fe, de la cual ninguna duda tengo; y sabréis, señores, como habrá cinco años, estando el almirante Balán, mi padre, y mi hermano Fierabrás en Roma, y yo con ellos, que vi una vez á Guy de Borgoña en unas justas, y fueron sus hazañas tales, que prendió en mi corazón tan firme amor, que ni el tiempo, ni las afrentas y daños que de él ha recibido mi padre tuvieron poder para que le olvidase, y á esta causa he desechado los mayores reyes de Turquía, y cuando venían mi padre y hermano de las batallas de los cristianos, y contaban lo que había pasado con ellos, si acaso nombraban los doce Pares, alegrábame, y si oía nombrar á Guy de Borgoña, me turbaba y mudaba el color, tanto que temía que mi tubación no descubriese mi secreto amor. Cuando mi padre el almirante, y toda la corte lloraban, entonces estaba yo más alegre, y su enojo procedía de la victoria de los cristianos, y con ella

holgaba mi cautivo corazón, el cual, preso del amor de un solo caballero cristiano, deseaba el bien de ellos, dejando el amor de padre y de toda su tierra; y porque sé que de ello será servido mi señor Guy de Borgoña, he hecho por vosotros lo que habéis visto; y haré más, que tendré modo con que á vuestro salvo os volváis á vuestra tierra, porque llevéis las nuevas y mis encomiendas al caballero que ahora está inocente de mi pena, y le diréis que estoy aparejada para tornarme cristiana, y que le daré muchas reliquias que tengo en mi poder, y le daré más tesoros que ninguna cristiana le podrá dar. Esto es lo que habéis de hacer por mí, rogándole de vuestra parte me quiera recibir por su mujer, certificándole soy suya más que mía. Los caballeros hubieron gran placer de lo que les dijo Floripes, y respondió Oliveros : En verdad, señora, tú no podrás hallar mejores mensajeros que nosotros, por ende huelga, y descanse vuestro corazón, por cuanto Guy de Borgoña hará todo cuanto le pidiéremos, y más esto, donde tanto bien y honra le procede, y á nosotros justamente con él. Ahora dejaré de hablar de los cinco caballeros y de Floripes, y volveré á tratar del emperador Carlo Magno.

CAPÍTULO XXVIII

Cómo Carlo Magno envió al almirante Balàn los otros siete Pares de Francia.

Estando Carlo Magno muy triste por sus caballeros, y más Regner, padre de Oliveros, temiendo que el almirante Balán los hiciese morir, no le osaba hacer guerra, y ordenó de le enviar una embajada; y para esto llamó luego á Roldán su sobrino, y díjole : Sobrino, yo quisiera fueras á Aguas Muertas al almirante Balán, y le dijeras de mi parte, que me envíe mis caballeros, y las reliquias que tiene, si no, que no cesaré hasta echarle de toda su tierra, ó hacerle morir cruelmente. Y D. Roldán le dijo : Señor, tu consejo no es bueno, pues sin duda ninguna procurará darme muerte. Y Carlo Magno le dijo : No os cumple excusar, que no podéis dejar de ir. No me excuso, dijo D. Roldán. Entonces dijo Guy de Borgoña : Señor, mira bien lo que haces, que no me parece acertado vaya D. Roldán de esa manera al almirante Balán. Y el emperador con gran furor le dijo : Vos habéis de ir con él; y dijo Guy de Borgoña : Sí iré aunque hubiese mayor peligro; y Ricarte le dijo : Señor, bueno será enviarle la embajada, mas ha de ser con otra gente, y no la que quieras enviar, porque si algún infortunio viniere, no falte quien te sirva. Y Carlo Magno le dijo : Todos habéis de ir; mas juramento hago á Dios de enviar los que quedan de los doce Pares. Y el duque de Naymes le dijo :

No creas, señor, que ninguno de nosotros huya, mas decimos nuestro parecer; así mira no te arrepientas cuando no tengas lugar de enmendar lo errado. Y Carlo Magno le dijo : Aparejaos, duque de Naymes, para ir con ellos. Y Oger el Danois le dijo : Haz tus hechos con maduro consejo, y no serás reprendido; y él dijo que se aparejase, y mandó llamar á los otros, y les dijo que se aparejasen todos siete para ir por embajadores al almirante Balán. Como ellos le vieron enojado, no le osaron decir nada; y venida la mañana preguntó Roldán á Carlo Magno ¿en qué manera los mandaba ir, si irían armados ó sin armas? Y él les dijo : que pues iban como embajadores, que no eran necesarias armas. Y Roldán dijo : Si tú no recibes enojo ni pesar llevaremos nuestras armas, que recelo las habremos menester. Y Carlo Magno le respondió que hiciese como mejor le pareciese. Vueltos los caballeros á sus posadas fueron armados, y con sendas lanzas en la mano se volvieron para Carlo Magno, y le dijo Naymes de Baviera : Muy noble emperador, aquí estamos tus siete caballeros para cumplir tu mandato, y para que nos digas lo que es tu voluntad que digamos al almirante Balán. Y el emperador les dijo : Mis caros y amados varones, al todopoderoso y misericordioso Dios encomiendo y suplico que por los méritos de su santa Pasión os quiera guardar, así como guardó al profeta Jonás en el vientre de la ballena : diréis al almirante pagano que me envíe mis varones y las santas reliquias que tiene, y que se bautice, y tendrá las

tierras que se tiene de mi mano, pagando tributo justo; y si esto no hace, que he jurado de lo cercar, y echar de toda su tierra, dándole vituperiosa muerte. Y dijole Guy de Borgoña : Muy poderoso emperador, nosotros llevaremos tu embajada, aunque perdamos las vidas; é hincadas las rodillas en el suelo, uno á uno le besaron la mano y se despidieron de él, y vueltos á los caballeros y gente del real que los estaba mirando, dijo el duque Naymes : Muy nobles señores, ya habéis sabido cómo el emperador Carlo Magno nos manda ir con la embajada al almirante Balán; y cómo tenemos la vuelta por dudosa, y no sabemos qué será de nosotros, por tanto vos rogamos á todos generalmente, que si en alguna cosa os habemos enojado en dicho, ó en hecho, que nos perdonéis, y nosotros asimismo perdonamos cualquiera ofensa ó injuria que hayamos recibido, porque nuestro Señor Dios, por su infinita misericordia, nos perdone á nosotros y á vosotros. Y así se despidieron cada uno de sus amigos y conocidos, y caballeros en muy poderosos caballos y encomendándose á Jesucristo, se pusieron en camino.

CAPÍTULO XXIX

Cómo el almirante Balán envió quince reyes á Carlo Magno para que le diese su hijo Fierabrás; y cómo los siete caballeros cristianos los mataron, encontrándolos en el camino.

Gran dolor tenía el almirante Balán en su corazón por la ausencia de su hijo Fierabrás; y esperando que el emperador Carlo Magno se ofreciera á se lo enviar en trueque de los cinco caballeros que tenía por presos, por eso no se lo había enviado á demandar, y acordó de le enviar una embajada, y para eso mandó llamar quince reyes turcos vasallos suyos, y les dijo que fuesen á Mormionda; que era adonde Carlo Magno se hallaba á la sazón con todo su ejército, y le dijesen de su parte, que sin dilación alguna le enviase al rey de Alejandría Fierabrás, su amado hijo, y le volvería los cinco caballeros cristianos vasallos suyos, que tenía presos en sus cárceles; y que entre ellos estaba el caballero que venció á su hijo Fierabrás; y que si no le enviaba presto, le iría él á buscar con doscientos mil hombres de pelea, y no cesaría hasta haberle echado de todo su reino, ó hacerle morir vergonzosamente. Y Marradas, uno de los embajadores, le dijo : Muy poderoso señor, á nosotros no nos conviene amenazar á Carlo Magno delante de sus varones, pues son muy valientes hombres, y no sufrirán nuestras amenazas; mas, solamente le diremos te envíe á tu hijo Fierabrás, y que le darás los cinco caballeros cristianos que tienes presos.

Y el almirante le dijo : Cobarde y sin virtud, ¿ no osarás decir lo que te mando? Y respondió otro rey : Señor, eso y aun más le diremos; y si hallamos algunos cristianos por el camino, los haremos tan mal pasaje, que los otros nos tendrán miedo, oyendo hablar de nosotros. Y armados muy ricamente, con mucho oro y piedras preciosas en los yelmos, y caballeros en muy poderosos caballos, se partieron por adonde estaba Carlo Magno; y pasada la puente de Mantible, andando entre sí tratando del modo que habían de tener para dar la embajada al emperador, vieron siete caballeros cristianos, y dijeron entre ellos : Estos cristianos sin duda buscan por estos caminos algunos turcos para cautivarlos. Dijo el uno de ellos : veremos si son cristianos, y los llevaremos presos al almirante Balán. Los cristianos se recelaron de ellos, pensando que había alguna celada, y dijo Roldán á los otros : Esperad un poco, que quiero ver qué gente es, que me parecen hombres principales, y si pudiéremos pasar sin batalla, la excusaremos, porque podamos hacer nuestra embajada, y los seis caballeros se estuvieron quedos, y D. Roldán se adelantó, y viéndole sólo Marradás, puso la lanza en el ristre, haciendo señal de batalla; y D. Roldán alzó la mano como que quería hablar con ellos, y llegado, le preguntaron ¿ quiénes eran, y qué buscaban por aquella tierra? Y él les dijo que eran mensajeros del emperador Carlo Magno, que iban con embajada al almirante Balán, y Marradás le dijo : Vosotros sois ladrones, veníꞏ

espiando los caminos, y robando, y ahora decís que sois mensajeros, y que lleváis embajada; conviene que dejéis las armas, y con las manos atadas á las colas de vuestros caballos, os llevaremos al almirante, y si embajada traéis, él os escuchará; y D. Roldán dijo : Señor, yo bien os daría mis armas, mas esos señores no querrán daros las suyas, que son hombres de gran estima. Y dijo Marradás : Aunque fuésedes todos los doce Pares de Francia habéis de dejar las armas, ó morir de mala muerte. Y D. Roldán dijo : ¡ Si os damos las armas, nos aseguraremos por agora, mas os habemos de llevar de la manera dicha al almirante Balán, y él os mandará echar en una obscura torre, donde tiene otros cinco cristianos vasallos de Carlo Magno. Y. D. Roldán les preguntó : ¿ quiénes sois vosotros, que tan lucidas armas traéis, y tan ricas? Y ellos respondieron : Nosotros somos vasallos del poderoso almirante Balán, y todos somos reyes coronados. Y díjoles D. Roldán : Si vosotros fuésedes cuerdos, iríades á pedir perdón al noble emperador Carlo Magno, y á prestarle homenaje, y os haría mercedes grandes y colmadas, que es más noble y más poderoso señor que vuestro señor el almirante Balán; dejad vuestros ídolos, que os traen engañados, y si no queréis ir de grado, os llevaré por fuerza, y apercibíos luego, que no os aprovecharán vuestras lucidas armas, ni los yelmos lucientes y dorados. Dicho esto, se cubrió con el escudo, y puso la lanza en el ristre, y luego salió Marradás, y encontrándose con toda su fuerza,

Marradás quebró su lanza en el escudo de Roldán, y Roldán le cogió por la visera, y dió con él en tierra muerto, y luego se fué para el otro, y le metió la lanza por los pechos, y le pasó á la otra parte, y echó mano á la espada, y antes que llegasen los otros seis cristianos, derribó seis turcos, y juntos emperazon cruda batalla y dijo Guy de Borgoña : Señor D. Roldán, tened ese paso, que yo los quiero rodear de manera, que ninguno de ellos vuelva con las nuevas al almirante Balán. Oyendo esto uno de los reyes moros, dejando sus compañeros, volvió la espalda ; mas Ricarte de Normandía que le vido huir, dió de espuela al caballo, y le siguió muy gran trecho. Viendo el moro que Ricarte le estaba ya cerca, dejó el camino, y se metió por una grande montaña, y le perdió de vista ; y volviéndose á sus compañeros, los cuales ya habían dado cabo de todos los otros, dijo D. Roldán : Ellos ya no nos harán más guerra ; mas recélome que aquel que se va huyendo será causa que nunca nosotros volvamos á ojos de nuestros amigos, que no podremos dejar de llevar nuestra embajada al almirante Balán. Y Guy de Borgoña dijo : Señores, desviémonos del camino un poco, descansarán nuestros caballos, y miraremos lo que habemos de hacer ; y apartados en un verde prado, echaron los caballos á pacer, y ellos se asentaron ; y dijo el duque Naymes, que era el más anciano : Señores, á mí me parece que nos debemos volver ; no nos culpará el emperador Carlo Magno, contándole lo que nos ha acaecido,

y para mayor certidumbre llevaremos sendas cabezas de los reyes muertos. Y D. Roldán dijo: Señor Naymes, si la honra no queremos poner en olvido, no podemos dejar de ir al almirante Balán, que aunque Carlo Magno haya placer de lo que hicimos, no quedará satisfecho de su embajada, y caso que lo quedase, y nosotros sin culpa para con él, seremos culpados de los otros, y dirán que él nos mandó hacer uno, é hicimos otro; y dirán que adrede nos pusimos en un peligro por evitar otro mayor; ¿ quién duda que otros pondrán dolo en nuestra alabanza, diciendo que de nuestras solas lenguas es predicada? Y no saben si los muertos eran pocos, ó si eran muchos, si eran armados ó desarmados, si los matamos nosotros, ó si los hallamos muertos; y dejados todos estos inconvenientes según quien somos, quedarán nuestros corazones querellosos, que partimos para llevar embajada al almirante Balán, y de medio camino nos volvimos. Á todos ellos parecieron bien las razones de D. Roldán, y le dijeron que ordenase lo que había de hacer, que no discreparían un punto de su voluntad; y él les dijo: para que nuestros hechos merezcan alguna alabanza, es necesario hacer cumplidamente lo que nos fué mandado, y entonces más dignos de alabanza seremos, por tanto querría que llevásemos sendas cabezas de los reyes muertos al almirante Balán, y le diremos que eran salteadores, que nos quisieron robar; y así cortaron las cabezas de los reyes moros muertos, y cabalgando en sus caballos, se pusieron en camino.

CAPÍTULO XXX.

De la puente de Mantible, y del tributo que en ella se pagaba y cómo los siete caballeros cristianos mañosamente pasaron sin pagar ningún tributo ni otra cosa.

Llegados los siete caballeros á la puente de Mantible, dijo Oger el Danois: Señores, este es el paso más dificultoso que hay en toda esta tierra: el río es muy caudaloso, y no se puede pasar sino por la puente, y ésta es muy fuerte y grande, que tiene treinta arcos de mármol y dos torres cuadradas también de mármol blanco, y muy bien labradas, y en cada una de ellas hay una puente levadiza con cuatro muy gruesas cadenas de hierro, y es guardada esta puente de un gigante muy grande y espantable, que siempre está armado de todas armas, y una gruesa hacha de armas en las manos, y tiene cien turcos en su compañía, que le ayudan á guardar la torre. Del tributo no hablo nada, porque no venimos en son ni propósito de pagarlo, mas digo esto, porque miremos qué manera ó modo habemos de tener para salir con nuestra demanda. Entonces dijo Roldán: De esta manera ganaremos la puente. Yo iré delante y diré que somos embajadores, y llevamos una embajada al almirante Balán; y si me dijeren que no podemos pasar, ó por el tributo ó por cualquiera otra causa, le diré que me abra, y que á él mismo le diré la embajada, para que haga de ella relación al almi-

rante, su señor, y si pongo solamente el pie en el postigo, sed ciertos que procuraré hacer lugar por donde todos pasemos. Y el duque de Naymes le dijo: Señor Roldán, no es cordura dar un golpe, y recibir diez; dejadme ese cargo, que yo tendré modo para que pasemos sin tener batalla. Roldán le dijo que hiciese lo que quisiese, y el duque les rogó se estuviesen quedos, y se fué para la puente: llamó, y el gigante le abrió, y le preguntó ¿quién era y qué buscaba por aquella tierra? Él respondió: Somos mensajeros del emperador Carlo Magno, y vamos al almirante Balán con presentes que vienen aqui detrás. El gigante le dijo: Vosotros habéis de perder las cabezas, ó pagar el tributo que se suele pagar en esta puente. Y el duque le dijo: Dime lo que te habemos de dar, que luego se te dará. Por el poder de mis dioses, dijo el gigante, que no es poco; porque yo te pido primeramente treinta pares de perros de caza, cien doncellas vírgenes, cien halcones mudados, y cien caballos con sus jaeces, y por cada pie de caballo un marco de oro fino: este tributo ha de pagar cualquier cristiano que por ella pase, y si no lo puede pagar, ha de dejar la cabeza en las almenas de la puente. Y respondió Naymes que muy cumplidamente traían todo lo que había dicho, y esto á más de los presentes que llevaban al almirante, y que muy presto venían, que ellos iban delante por tomar posadas; y el gigante pensando que era así, dejóles pasar. D. Roldán, que había oído la industria del duque Naymes, no podía tener la risa, y yendo

por la puente adelante toparon un turco, que muy espantado se paró á mirarlos atentamente : y D. Roldán se apeó, y llegándose hacia él, como que le quería hablar, le tomó por el cinto y le arrojó en el río, y el duque fué de ello muy enojado, y le dijo : Señor D. Roldán, Dios nos quiere hacer mercedes, dejándonos pasar sin batalla, ¿y no las queréis recibir? Y D. Roldán le dijo : Si supiera que me abriera como á vos, nunca yo buscara maña para pasar, antes viera si el gigante es tan feroz en los hechos como en el gesto, que los otros que están en su compañía no durarán media hora delante de nosotros, porque es gente de poco valor; y ganada la puente, tuviéramos la venida más segura; y si place á Dios que volvamos, con Durandal les pagaré el tributo que nos quieren.

CAPÍTULO XXXI

Cómo los siete caballeros llegaron delante del almirante y dieron su embajada.

Llegados los caballeros á Aguas Muertas, donde estaba el almirante Balán, fuéronse hasta las puertas de su palacio, y dijeron á los porteros que dijesen al almirante que le querían hablar de parte del muy alto emperador Carlo Magno. Como el almirante supo que Carlo Magno le enviaba la embajada, fué muy alegre, pensando que le enviaba á pedir los cinco caballeros cristianos en trueco de

Fierabrás, su hijo; y porque era ya tarde, mandó á su maestresala que les diese buena posada, y proveyese de todo lo necesario, y por la mañana los trajese á palacio. El maestresala les dió por posada la casa de un muy principal caballero, el cual les hizo muy buen acogimiento, y les sirvió de todo lo que hubieron menester; y desque hubieron cenado, dieron á cada uno su cámara, con una cama ricamente aderezada. Á la medianoche llegó el rey que escapó de las manos de los siete caballeros, y entrando en el palacio, no paró hasta la cámara del almirante Balán, que era ya acostado, y desque supo que de los quince no volvía sino uno, fué muy marivallado, y mandóle entrar; y dijo: Muy poderoso señor, tú enviaste quince reyes, vasallos tuyos, por embajadores á Carlo Magno, y en el camino topamos con siete caballeros cristianos. y nos dijeron traían embajada de parte de él, y creyendo ser salteadores que robaban, los quisimos traer presos á tu corte; y ellos fueron tan valientes que mataron en poco tiempo los catorce reyes, sin que ninguno de ellos se moviese, ni solamente cayese de su caballo, y yo con la gran ligereza del mío me escapé del furor de sus espadas, los cuales son estos siete caballeros que esta noche han venido á tu corte, por ende mira si de ellos te quieres vengar, agora tienes ocasión, y muy legítima causa de los hacer morir, y darles vituperiosa muerte.

Cuando el almirante Balán oyó las nuevas, del grande enojo que hubo empezó á maldecir y á quejarse de sus dioses. Á las veces entró su maes-

tresala, y le dijo : Señor, no te fatigues ni te quejes con desmesura de tus dioses, porque aunque por tus yerros hayan permitido que tus reyes muriesen, á tu poder trajeron los que los mataron, para que de ellos tomases venganza, y fuese su maldad castigada, por ende huelga y descansa, que mañana te los traeremos presentes á muy buen recaudo, y harás de ellos tu voluntad. Y dijo el rey que escapó de sus manos : Señor, porque en tu poder están, ten modo que no sean señores de sus armas, porque si ven que los quieres prender, no podrá con ellos toda tu corte, porque son muy esforzados, y quizá no te pesará menos de su venida, que á mí, de los haber encontrado en el campo. Y el maestresala dijo : Señor, este cargo quedará á mí, que yo te los traeré mañana á buen recaudo aunque fuesen ciento. Despedidos del almirante se fueron el rey y el maestresala al caballero en cuya casa estaban los caballeros aposentados, y le contaron el caso, el cual tuvo modo de hurtar las armas á los cristianos, que sin recelo alguno apartado el uno del otro estaban durmiendo. Á la mañana fueron armados tres mil turcos de todas armas, y sendas hachas de armas en sus manos, y uno á uno los prendieron, y atados fuertemente las manos, los llevaron al almirante Balán; el cual, después de muchas injuriosas palabras y amenazas, les preguntó : ¿Por qué habían muerto los reyes embajadores? Y Roldán le dijo : Los que matamos no eran reyes en sus hechos, que informados como veníamos á tu corte con embajada, no dejaron de

acometernos para matarnos ó cautivarnos : mas ellos fueron castigados, que los catorce quedan en el campo, y traemos sus cabezas ; porque certificado de ello asegurásedes los caminos. Y el almirante le dijo : ¿Cuál diablo vos mandó entrar en mis reinos? Y Roldán le respondió : El que nos mandó venir te echará de ellos, si no haces lo que con nosotros te envía á decir, que es esto : el muy noble y poderoso emperador Carlo Magno te manda que te bautices, y que le envies sus caballeros y las santas reliquias que tienes en tu poder ; y si no lo haces, ha jurado de te echar de toda tu tierra, y de te hacer malamente morir. Y el almirante dijo : Osadamente hiciste tu embajada, mas no volverás con la respuesta al viejo loco de Carlo Magno, que antes que coma ni beba, yo os veré á todos hechos cuartos con los otros que tanto he guardado hasta agora, pensando trocarlos con mi hijo Fierabrás. Y Ricarte de Normandía le dijo : Tu hijo es más cuerdo que tú, ya cree en Dios, criador del cielo y de la tierra, y ha dejado las abusiones de tus ídolos, y está más contento con el santo bautismo que ha recibido, que lo estaba con las tierras que tenía, y por todo el mundo no vendrá acá, ni dejará á Carlo Magno su señor. El almirante conoció á Ricarte de Normandía, y le dijo : Bien me place de teneros aquí, porque pagues la muerte del noble caballero Corsubel, mi hermano. Y Guy de Borgoña dijo : Muchos de tus caballeros habemos muerto los pocos que aquí estamos; mas no de la muerte que nos amenazas de matar, sino en

muy leal batalla; por tanto si te quieres vengar de nosotros sin caer en vileza, danos nuestras armas y caballos, y déjanos salir al campo, y manda apercibir todo tu ejército para contra nosotros, y entonces sin reprensión tomarás, si pudieres, venganza. Y el almirante Balán le preguntó ¿cómo se llamaba? Y él le dijo Guy de Borgoña, y el almirante le respondió: También pagarás lo que contra mí hiciste en Roma; será tu muerte escarmiento para otros cristianos, que no se atrevan á tanto. Y luego mandó llamar dos consejeros suyos, llamados Brulante de Monmiere y Sortibrán de Coimbres, y les preguntó ¿qué haría de los cristianos presos? Y ellos le dijeron, que fuesen arrastrados en colas de caballos, y después hechos cuartos, y puestos por los caminos, y las cabezas á las puertas de la ciudad en escarpias, y luego cercaremos á Carlo Magno y le prenderemos, porque éstos son los principales de su ejército; y si matamos al emperador, sin peligro ganaremos todo el reino de Francia. El almirante les dijo que decían bien, y les mandó que trajesen presto los otros cinco, y se ejecutase lo ordenado.

CAPÍTULO XXXII.

Cómo por industria de Floripes los siete caballeros cristianos fueron puestos con los cinco, y cómo Floripes les mostró las santas reliquias.

Estaba Floripes escuchando toda la contienda que su padre tenía con los caballeros cristianos, y cuando vido que su padre mandaba traer los cinco que pensaba estaban en la torre para les dar muerte, fué muy presto á su cámara, donde tenía los caballeros, y les mandó armar, y les dió sendas hachas de armas, diciendo, que de ellas se aprovecharían en el palacio mejor que de las lanzas, y les dijo : Muy nobles y virtuosos señores, agora se me ofrece tiempo para que paguéis los beneficios recibidos, que haciendo esto, guarecéis vuestras vidas y las de vuestros amigos, los otros siete pares de Francia, los cuales con las manos atadas y gruesas cadenas á los pies, están en los palacios de mi padre sentenciados á muerte y vosotros con ellos, y agora voy á estar con el almirante mi padre, por ver si los podré traer aquí con vosotros, y si no pudiere, y oyéredes mis voces, no seáis perezosos en venir, ni uséis de misericordia con ningún turco. Y así fué Floripes para su padre con disimulada alegría, fingiendo que tenía gran deseo de ver la muerte de los caballeros cristianos, y le preguntó ¿ qué hombres eran aquellos que estaban atados y encerrados? Y él respondió : Hija, son vasallos del emperador Carlo Magno, y son los de

quien tantos daños habemos recibido, y á muchos parientes y amigos nuestros, y caballeros de gran valor han dado la muerte; y mando por sentencia, que éstos y los otros cinco, que ya están en la torre, sean arrastrados y puestos en cuartos. Y Floripes le dijo : Señor, esto y mucho más merecen, y es bien darles otra más penosa muerte, porque sean escarmiento para otros, y esto se hará después que hayas comido, que es ya muy tarde, y suplícote que los dejes en mi guarda hasta que los mandes sacar á morir, porque en todos ellos pueda á mi placer vengar la injuria hecha á mi hermano Fierabrás. Y el almirante Balán dijo que le placía; y ella mandó á su escudero que los llevase á la torre donde estaban los otros. Y Sortibrán dijo al almirante, su tío : Muy esclarecido y piadoso señor, suplícote que quieras traer á la memoria las grandes desdichas que habrás oído y visto que á especiales hombres han ocurrido por tener confianza de mujeres, y los muy grandes daños que por instabilidad y poca firmeza han causado : cata que su más súbito saber en el tiempo de la mayor necesidad les falta; mira pues que de su naturaleza son muy mudables y livianas en creer, y súbitas en la venganza; mira no te ciegue el mucho amor de la hija.

Cuando Floripes hubo entendido bien las palabras maliciosas de Sortibrán, demudada en grande grado, y como tartamuda del muy crecido enojo, dijo : Tú, Sortibrán, hablaste como desleal y malo que debe ser, y por tal te juzgo en hablar seme-

jantes palabras, porque el traidor no piensa que hay fiel alguno en el mundo; y por tus muy dañadas entrañas juzgaste tú las ajenas; mas no quedarás sin pago de tu mentiroso y traidor decir: y dicho esto, se fué tras el escudero y de los presos que estaban ya cerca de la torre, donde fué nuestro Oliveros y sus compañeros, porque el escudero no los osó llevar á la cámara de Floripes, por causa de la mucha gente que los miraba; y Floripes llamó al escudero, y le mandó les llevase á su cámara, que ella quería ser carcelera, y no otro ninguno; y aunque por allí había algunos que lo vieren y oyeron, no sospecharon por ello mal ninguno, pensando que lo haría por el grande enojo que había habido con Sortibrán. Entrados que fueron los caballeros en la cámara de Floripes, hallaron los otros cinco compañeros suyos armados de todas armas y bien apercibidos, y fueron de ello muy maravillados los unos y los otros. Oliveros hubo muy gran lástima de D. Roldán cuando le vió que tenía una gruesa cadena al pie y otra al cuerpo, y las manos muy reciamente atadas; y muy presto los desató y quitó todas las cadenas y se abrazaron y besaron con grandísimo amor; y Floripes los miraba uno á uno con mucho cuidado, por conocer á Guy de Borgaña, á quien ella tanto desceaba conocer, lo que visto por Oliveros, dijo: Señor Guy de Borgoña, ¿ qué os parece de nuestra cárcel y de nuestro carcelero? Y Guy de Borgoña le respondió: Digo que aunque la cárcel fuera la peor de todo el mundo, ninguna pena sintiera,

según la grande perfección y gracia del carcelero. Y Oliveros le dijo : Á vos y á la señora Floripes damos las gracias; porque conociendo que en esto vos había de hacer placer, nos sacó á todos del más hediondo lugar del mundo, y de muy estrecha cárcel. Y Floripes llorando del grande placer que su corazón sentía, venció el amor á la vergüenza que comunmente las doncellas tienen, abrazó á Guy de Borgoña y le besó en el hombro, y Guy de Borgoña hincó las rodillas en el suelo, y quiso besar las manos ; mas ella nunca lo quiso permitir, antes le puso la una mano al cuello y la otra en la barba, y levantó del suelo, y estaba Guy de Borgoña muy espantado de tanto amor como la hermosa Floripes le mostraba. Y D. Roldán le dijo : Bien creo, señor Guy de Borgoña, que no recibiérades pena alguna aunque estuviésedes mucho tiempo en esta cárcel ; y Guy de Borgoña le respondió : Ya recelo la salida más que temía la entrada, si del carcelero me tengo de apartar. Y Floripes con una muy graciosa risa dijo : Dejemos, señores, esto para cuando mayor oportunidad tengamos, y ahora entendamos en lo que mucho á todos cumple, y tomó á Guy de Borgoña por la mano, y dijo á los otros caballeros desarmados que la siguiesen, y que los otros se quedasen en la sala, y llevólos donde se habían armado los otros caballeros, y les dijo que se armasen prestamente; y ella armó á Guy de Borgoña muy graciosamente; y después que todos fueron armados á su placer, se volvieron donde estaban los otros, y Floripes los hizo sentar á todos, y ella

se sentó en la silla de marfil, más allegada á Guy de Borgoña que á los otros, y les dijo : Muy nobles y esforzados caballeros, pues que en vuestra buena fortuna y á mi dicha vos ha traído á tiempo que de mis pequeñas y mujeriles fuerzas tuviéredes necesidad, por cuanto tengo propuesto y deliberado, olvidando mis dioses y el amor de padre, de los parientes y de toda la tierra, de salvar vuestras vidas, aunque supiese por ello perder la mía, me atrevo á pediros á todos juntamente una merced, y á vos, D. Roldán, primeramente demando la fe y á vosotros, señores, de me ayudar y favorecer en lo que os hubiese menester; y D. Roldán la dijo : Muy virtuosa y noble dama, nunca fuí ingrato á persona del mundo, y menos lo seré á las muchas mercedes que de ti he recibido : por ende mándame cualquiera cosa que no discrepe de la ley cristiana, y verás el deseo que tengo de servir tus crecidos beneficios; y ella se levantó en pie, y les dió gracias por ello ; y vuelta á Guy de Borgoña : ¿ Y vos, señor Guy de Borgoña? Y él la dijo : Yo y todos estos señores decimos lo que el señor D. Roldán dice. Así, dijo ella, lo que mi corazón desea sobre todas las cosas del mundo es servir, como mujer legítima, al señor Guy de Borgoña, y estas son las mercedes que á él y á vosotros, señores, pido, y muy de grado me tornaré cristiana y vos daré las santas Reliquias que con tanto trabajo habéis buscado, y vos daré todo el tesoro del almirante, mi padre, y otras joyas de muy grande valor; y Guy de Borgoña la dijo : Por cierto, señora,

yo tenía propuesto de no tomar mujer sino por mano de mi tío el emperador Carlo Magno, como lo han hecho los otros Pares de Francia; mas porque tal dama no se halla en todas partes, y no menos por las mercedes recibidas, con consentimiento de D. Roldán y de estos señores, te tomo por legítima esposa en la forma que lo ordena nuestra santa madre Iglesia : y D. Roldán se levantó, les hizo dar la mano, y los hizo abrazar y besar en la boca, y les dijo que lo demás fuese guardado hasta que Floripes fuese cristiana; y de esto hubo gran vergüenza Floripes, y no osaba después mirar á D. Roldán en la cara, y mandó luego á sus damas que pusiesen la mesa y trajesen de comer; y dijo á los caballeros : El almirante mi padre, Sortibrán y los otros caballeros han ordenado de vos dar la muerte á todos después que el almirante haya comido, mas deciros he cómo le daréis mala comida, porque no vengan á efecto sus malos pensamientos; y así, armados como estaban los caballeros, se sentaron á la mesa, y la hermosa dama Floripes con ellos sentada junto su muy querido y amado Guy de Borgoña.

CAPÍTULO XXXIII.

Cómo un sobrino del almirante Balán, llamado Lucafer, entró en la cámara de Floripes, y cómo el duque Naymes le mató.

Los caballeros fueron muy bien servidos, y después que hubieron comido y fué alzada la mesa y dadas gracias á Dios, Floripes les dijo : Señores, el almirante Balán querrá comer, y no comerá sin que yo esté en su compañía ; por ende, porque no venga nadie á llamarme quiero ir allá, y diré que estoy mal dispuesta, que no quiero comer, y miraré bien en lo que se ha de hacer antes que vuelva, y primero quiero mostraros la santas Reliquias que yo tengo, porque viéndolas tengáis los corazones más contritos, y con mayor devoción podáis demandar ayuda y socorro á vuestro Dios, que hoy lo habréis bien menester, y sacó un cofre todo dorado y muy maravillosamente labrado, en el cual estaba parte de la corona de nuestro Redentor Jesucristo, y uno de los clavos con que fué enclavado en la cruz, y un paño en que fué envuelto cuando era niño, un zapato de la Virgen María, nuestra Señora, y parte de sus cabellos, y otras muchas reliquias. Cuando los caballeros las vieron hincaron las rodillas en el suelo, y llorando amargamente, pidieron perdón á Dios, suplicándole fuese servido de dejarles volver con salud en presencia de Carlo Magno, y pudiesen llevar á Floripes, para que doctrinada en la santa fe católica, mediante el

agua del santo bautismo, entrase en el número de los escogidos; y que también pudiesen llevar las santas Reliquias á tierra de cristianos; y se maravilló Floripes de las lágrimas que los caballeros cristianos derramaron. Después que hubieron hecho su oración, dijo Floripes á Guy de Borgoña, que volviese las reliquias al cofre, porque le era más lícito que á ella, por cuanto no era cristiana, y él lo rogó á D. Roldán, y D. Roldán al duque Naymes, por cuanto era más anciano y hombre de muy buena vida, y encerradas las santas Reliquias en el cofre, lo volvió Floripes á su lugar.

Estando los caballeros y la linda dama en esto, vino á los palacios del almirante un caballero, sobrino suyo, llamado Lucafer el cual había venido por ver morir á los caballeros cristianos: preguntando por ellos, el almirante le dijo cómo su hija Floripes los tenía en guarda hasta que él hubiese comido. Lucafer le reprendió mucho de ello, diciendo, que semejantes hombres no eran de fiar de mujer alguna, y dijo que quería verlos, por conocer al caballero que venció á Fierabrás: el almirante le dijo que fuese, y se viniese con él Floripes á comer, que después haría juntar su gente para hacer justicia. Llegado Lucafer á la puerta de la cámara de Floripes, y hallándola cerrada, dió un empujón á la puerta con toda su fuerza, y quebró la cerradura y abrió la puerta de par en par. Cuando vido los caballeros armados, no quisiera haber entrado, y de su entrada le pesó mucho á Floripes, y conociendo esto el duque Naymes, entró con el

moro á razones; y preguntóle muchas cosas; y él respondía con más miedo que gana de estar entre ellos, y queriéndose ir, alzó el duque Naymes el puño y dióle tan gran golpe en la cabeza que dió con él en tierra muerto, y á Floripes le plugo mucho lo que el duque había hecho, y le dijo: Cierto, buen duque Naymes, que ese golpe no es de hombre viejo. Y él la dijo: Otros mayores verás si nos dejan salir de aquí. Y ella dijo: No se excusa de veros presto en ello; por ende, señores, quiero ir á hablar al almirante, que estará esperando á este caballero que le quería mucho, y ha procurado casarle conmigo; y vosotros, señores, guardad la cámara. Llegada Floripes delante de su padre, dijo que comiese, que ella se hallaba indispuesta del enojo que le había dado Sortibrán. Y el almirante la preguntó por Lucafer, y ella le dijo quedaba hablando con los presos, y que no le aguardase á comer, que él así se lo dijo: y el almirante la dijo que quería comer, por hacer luego justicia de los presos, que la gente estaba apercibida, esperando que los sacasen. Floripes miró por la ventana, y vido gran número de turcos armados, así caballeros como peones, y le pesó de ello; y despedida de su padre, se volvió para su cámara, y dijo á los caballeros: Señores, ved si os falta algo, que luego os lo daré: y Guy de Borgoña la dijo que no, y ella dijo: Agora es tiempo que salgáis, y salieron, siendo Roldán el delantero; y á la entrada de palacio topó un rey llamado Corsubel, y le hendió la cabeza hasta el pescuezo; y Oliveros mató al rey Coldre; y Guy

de Borgoña mató siete caballeros que halló en los corredores, y á otros hizo saltar de los corredores abajo; de manera que no quedó hombre á vida de cuantos en el palacio estaban, salvo el almirante, que salvó por una ventana, y fué recibido de los suyos; y quisieron salir de palacio, por dar batalla á los que estaban fuera, y Floripes no lo permitió porque eran muchos, y llevaron la provisión que hallaron á una fuerte torre, y allí se fortalecieron El almirante mandó cercar la torre, é hizo juramento á sus dioses de no partirse de allí hasta que los hiciese quemar, y á Floripes con ellos: y decía á sus familiares : Aunque no quiera su Dios, ellos vendrán á mis manos, que no tienen vitualla más de para tres días ; y á más de esto Carlo Magno no sabe de ellos para socorrerlos; y caso que lo supiese, no podrá pasar mi fuerte puente de Mantible, y no tiene otro paso. Los que se hallaron en el cerco de la torre fueron ciento y treinta mil hombres de pelea, y se dieron grandes combates, mas no la pudieron entrar, y pasados tres días, acordóse el almirante de un cinto que Floripes tenía, y mandó llamar á Marpín, gran nigromántico, y le dijo : Marpín, agora conviene que muestres tu saber, que si tú haces lo que te diré, serás bien galardonado. Marpín le dijo : Señor, si es cosa posible á hombre del mundo, no dudes lo haga, y el almirante le dijo : Sabed que Floripes tiene un cinto de grandísima virtud, que mientras le tuviere, ella ni ninguno de su compañía puede perecer de hambre, y querría se lo quitases; y mira que si lo haces, serás muy bien

remunerado; y Marpín le dijo: Señor, no congojes, que muy presto te lo traeré. Venida la noche, al primer sueño se hizo llevar de un diablo encima de la torre, y desde allí hizo sus encantos para hacer dormir á Floripes, y á todos los que en su compañía estaban, y aquella noche veleban en la torre Guy de Borgoña, Ricarte de Normandía y Oger el Danois, y sobre ellos no tuvo poder el encantamiento; y todos los otros fueron de graves sueños adormidos. Entrando Marpín en su cámara, vido á una parte á Floripes y á sus damas, y á otra sus caballeros durmiendo, y buscó el cinto con diligencia, y hallado, se lo ciñó, y se llegó á Floripes, que desnuda estaba en su cama, y le quitó la ropa; y viéndola tan hermosa, no pudo dejar de besarla muchas veces. Estando en esto, la linda Floripes soñaba que un Turco la quería forzar, y que daba grandes voces á Guy de Borgoña que la valiese; y estaba en tanta congoja, que durmiendo daba con los brazos á una parte y otra, como que se defendía, y por eso no osó llegar Marpín á más de la besar, temiendo que despertase. Salido Marpín de la cámara, despertó Floripes dando voces, y á ellas acudieron los caballeros que velaban, y toparon á Marpín que iba huyendo para salir al tejado de la torre, y dióle Guy de Borgoña con la espada, y le cortó la cabeza, y tomó el cuerpo, y lo echó afuera por una ventana en la cava de la torre, que estaba llena de agua, y así se perdió el cinto, é hizo la hermosa Floripes gran llanto por él, y pesóles asimismo á los caballeros cuando supieron la virtud que tenía; mas no hubo remedio para cobrarlo.

CAPÍTULO XXXIV.

Cómo los caballeros, Floripes y sus damas padecieron grande hambre, y cómo los ídolos del almirante Balán fueron derribados y hechos pedazos.

Viendo el almirante Balán que Marpín nigromántico no venía, fué enojado de ello, tanto por el cinto, como por él, y llamó sus consejeros, y les preguntó ¿qué se había de hacer? Y ellos dijeron: Señor, Marpín sin duda es muerto, pues no viene; manda juntar toda tu gente, y daremos combate á la torre, y presto serás señor de tus enemigos. El almirante mandó allegar doscientos mil hombres de pelea, y que diesen combate á la torre con muchos trabucos y con hondas. Duró el combate todo un día, y no la pudieron ganar, que los caballeros cristianos que estaban dentro derribaron una pared de los palacios del almirante, y con las piedras se defendieron de manera que los turcos no osaban llegar á la torre. Venida la noche, mandó el almirante que no cesase el combate; y acercada la gente, empezaron á probar si podrían subir por la pared, y los de dentro continuaban á echar piedras, defendiéndose valerosamente, y á la mañana hallaron más de dos mil turcos muertos y otros tantos heridos. Cuando el almirante Balán supo la gran mortandad que los cristianos habían hecho, estaba rabiando y maldiciendo á sus dioses; y un caballero de los suyos le dijo: Señor, no te fatigues

tanto, ni te enojes, que bien tendremos modo con que ganes la torre; manda hacer muchas escaleras largas que lleguen á las ventanas de la torre, que se aperciba toda la gente de las armas, y armados subiremos por ellas, y no habremos miedo de las piedras. El almirante tuvo su consejo por bueno y luego mandó hacer las escaleras, y trajeron cincuenta de ellas, y los turcos bien armados empezaron á subir por ellas; y viendo Floripes que subían seis caballeros por una escalera, los dejó subir hasta la ventana, y con una hacha de armas que tenía en las manos dió tal golpe al primero que dió con él y con los otros en el suelo; y todo esto vido el almirante su padre, y por ello se mesó las barbas, maldiciendo la hora en que la engendró; y por otra escalera á otra ventana subían otros tantos caballeros, y Ricarte de Normandía tomó un grueso canto cuanto pudo levantar, y le echó por la escalera abajo, y derribó todos los que subían por ella en el suelo, matando á muchos; y viendo esto los otros, ninguno osó subir, y en esto pasaron algunos días, de manera que faltó la provisión en la torre, y estuvieron dos días sin comer pan. Viendo esto Roldán, dijo á los otros : Señores, paréceme que la necesidad nos forzará á hacer agora lo que habíamos de hacer antes de morir encerrados : ninguna honra alcanzamos, pues la vitualla nos falta; aparejémonos para ir á buscarla, que más nos vale morir peleando en el campo con nuestros enemigos, que padecer hambre en esta torre. Á todos pareció bien lo que

Roldán dijo, y acordaron de lo hacer así, y entonces comenzaron á llorar Floripes y sus damas, temiendo la muerte de los caballeros por la multitud de turcos que había, y con abundancia de lágrimas les dijo : Por cierto, señores, muy poco hace vuestro Dios por vosotros viéndoos en tanta necesidad, que si vosotros creyésedes en mis dioses, sin duda ya hubieran usado de misericordia con vosotros, y os proveyeran de vituallas. Y D. Roldán la respondió : Señora, muéstranos esos dioses que dices, que querría ver si tendrán poder para proveernos de vituallas, ó traernos socorro de Francia. Y ella dijo que le placía, y muy alegre, pensando que creería en ellos, los llevó por una cueva bajo de tierra, y al cabo de ella hallaron una sala maravillosamente labrada, y en medio estaba un grande tablado muy rico, en el cual estaban cuatro ídolos del grandor de hombre, de oro fino ; el uno se llamada Alpín, y el otro Tavalgante, el otro Margor, y el otro Jupín. Olía toda la sala tan suavemente, que los caballeros estaban maravillados. Y entonces dijo Guy de Borgoña á Floripes : Señora, ¿ quién hizo estos tus dioses? Y respondió : Dos plateros, los mejores maestros que en todo el mundo se pudieron hallar. Y Guy de Borgoña la dijo : ¿ Quién dió á este oro el poder que tú dices que tienen ? Y ella estuvo dudando sin le responder; y él la dijo : ¿ Los maestros que las hicieron no eran hombres mortales como nosotros? Y ella dijo que sí. Y Guy de Borgoña la dijo : ¿ Y si quisiéramos agora hacer otra cosa alguna, no la

podríamos hacer del mismo oro? Ella le dijo que sí podría. Y él dijo: ¿Luego más poder tienen los hombres que tus dioses? ¿Quieres ver cómo no tienen ningún poder? Sacó la espada, y dió al uno con ella en la cabeza, y le derribó en el suelo; y Roldán con la hacha de armas echó á tierra los otros, y dijo á Floripes: Mira, señora, el poder de tus dioses. Entonces Floripes, venida en conocimiento de la verdad, viendo que sus dioses no se movían, dijo: Agora confieso no haber otro Dios sino el de los cristianos, al cual humildemente suplico me quiera dar lugar de recibir su santo bautismo, porque mi ánima no sea ajena de tanta gloria, y á vosotros quiera sacar de tanta afrenta, y de esto hubieron muy gran placer los caballeros.

CAPÍTULO XXXV.

Cómo los caballeros cristianos salieron de la torre, y dieron batalla á los turcos que los tenían cercados, y tomaron la provisión que tenían en el real.

Estando Floripes y los caballeros en estas razones, una dama de Floripes cayó del estrado desmayada de hambre, y no se halló en la torre bocado de pan ni de otra cosa que la dar; y de esto hubieron gran lástima los caballeros, y más la linda Floripes; y ordenaron de salir, y dar descuidadamente en el real del almirante Balán, y rogó Oliveros al duque de Naymes que se quedase en la

torre en compañía de las damas, para les abrir cuando volviesen. Y el duque le dijo : Señor Oliveros, aunque soy más anciano que ninguno de vosotros, no por eso dejaré de hacer mi deber contra mis enemigos, y pídoos por merced, que no me deis tan presto el oficio de portero; y así rogaron todos al conde Tietri que quisiese quedarse, y así se quedó en guarda de la torre y de las damas, y ellos se subieron á la cámara de Fierabrás, y tomaron sendas lanzas, y cabalgaron en los caballos que habían quedado del almirante Balán; y viendo que el almirante y su gente estaban descuidados, salieron de la torre, y acometieron á sus enemigos con tanta ferocidad, que en poco tiempo llegaron hasta la torre del almirante Balán, matando y derribando caballeros y peones; y el almirante viendo esto, fué prestamente armado, y con él su sobrino el rey Clarión, el más esforzado que en toda aquella tierra se descubría después de Fierabrás. Cuando el bueno D. Roldán los vido, vuelto á sus compañeros les dijo : Señores, agora se nos ofrece ocasión para ganar honra y fama; no nos desmandemos, y con la orden que hasta aquí hemos tenido entremos en nuestros enemigos, haciendo cruel matanza en ellos, hasta quitarles los bastimentos; el uno procurará ayudar al otro, que Oliveros y yo llevaremos la delantera, y no se espante nadie de la multitud de los turcos, que en los grandes aprietos son conocidos los buenos soldados, y en ellos se alzan las crecidas honras, y si á estos delanteros vencemos, con muy poco trabajo

seremos señores de todos los otros, que estos son la flor de todos los hombres de guerra que tiene el almirante Balán, y llevaremos de comer á la hermosa Floripes y á sus damas, que con muy gran deseo nos están esperando, y diciendo esto, llegaron los turcos con grandes alaridos : llevaba la delantera de ellos un rey moro, que vino de muy lejos en ayuda del almirante Balán, que se llamaba Rapín. Viéndole venir el noble Oliveros, le salió á recibir con la lanza en el ristre, y fueron los encuentros tales, que el turco cayó en el suelo muerto, y luego salieron dos caballeros suyos para vengar su muerte, y el uno encontró con la lanza de Oliveros, y la quebró en el escudo, y Oliveros echando mano á la espada, de los primeros golpes que le dió, cayó el turco en tierra, y el otro compañero no le osó esperar, y dió á huir. En este tiempo D. Roldán derribó diez y ocho turcos á vista del almirante Balán, el cual cobró tan gran temor, que empezó á retirarse, por huir del furor de los esforzados cristianos; y viendo esto Guy de Borgoña, dió de espuelas al caballo, y derribando turcos á una parte y á otra, le siguió hasta su tienda, peleando solo con gran multitud de turcos que le defendían la entrada de la tienda, y los otros caballeros cristianos haciendo gran matanza en la gente del rey Clarión; y viendo Oger el Danois que venían por un camino veinte acémilas cargadas de vitualla, lo dijo á D. Roldán, y D. Roldán llamó á Oliveros, sin conocer la falta de Guy de Borgoña, y fueron hacia las acémilas, sin que se lo

impidiesen mucho los turcos, que ya no los osaban esperar. Tenían en guarda de las acémilas doscientos de á pie y treinta de á caballo, y se pusieron á defender la vitualla, y en poco rato mataron la mayor parte de ellos, quedando los cristianos dueños de las acémilas; y para conducirlas á la torre, hubieron de pasar por medio del real.

CAPÍTULO XXXVI.

Cómo Guy de Borgoña fuė preso.

El noble Guy de Borgoña quedó solo en el campo, desamparado de sus compañeros, y rodeado de toda la gente del ejército; y peleó la mayor parte de la noche, y dió con la tienda del almirante en el suelo; y después que le mataron el caballo, se vido entre tantos cuerpos muertos, que no podía dar un paso sin pisarlos; y ya que quería amanecer, fatigado y herido en muchas partes de su cuerpo, dió un tropezón, y cayó, y así fusé preso, y atadas las manos y tapados los ojos fué llevado al almirante que temoroso de su espada se había desviado de su gente. Viéndose Guy de Borgoña en poder de sus enemigos, y creyendo ser ya la postrimera hora de su vida, dijo : ¡ Oh mi Jesús, verdadero Dios y Hombre! no desampares á tu convertida Floripes, porque consolada de ti no se desvíe de su buen propósito. ¡ Oh caballeros cristianos! Dios os guarde de la tanta desdicha, cuanta á mí,

sin ventura, hoy ha ocurrido. Y el rey Clarión le dijo : No procures, cristiano, de quejarte, pues no te ha de aprovechar, que así te llevaremos al almirante, y luego serás ahorcado. Y él le preguntó ¿ quién era que así le amenazaba? Y él le dijo que era el rey Clarión; y díjole Guy de Borgoña : Mucho me amenazas agora que no tengo manos, y cuando las tenía no me hablabas ni aun esperabas que te hablase. Llegado Guy de Borgoña ante el almirante, todo demudado y descolorido, así por haber estado dos días sin comer, como por el gran trabajo de la batalla, mandó el almirante que fuese desarmado de todas sus armas; y porque para le desarmar era necesario quitarle las ataduras de las manos, fué primeramente desarmado de las piernas, poniéndole á cada pie una cadena gruesa, y con ella le ataron á un poste, y después le soltaron las manos, y le quitaron todas las armas, y estaba tal, que el almirante no le conocía; y le preguntó ¿ quién éra? Y él respondió: No te negaré la verdad, sepas que á mí me llaman Guy de Borgoña, soy sobrino del muy poderoso emperador Carlo Magno, y primo del muy noble y esforzado D. Roldán. Y el almirante le dijo : Mucho tiempo ha que te conozco, y grandes males me has hecho; por tus amores mi hija Floripes dió mi fortaleza á mis enemigos, y á mí me entregará en tu poder, si mis piadosos dioses no me guardaran, los cuales te han traído á mis manos, para que tome entera venganza de ti. Y dime, ¿ quiénes son los compañeros que en la torre quedan, que tan

grande guerra me habéis dado? Y le dijo : Los que están en la torre son todos hombres de noble sangre, y muy amados, amigos y vasallos del poderoso emperador Carlo Magno; por tanto no dudes que esos agravios que les haces te serán bien demandados. Y viendo un turco que el almirante había recibido enojo de esto, quiso dar á Guy de Borgoña una puñada en la cara, él se reparó con el brazo izquierdo, y con la mano derecha le asió de los cabellos, y le trajo á sus pies, y le puso el pie sobre el pescuezo, y antes que le pudiesen valer le ahogó. Y el almirante dijo : Creo que esta gente es endiablada : ved lo que ha hecho delante de mí. Y Guy de Borgoña le dijo : Si yerro alguno aquí ha habido, tu hombre lo ha causado, que no le era lícito en tu presencia herirme sin tu mandato; mas paréceme que bien ha recibido la pena de su yerro, que nunca más pasará tu mandado; y así atado al poste, sin comer cosa alguna, le tuvieron hasta otro día.

Agora quiero volver á D. Roldán y á los otros caballeros que quedaron en la torre muy tristes, y no menos la hermosa Floripes y sus damas, por faltar Guy de Borgoña, á quien estimaban mucho. No conocieron Roldán y sus compañeros si se quedaba Guy de Borgoña hasta que entraron en la torre con la vitualla, y cuando vieron que no venía, como hombres desesperados, olvidando el hambre que tenían, salieron todos once sin esperar el uno al otro, y entraron con tanta ferocidad en sus enemigos, que ya no se recelaron de ellos; y en

poco tiempo mataron dos mil, y allí murió Basín dé Genovois, un principal caballero, y de su muerte pesó mucho á todos los cristianos : y por la grande obscuridad de la noche, temiendo que buscando á Guy de Borgoña se podrían perder, fueron forzados á acogerse en la torre, donde con lastimosos llantos y gritos que á los cielos subían, de la triste Floripes fueron recibidos, la cual, tirando cruelmente de sus cabellos, y con sus uñas rasgando su hermoso rostro, tendida á los pies de D. Roldán, besándolos muchas veces, le decía : Oh caballero noble, duélete de tu muy leal compañero y pariente Guy de Borgoña, mi esposo. Y D. Roldán con un nudo en la garganta, que casi no le dejada hablar ni resollar, la levantó del suelo; y vuelto á Oliveros le dijo : Cuánto más mejor me fuera, señor Oliveros, que el día que maté al carcelero por sacaros de la cárcel, me mandara mi padre matar á mí, porque no me viera en tanta congoja, y una pena sola sintiera ni ánima al apartarse de mis carnes, y no haber conocido á Guy de Borgoña; ahogada estoy, de mil congojas rodeada, y de mil pensamientos combatida, viendo que por darme á mí la vida, fué el noble caballero á tomar la muerte; muriérame yo de hambre delante de sus ojos, y no me viera yo sin él. ¡ Oh padre mío ! si supiste qué cosa es querer, no me culpes en lo que hice contra ti : cata que el corazón que engendraste es del caballero que preso tienes, desde el día que en Roma le vi : y pues que suyo era, no podía huir de lo que á su servicio cumplía, ni pienses que me arrepiento de haberle

amado, antes tendría en poco perder la vida, y la diera de buena gana por sacarle de pena; y si algún paternal amor te ha quedado, duélete de tu apasionada hija, y si por ventura te quieres vengar de la injuria recibida, ten modo que justamente te vengues; mira que yo sola fuí la que maté á tu carcelero por sacar á los cristianos de la torre, y á la vieja matrona aya mía eché de la azotea abajo, porque no te dijese lo que hacía por aquellos nobles caballeros; finalmente los armé porque de tu saña y furor se pudiesen defender; y tu torre y tesoros, y tu dioses de oro les entregué, pues conocido es que no erraron en tomar los servicios que con tanto amor les hacía, y ellos tanto menester habían, que lo mismo hicieras tú si en su lugar te hallaras; y pues que en mí sola se halla el exceso, y yo sola fabriqué y cometí el error, suplícote que no lo pague el inocente caballero. ¡ Oh bendita Madre de Dios, con quien mi señor Guy de Borgoña tiene gran devoción ! poned en el corazón del almirante Balán, mi padre, le creencia que en mis entrañas tengo ingerida, porque convertido á tu benditísimo Hijo Dios y Hombre, no maltrate tu caballero. Y dicho esto y otras cosas con gran dolor, sollozos y suspiros, que las entrañas le sacaban, cayó en el suelo más muerta que viva, y D. Roldán la alzó muy presto; y desque fué tornada en sí, con más lágrimas que palabras la comenzó á consolar, diciéndola : Señora, por Dios tened paciencia, que vuestro esposo no es muerto ; sed cierta que antes que mañana anochezca le

traeremos aquí, ó todos perderemos la vida; y mandó traer la provisión que habían ganado y quitado á los moros, y hallaron muchas viandas cocidas y asadas, y muchos guisados á uso de Turquía, y comieron todos de aquello, aunque no con el gusto que comerían si no quedara cautivo Guy de Borgoña en poder de sus enemigos.

CAPÍTULO XXXVII.

Cómo los paganos quisieron ahorcar á Guy de Borgoña, y cómo los diez caballeros cristianos se lo quitaron.

Venida la manaña, el almirante Balán mandó llamar á todos sus consejeros, y les preguntó ¿qué se haría de Guy de Borgoña? Y ellos le dijeron: Señor, para que los otros caballeros escarmienten, manda poner una alta horca en el lugar que la puedan ver los que están en la torre, y en ella mandarás ahorcar al caballero preso, y quedarás vengado de las injurias que de él has recibido; mandarás asimismo poner diez mil hombres en celada, porque creemos que sus compañeros no dejarán de venir en su socorro, y los tomarán en medio, y serán todos muertos ó presos, para que hagas de ellos á tu voluntad. Este consejo aprobó el almirante, y le tuvo por bueno; y luego mandó alzar la horca, y en un montecito que cerca estaba mandó esconder los diez mil turcos; y mandó

al rey Clarión que los rigiese y estuviese atento para salir cuando fuese menester : y mandó atar las manos á Guy de Borgoña, y taparle los ojos, porque no viese dónde le llevaban, y mandó que tres mil hombres de pelea le llevasen á la horca, y desque le tuvieron en su poder, algunos que en las peleas habían conocido los fieros golpes de su espada, le daban muy grandes palos, y otros puñadas, pensando que en aquello eran vengados. Puesto el noble caballero Guy de Borgoña en tanta angustia, esperando su postrimera hora dijo : ¡ Oh Redentor del mundo, mi Dios y mi Creador, por cuyo nombre voy á recibir deshonradamente la muerte ! por los méritos de tu santa pasión te suplico que recibas mi ánima, pues que el cuerpo va á tomar fin ; y así como tú ves que lo he menester, me envía paciencia, porque sea esta muerte en remisión de mis pecados. ¡Oh nobles caballeros de Francia ! nunca más me veréis, aunque no dudo que si esto viene á vuestra noticia, salgáis en mi socorro. ¡ Oh noble primo D. Roldán, qué malas nuevas llevaréis al emperador nuestro tío! ¡Y nobles compañeros! encomiéndoos la triste Floripes, que no tendrá ya deseo de vivir, sabiendo las tristes nuevas, ni habrá quien la consuele, si de vosotros es olvidada. Á este tiempo estaba Floripes con los caballeros cristianos á las ventanas de la torre, mirando cómo alzaban la horca, no sabiendo para quién era; y cuando vieron los tres mil hombres, sospecharon que sería para Guy de Borgoña, aunque no lo podían ver,

y Floripes lo conoció la primera en los grandes alaridos que los turcos hacían; y puesta de rodillas delante de los caballeros, les dijo: ¡Oh nobles caballeros, no sean vuestros corazones tan sin virtud, que delante de vuestros ojos consintáis que vuestro leal amigo y pariente sea ahorcado! ¡Oh noble Roldán, cuyas grandes hazañas por todo el mundo son tan conocidos, y cuya lanza y espada en toda Turquía es temida! por aquel Dios en quien crees y adoras, te suplico que no desampares á la triste doncella que á ti se encomienda, no olvides á tu primo el noble Guy de Borgoña, en tanta afrenta metido. Y Roldán la dijo: Señora, ten esperanza en aquella bendita Virgen, Madre de Dios, y ruégala que quiera ser en nuestro favor, porque le traigamos con salud delante de tus ojos, y mediante su gracia podamos volver á tierra de cristianos; y de salir en su favor no lo dudes, que no dejaremos de poner todas nuestras fuerzas para le sacar del peligro, aunque todo el mundo fuese contra nosotros. Y Floripes, derramando muchas lágrimas por su amoroso rostro, los abrazó á todos uno á uno, y dijo, que mientras los caballos ensillasen, se subiesen á la cámara de Fierabrás, y se proveyesen de las armas que habían menester. Y armados que fueron los caballeros, y proveídos de gruesas lanzas, cabalgaron en sus muy bizarros caballos, y antes que saliesen de la torre, habló D. Roldán de esta manera: Señores, en este día se nos ofrece tiempo para ganar honra, y ayudar á nuestro amigo que está para

recibir la muerte en manos de nuestros enemigos: si nosotros nos desmandamos es imposible salir de tan grande multitud de turcos: por tanto vos ruego que no os engañen vuestros esforzados corazones, que por codicia de matar veinte ó treinta enemigos no salgáis de orden, pues veis que de esta manera se perdió nuestro compañero Guy de Borgoña; sino que juntos entremos á la batalla, y que el uno sea de los otros socorrido; y si esto hacemos, aunque seamos pocos en número, seremos muchos en fortaleza. Antes que saliesen de la torre trajo Floripes el cofre de las santas Reliquias, y se humillaron todos con gran devoción, y pusieron el cofre encima de sus cabezas, y encomendándose á la Santísima Trinidad, salieron; y vieron los que llevaban á Guy de Borgoña, que estaban ya cerca de la horca, y dijo el noble Oliveros: Señores, bien es que tomemos la delantera, porque mientras peleamos con los que van detrás, no reciba muerte de los delanteros. Cuando los turcos los vieron venir, un capitán llamado Cornifer puso los turcos en buen orden, mandó á diez mil peones que llevasen á Guy de Borgoña á la horca, mientras él iba á dar batalla á los cristianos; y con una gruesa lanza tomó la delantera, y fué á recibir á los caballeros cristianos, y cuando Oliveros le vido, dijo: Señor D. Roldán, perdóneme, que quiero salir á recibir á este turco que tan soberbio viene; y le recibió de tal suerte, que dió con él en tierra, y echando mano á la espada, se metió por medio de ellos como lobo carnicero

en medio del ganado, y así trabó una muy cruda batalla, y con esto fueron detenidos buen rato los cristianos, que no pudieron pasar adelante. Y alzado D. Roldán sobre los estribos, vido la escalera de la horca, y que subían al buen caballero por ella para ahorcarle : entonces dijo á los otros : Señores, no nos tardemos mucho, y cada uno procure seguirme, que Guy de Borgoña está en la escalera de la horca. Entonces todos los caballeros, olvidando todo el temor de morir, y puestos en buen orden, entraron por en medio de los enemigos, conduciéndolos D. Roldán, que ya era tan temido de los Turcos, que ninguno de ellos se osaba poner delante, y á su lado iba Ricarte de Normandía derribando caballos y peones : y al otro lado iba Oliveros desguarneciendo arneses y cortando brazos y piernas, sin dar golpe en vago, y Oger el Danois traía todas las armas teñidas en sangre de sus enemigos. Llegados al pie de la escalera, tuvieron gran lástima del buen caballero, que tenía una soga de esparto en el cuello, y mientras los otros peleaban, saltó Ricarte de Normandía del caballo, y se la quitó y soltó las manos, abrazándole muchas veces. Á este tiempo salieron los diez mil que estaban en celada, como Oliveros los vió, tomó por la rienda un poderoso caballo que entre ellos andaba suelto, y lo llevó con presteza á Ricarte de Normandía, y le dijo : Procura de armar luego á Guy de Borgoña, y que cabalgue presto en este caballo, y venga al punto á la batalla, porque vienen diez mil turcos de

refresco. Dicho esto, volvió para sus compañeros, y vido á Gerardo de Nondier á pie, cercado de más de cien turcos que trabajaban mucho por le dar la muerte, y arremetió con tanto denuedo, haciendo tales hechos con la espada, que muy presto llegó donde estaba Gerardo de Nondier y se le puso delante para que no le hiriesen, y peleando los dos compañeros, arrimándose cuanto podían á los otros, vido Gerardo como un noble moro volvía la rienda por no encontrar con Oliveros, y ofreciéndosele tiempo dió una arremetida, y saltó en las ancas del caballo, y dió con el moro en el suelo, y así fueron todavía peleando hasta que se juntaron con los otros, y dijo Oliveros : Señores, detengámonos, y esperemos á Ricarte de Normandía y Guy de Borgoña, porque nos topen juntos para acometer á los que vienen de refresco; mas no pudieron esperar tanto que vinieron los turcos que estaban en la celada; y los caballeros que estaban sin lanza recelaron los primeros encuentros, é iban Roldán y Oliveros delante, amparando los otros, embrazados los escudos y las espadas en las manos, y á los primeros encuentros mataron el caballo de Roldán; un turco le dió un gran golpe en el yelmo, y desque vido alzar la espada á Roldán para herirle, quiso huir, mas no le dió lugar, porque le alcanzó con Durandal en el hombro, y le partió hasta los pechos : de este golpe sus enemigos cobraron gran temor, y en poco tiempo derribó Roldán quince turcos; y viendo uno el daño que Roldán hacía, queriéndole herir

á su salvo, le tiró la lanza, y Roldán desvió e cuerpo, y se fué muy presto á él, y tomándole por el brazo, le derribó en el suelo, y saltó ligeramente en el caballo, del cual había derribado el turco, y tomando la lanza empezó á discurrir por una y otra parte derribando cuantos se ponían delante, sin tener ni guardar orden ninguno, y rogó á sus compañeros que no se saliesen de ella, y que esperasen á Guy de Borgoña y á Ricarte de Normandía, mientras él andaba por el campo mirando adónde estaban los capitanes y los más principales del real, y fueron sus recios golpes tan conocidos, que así iban huyendo de él sus enemigos viéndole, como huye el ganado del lobo. Y luego que fué armado Guy de Borgoña, cabalgó en un poderoso caballo, y dijo á Ricarte de Normandía : Mirad, señor Ricarte, lo que hace Roldán, que lo que él solo hace había para cien buenos caballeros :¿ no veis cómo huyen de él los turcos ? Vamos nosotros por aquí, y atajaremos á los que van huyendo, y vengarme he de ellos; y tomando la delantera hizo Guy de Borgoña tan gran matanza, que D. Roldán estaba espantado; y muchas veces olvidaba el pelear, por ver cuán bien jugaba de las armas, de manera que los turcos que huían de D. Roldán, venían á parar en manos de Guy de Borgoña y de Ricarte de Normandía, y los que de ellos se escapaban los recibía D. Roldán; y llegando Roldán adonde estaba Guy de Borgoña, le abrazó con mucho amor, y le dijo : Mucho me place, primo, que os hayáis vengado de vuestros

enemigos. Mayor venganza hicisteis vos en ellos, dijo Guy de Borgoña: y estando en esto llegaron los otros nueve caballeros, y Guy de Borgoña los abrazó á todos, dándoles muchas gracias del trabajo que por él habían recibido. Viéndose los caballeros libres de sus enemigos, dieron infinitas gracias á Dios; y mirando el campo, fueron muy maravillados del gran número de muertos que vieron y dijo Roldán: Alabado sea Dios, que hubo piedad de nosotros; y dijo Oliveros: Señores, vamos á consolar á Floripes y á las damas que están con pesadumbre de vuestro mal; y Guy de Borgoña le respondió: ¿Qué haremos en la torre sin vitualla? Más vale morir en el campo peleando, que en la torre de hambre: sigamos nuestros enemigos, y les tomaremos la provisión que tienen, y todos fueron de este acuerdo. Viendo la hermosa Floripes desde una ventana que iban adelante, á grandes voces llamó á Guy de Borgoña y el noble caballero con los otros se arrimó al pie de la torre, y hablaron á Floripes, que estaba muy alegre, y la dijeron, les era forzoso seguir sus enemigos por tomarles la provisión; y así se despidieron de ella.

CAPÍTULO XXXVIII.

Cómo los caballeros cristianos tomaron todas las provisiones que hallaron en el real, y cómo la torre fué combatida.

Pusiéronse los caballeros en orden, y fueron en busca de sus enemigos, los cuales pensando descansar, muchos de ellos habían dejado las armas; y viendo el almirante á los cristianos, dió grandes voces á los suyos, diciéndoles que se armasen presto, y defendiesen las vituallas, y se llegaron todos á las tiendas donde tenían toda la provisión del real. Conociendo esto los caballeros cristianos, les dieron cruda guerra, y mataron muchos de ellos, durando la batalla hasta la noche, y cuando pensaron los turcos que los cristianos se recogían, entonces les hicieron mucha mayor guerra; y como ellos no osaron huir por miedo del almirante Balán, murieron tantos, que los cristianos estaban todos teñidos en sangre y cansados de herirlos, y entrando en las tiendas, llevaron doce camellos cargados de pan y carne, caza y otras muchas provisiones, y volviéndose con ellas para la torre, hallaron el cuerpo de Basin de Genovois su compañero, y le llevaron á la torre, donde fueron con grande alegría recibidos de las damas, y especialmente Guy de Borgoña de su amada Floripes, la cual le tenía en sus brazos, y no lo creía, teniendo tanto placer de verle, que no se hartaba de mirarle: y dejándole á él, se puso á los pies del

noble caballero Roldán, queriéndoselos besar, y los abrazó á todos uno á uno, dándoles muchas gracias; por lo que habían hecho por Guy de Borgoña y puestas las mesas cenaron con gran placer.

No cumple dejar de decir la pena y enojo que el almirante Balán recibió cuando supo que los cristianos estaban ya proveídos de vituallas, que siempre pensó tomarlos por hambre, y renegando de sus dioses, y maldiciendo la hora de su nacimiento y su mala fortuna, decía: ¡ Oh malaventurado viejo, olvidado de sus dioses y de toda su gente! No puedo creer que mi gente ose pelear contra esos cristianos, ó ellos están encantados, que tan gran destrozo han hecho en los míos. ¡ Oh ingrato Carlo Magno! ¿ cómo puedes olvidar los nobles caballeros? Por cierto ninguna razón tienes de los olvidar, pues que tu corte es por sus grandes proezas muy honrada; con estos doce podrías dar guerra con todo el mundo, y yo con doscientos mil no oso estar en el campo. ¡ Oh cuánta merced me harían mis dioses si estos caballeros quisiesen vivir conmigo! Yo les perdonaría todo mi mal, y les haría muy mayores mercedes de las que les hace Carlo Magno; y estaba tan enojado, que ninguno de los suyos osaba pasar adelante, y estuvo toda la noche en estas quejas, paseándose por su tienda. Venida la mañana, mandó llamar á sus consejeros, y les preguntó ¿ qué les parecía que se había de hacer? Y ellos le dijeron que hiciese apercibir toda su gente, y diese combate á la torre, que no tendrían los

cristianos cosa alguna con qué defenderse, y luego fué hecho; mas los cristianos se defendieron varonilmente, tirándoles piedras, ladrillos y tejas. Floripes y sus damas estaban en las ventanas tirando osadamente á sus enemigos; y de esto tenía gran enojo el almirante Balán; y desque vido que el combate no le había aprovechado, antes había pérdida de los suyos, y estaban muchos descalabrados, tornó á maldecir nuevamente su fortuna, quejándose de sus dioses, y díjole un caballero: Señor, creo que cuando los cristianos entraron en tu torre, perdieron tus dioses todo su poder, pues en ninguna cosa te ayudan. El almirante le dijo que callase, y no dijese tales razones, que creía que sus dioses aun le traerían los cristianos y á su hija Floripes á su poder.

CAPÍTULO XXXIX.

Cómo la torre en que estaban los caballeros fué minada, y cayó una parte de ella, y cómo se pusieron á punto para salir á la batalla.

Estaba muy enojado el almirante con los cristianos, y no menos con su hija; y buscando todos los modos posibles para se vengar de ellos, mandó llamar un gran encantador que en su tierra estaba; y venido, le dijo si sabría dar algún modo para ganar la torre; y él dijo que sí y que otro día por la mañana mandase apercibir su gente para

resistir á los caballeros cristianos, si de la torre saliesen, que en breve tiempo la haría arder toda. Venida la mañana, el encantador, que se llamaba Mabrón, hizo súbitamente encender las cuatro esquinas de la torre; y cuando los cristianos la vieron arder, armáronse muy prestamente para salir; y Floripes les dijo que se estuviesen quedos, que ella sabía cómo se hacía aquel fuego; y diciendo ciertas palabras lo hizo morir. Bien conoció el almirante que aquello lo había hecho Floripes, y juró á sus dioses de la hacer quemar; y mandó á su encantador y á otros hombres ingeniosos que buscasen otros ingenios para combatir la torre, y mandaron hacer grandes reparos con mucha madera, y puestos sobre unas ruedas, los llevaron al pie de la torre para se guardar de las piedras, y dieron otro combate; y como los caballeros no tuviesen qué les tirar, concertaron de salir á sus enemigos; mas Floripes les dijo que esperasen un poco, y bajó á un sótano donde estaba el tesoro de su padre; y trajo muchas piezas de oro y plata, y dijo á los caballeros que tirasen con ellos, que también matarían á quien tocasen como las piedras, y después les trajo todos los ídolos y dioses, y otras muchas piezas de talla, que eran todas de oro fino y plata, y los cortaron todos en piezas, y con ellas tiraban á sus enemigos. Cuando los turcos vieron tanto oro y plata olvidaron el combate para cogerlo, y sobre ello hubo gran matanza entre ellos, y mandó el almirante cesar el combate y recoger la gente, diciendo que de aquello se seguían dos daños, que

moría su gente, y perdía sus tesoros; y recogida la gente, mandó curar los heridos, y dijo á los otros que descansasen aquella noche, y á la mañana volviesen al combate, y con los ingenios y reparos fuese minada la torre. Venida la mañana, se puso luego por obra, y con la mina hicieron caer una esquina de la torre. Viendo esto Florides, tomó otra vez de los tesoros, y con ellos tiraba por las ventanas; y sobre coger de ellos hubo también grande contienda entre los turcos; y entrando el almirante caballero en un caballo, los metió en paz, y mandó pregonar que so pena de muerte ninguno fuese osado bajar á coger de ellos por más que tirasen; y les mandó que descansasen todo el día, y que á la noche minasen la otra esquina de la torre, y el almirante se fué á cenar. Estando en lo mejor de la cena, acordaron de salir todos muy bien armados en sus caballos, y dieron con los enemigos, que estaban muy descuidados de su venida; y viéndolos, se pusieron en defensa algunos, y otros se fueron huyendo hasta la mesa del almirante, que estaba con el rey Esplorante su sobrino, que nuevamente era venido de allende con mucha gente en favor suyo, el cual fué prestamente armado de un muy lucido arnés y un yelmo muy rico, y caballero en un poderoso caballo, con una gruesa lanza en la mano, y él delantero de todos los suyos, salió á dar la batalla á los cristianos, y topó primeramente con D. Roldán, y quebró la lanza en su escudo, y luego echó mano á la espada; mas D. Roldán le dió tal golpe en la cabeza, que

le pasó hasta la carne, y cayó del caballo, y uno de los suyos dió grandes voces diciendo : Socorro, caballeros, que el rey Esplorante es derribado del caballo ; y oyendo esto D. Roldán, le tomó por un brazo, arrastrándole hasta la torre; y los otros le siguieron, pensando que llevaban al almirante Balán.

CAPÍTULO XL.

Cómo los once Pares de Francia ordenaron que el uno de ellos fuese á hacer saber á Carlo Magno el peligro en que estaban.

Habiendo estado los caballeros tanto tiempo en la torre sin socorro alguno, desconfiados ya del socorro de Carlo Magno estaban muy tristes, y dijo el duque Naymes : Señores, el emperador Carlo Magno no dede saber adónde estamos, y no dudo que no tenga tanta congoja de nuestra necesidad, y si de uno de nosotros no es informado, jamás oirá nuevas de nos, que este lugar es muy desviado, y por él nunca pasan los cristianos; y allende de esto, el almirante Balán habrá mandado guardar todos los pasos, porque nadie lleve las nuevas á los cristianos : por tanto me parecía de mi consejo que uno de nosotros se partiese secretamente para el emperador Carlo Magno, que sin duda si él supiese dónde estábamos, él vendría con todo su poder á nos buscar. Y Guy de Borgoña le respondió : Señor duque Naymes, por demás es

hablar en esto, que es imposible pasar hombre alguno, sino fuese volando; vos veis toda la tierra cubierta de turcos, y sabéis que no puede nadie pasar á tierra de cristianos sino por la puente de Mantible, y sabéis las fuerzas y guardas que en ella hay ; ved pues cómo pasará un hombre solo, ni aun muchos, sin gran peligro. Y viéndoles Floripes estar muy tristes en estas razones, les dijo : Señores, es de pensar que Carlo Magno no sabe dónde estáis, aunque no sabrá de la necesidad que tenéis, que bien supo como los cinco fueron presos cuando Oliveros venció á Fierabrás mi hermano, y vosotros vinisteis por su mandado con embajada al almirante, y con otros negocios, y por falta de gente no habrá podido venir á vuestro socorro, mas no creáis que os tiene olvidados : por tanto no os fatiguéis, y esperad aún algunos días, y si no viene socorro, cualquier partido habrá el almirante con vosotros por rescatar este rey que tenéis preso, que le quiere mucho, y es hijo de una su hermana, y es señor de grandísima renta. Pareció muy bien á todos lo que Floripes dijo ; y esperando algunos días, viendo Roldán que la vitualla se les acababa, y que socorro no les venía, dijo que quería ir á Carlo Magno, y con el ayuda de Dios él traería muy presto socorro ; y el duque Naymes le dijo : Señor Roldán, más vale que cualquiera de nosotros vaya que no vos, que sois nuestra guía y nuestro capitán, que si los turcos supiesen que no estábades con nosotros, nos darían mayor guerra de la que nos han dado, y podíamos peligrar ; por ende

si vos queréis, yo iré de buen grado. Y así cada uno con muy sanas entrañas se ofrecía á tan gran peligro, por traer socorro á sus compañeros, rogando todos que en ninguna manera fuese D. Roldán. Y no sabiendo determinadamente á quién habían de enviar, dijo Ricarte de Normandía : Señores, yo tengo un hijo, como sabéis, que ya trae armas, y según sus principios será buen caballero; y si por ventura yo muriere, ó fuere preso en este camino, tengo quien me vengue; por ende me es más conveniente la ida que á ninguno de vosotros, y si os parece me pondré luego en camino, porque antes que os falte la provisión pueda traer socorro, y así concluyeron que fuese, aunque á todos pesaba, por el gran peligro á que se ponía, y dijo Ricarte de Normandía, que á la noche calladamente se saldría de la torre, y tomaría su camino para la puente de Mantible. Y D. Roldán le dijo : Señor Ricarte, no creáis estén los turcos sin velas, por ende amaneciendo saldremos todos juntos, y les acometeremos; y después que los viéredes metidos en la batalla, os desviaréis, y tomaréis vuestro camino, que yo les daré tanto que hacer, que no tendrán lugar de seguiros. Levantáronse los caballeros dos horas antes que amaneciese; y después de bien armados, abrazaron todos á Ricarte de Normandía con grande amor, encomendándole á Dios que le quisiese guardar de todo peligro; y fué el buen caballero Ricarte de Normandía á despedirse de Floripes, y ella, con abundancia de lágrimas, le abrazó muchas veces, y sacó el cofre,

le mostró las santas Reliquias, y se humilló devotamente; y derramando infinitas lágrimas, se encomendó á su Criador; y despedido de Floripes y de las demás damas, bajó donde los otros caballeros le estaban esperando, y cabalgaron en sus caballos, salieron de la torre, hallaron toda la gente del rey Esplorante aguardando á la salida de la torre, y se comenzó una muy cruda batalla, é hicieron tanto los cristianos, que los retiraron á las tiendas donde estaba el almirante, mas no sin gran trabajo; y tanto se metió Ricarte de Normandía por el ejército adentro, que cuando quiso salir, no pudo; y no cesando de herir en sus enemigos, dió un gran grito, porque supiesen sus compañeros dónde estaba, y oyéndolo Oliveros, se metió como ferocísimo león entre los turcos, y en breve tiempo le hizo camino por donde pasase. Y viendo Ricarte de Normandía que ya quería amanecer, y tenía lugar oportuno, se puso en camino para tierra de cristianos.

CAPÍTULO XLI.

Cómo el rey Clarión siguió á Ricarte de Normandía, y cómo Ricarte le mató y tomo su caballo.

Puesto en camino Ricarte de Normandía, hubo de meterse por un monte, desviándose de todo camino, por la multitud de turcos que venían al real del almirante, y como subiese por un recuesto,

siendo ya de día claro, fué visto de ellos, y sabiéndolo el rey Clarión, mandó presto apercibir toda su gente para seguirle; y cuando Ricarte de Normandía estuvo encima del recuesto, no sabiendo que nadie le siguiese, se apeó del caballo, que estaba cansado, y quitóle el freno para que paciese, y estando arrimado á un árbol, con crecida congoja, así por el peligro que esperaba en pasar la puente de Mantible, como por dejar sus leales compañeros cercados de tanta multitud de turcos, vido el rey Clarión caballero en un poderoso caballo, mirando á todas partes si le veía, y sintiendo el caballo de Ricarte de Normandía las pisadas del caballo del pagano, se fué muy presto junto su señor para que cabalgase. Ricarte le enfrenó y cabalgó en él, y venía el rey muy lejos de los suyos, y cuando vido á Ricarte de Normandía, le dijo : Juramento hago á mis dioses, cristiano, de te volver al almirante antes que tengan tus compañeros espacio de te socorrer, como hicieron al otro que llevábamos á la horca. Y Ricarte le dijo : Con toda tu gente no me pudiste prender ni hacer daño, ¿ y solo me .piensas llevar al almirante ? Y el rey Clarión le dijo : Á pie del puerto dejé cuatro mil hombres de pelea, que muy presto serán aquí ; por ende deja las armas y vente conmigo, que es imposible que te escapes de nuestras manos. Y Ricarte de Normandía le dijo : Mientras tus turcos vienen, piensa de ser buen caballero, y bajadas las lanzas, se encontraron con grandísimas fuerzas y corazón ; y de los encuentros el caballo de Ricarte

de Normandía, que muy cansado estaba, cayó en el suelo, mas luego fué el caballero en pie con la espada en la mano, y dió tal golpe al rey Clarión, que su escudo hizo dos partes. Y sintiendo Ricarte las pisadas de la gente del rey Clarión, dióle tan recio golpe en el brazo derecho, que la espada le hizo saltar de la mano, y asióle del brazo, y le sacó de la silla del caballo, y cortándole la cabeza, saltó en su caballo, que más descansado estaba que el suyo. Era este caballo maravillosamente bueno, y era desde la cabeza hasta medio cuerpo muy blanco, con unas pecas bermejas, y del medio cuerpo atrás, era bayo con unas pecas negras, y tenía el pelo largo como el dedo, y la cabeza pequeña, y tenía los ojos grandes y blancos, las orejas muy cortas y redondas, las narices muy romas, las ventanas muy abiertas y de parte de dentro muy coloradas, que parecía que echaba sangre por ellas, y el pescuezo muy ancho y corto; la silla era de marfil, muy ricamente labrada, la cola muy larga, y las cerdas de ella gordas, y al cabo muy esparcidas, que cuando corría parecía que traía una grande ala; era tan ligero, que por correr diez leguas á rienda suelta, jamás le vieron sudado ni cansado. Y cuando se vió caballero en aquel ligero caballo, quiso matar el suyo porque no quedase en poder de los paganos, y después dijo : Buenos servicios he recibido de ti, no es razón de darte mal galardón, Dios te lleve en poder de cristianos : mucho me pesaría que cabalgase en ti moro alguno, que pocos caballos hay en el mundo mejores que

tú : y sintiendo el ruido que traían los del rey Clarión, sin seguir camino alguno, comenzó á caminar hacia la puente de Mantible, y su caballo volvió por donde había venido; y cuando la gente del rey Clarión le vido, pensaron que Ricarte de Normandía era muerto, y quisiéronle tomar, mas no pudieron, y pasó por el real de los paganos sin que lo pudiesen tomar, ni osasen llegar á él; y cuando el almirante le vido, dijo : Oh muy noble y esforzado rey Clarión, y mi sobrino muy amado, en grande merced te tengo lo que hoy has hecho por mí; mataste el mensajero de los cristianos, del cual nos podía venir gran daño, si á Carlo Magno llevara las nuevas de sus varones. El caballo no paró hasta la puerta de la torre, y cuando los cristianos le vieron, con gran congoja bajaron á le abrir, y dijo el duque Naymes con mucho dolor, que casi no podía pronunciar las palabras : ¡Oh noble Ricarte de Normandía, nuestro especial amigo! mucho me pesa de tu partida, y mucho más de las malas nuevas que tu caballo nos trajo : Dios por su piedad quiera recibir tu ánima en su santa gloria. Y Roldán dijo : Oh mi leal amigo, mucha culpa tengo en tu muerte por haber consentido en tu partida, habiendo tan gran peligro en ella: Mucho mejor nos fuera esperar el socorro de Dios, pues el de Carlo Magno no venía : mas de una cosa eres seguro, que tu muerte será bien vengada : no volveré jamás á la torre, ni á Durandal meteré en la vaina hasta que al viejo almirante corte la cabeza, y á los demás que quisieren estorbarme la

venganza del agravío que de su gente ha recibido nuestro amigo Ricarte, según me lo asegura la vuelta de su caballo; y así dijo á los demás que se aparejasen, que no era bien dejar á los moros sin castigo, y darles á conocer cuánto estimaban á su buen compañero; y dicho esto partieron todos con grande y esforzado ánimo.

CAPÍTULO XLII.

Cómo la gente del rey Clarión halló á su señor muerto en el campo, y cómo le llevaron al real del almirante Balán.

Corriendo la gente del rey Clarión en pos de Ricarte de Normandía, hallaron á su señor muerto en el campo, é hicieron gran llanto por él, y así llorando, amargamente su muerte, le llevaron al real, y dejaron de seguir á Ricarte : y ya que llegaban al real, oyó el almirante los alaridos que hacían, y á pie y armado como estaba, los salió á recibir; y con gran pesar les preguntó por su sobrino el rey Clarión, y le respondió un caballero, que de su muerte tenía muy gran pesar : Señor, en mala hora venimos en tu socorro, y en peor seguimos al mensajero de los cristianos, y tú perdiste un especial capitán en el rey Clarión, y nosotros perdimos á nuestro natural señor.

Antes que el turco acabase de hablar, cayó el almirante de su estado amortecido, y estuvo muy

gran rato más muerto que vivo; por lo cual se hizo muy doloroso llanto por todo el real. Oyendo los caballeros cristianos que estaban en la torre los grandes gritos que daban los del real, salieron á las ventanas para saber qué cosa era, y Floripes entendió luego que el rey Clarión era muerto, y con grande placer que de ello tenía, lo dijo á Guy de Borgoña y á los otros caballeros, y dieron gracias á Dios por ello, y fueron muy alegres y con esperanza de socorro; y vuelto en sí el almirante, tirando con rabia de sus cabellos y barbas blancas, maldiciendo á sus dioses, y amenazando á los cristianos, mandó llamar á su correo Orages, y díjole : Ya sabes como el que mató al rey Clarión es ido con mensaje al emperador Carlo Magno para informarle de la necesidad en que están sus varones, y según el poder de Carlo Magno gran daño nos puede venir de esto, por tanto mando que muy presto lleves mis cartas á Galafre, guarda de la mi puente de Mantible, decirle has que estoy muy enojado con él porque dejó pasar los siete caballeros de Carlo Magno, que tan gran daño nos han hecho ; y que se guarde bien de dejar pasar al mensajero que hoy se partió de aquí, y si no que le haré ahorcar de una ventana de lá torre; y tú has de ir muy presto, porque llegues á la puente antes que el mensajero de los cristianos. Señor, dijo Orages, de eso pierde cuidado, que yo llegaré antes que él, aunque lleve buen caballo; y llegando Orages á la puente de Mantible, dijo á Galafre : Señor Galafre, yo soy mensajero del muy poderoso y muy temido

señor almirante Balán, el cual te manda, so pena de perder la vida, no dejes pasar un cristiano que ha de venir por aquí, que lleva cartas para el emperador Carlo Magno de unos caballeros suyos que están cercados; y á más de esto está muy mal contento de ti porque dejaste pasar los otros días ciertos caballeros cristianos que le han hecho grandes daños. Cuando Galafre oyó al mensajero, y leyó las cartas del almirante, subió encima de la torre, y tañó una bocina, y en muy poco tiempo se juntaron á la puente de Mantible tres mil turcos armados, caballeros y peones, y salió con ellos por todos los caminos buscando al mensajero de los cristanos.

CAPÍTULO XLIII.

Cómo Ricarte de Normandía pasó el rio Flagor milagrosamente, mediante un ciervo blanco que le guió.

Ricarte de Normandía, mensajero de los cristianos que quedaban en la torre, estaba muy deseoso de llevar socorro á sus compañeros, y por eso temía mucho la pasada de la puente, y estando de diversos pensamientos combatido, andando todavía adelante, sintió pisadas de caballos y grande bullicio de gente, y mirando á una parte y otra, vido gran número de la gente de Galafre, y con crecida congojá se desvío de ellos diciendo : Oh Jesús, Rey

de la gloria, en esta hora te suplico seas en mi guarda, porque mediante tu gracia pueda llevar socorro á tus caballeros, que de tantas angustias dejo cercados, el río es muy crecido, y las guardas de la puente muchas, donde conozco que sin tu ayuda, ni á mis compañeros llevaré socorro, ni podré evitar la muerte. Diciendo esto vió delante de sí diez caballeros armados que con grandes voces la amenazaban de darle muerte, diciendo que no le aprovecharía el ligero caballo del rey Clarión; y queriendo evitar la batalla, pensó Ricarte huir, confiado en la ligereza de su caballo; mas considerando que la puente no podía pasar, ni el río menos, y el volver atrás no le era honroso, con animoso carazón, cubierto del escudo, apretando la espada en el puño, arremetió para ellos, y encontróle un caballero con una gruesa lanza, y la quebró en su escudo, sin que Ricarte hiciese ninguna mudanza en la silla, y su caballo iba con tal velocidad, que se juntó con el turco, y dió con el caballo en el suelo; y vuelto para los otros, dió á uno tan gran golpe en la cabeza, que le hendió el yelmo y la cabeza hasta los dientes; y de este golpe fueron muy espantados los otros, y Ricarte los dejó, y guió para la puente de Mantible, y vido de lejos cómo la entrada del puente estaba guardada de más de cuatro mil turcos; y sin que ellos lo viesen, se metió en una isla que estaba á la orilla del río, pensando qué modo tendría para pasar; mas nuestro señor Dios, que jamás olvida á los suyos, ni deja desconsolados á los que con sanas

entrañas le piden consuelo, le envió un ciervo blanco, que delante de él se metió en el río, y pasó á la otra parte : que después se volvió á mirar á Ricarte de Normandía, y viendo que no se osaba meter en el río, volvió otra vez á la otra parte, y se llegó al caballo, y paso á paso se metió otra vez en el río. Ricarte se encomendó á Dios de muy devoto corazón, y se metió en el río, y siguiendo al ciervo, sin peligro alguno pasó á la otra parte. Cuando los panagos que estaban en la torre le vieron pasar, dieron grandes voces á Galafre, y cuando le vió á la otra parte del río fué muy triste por ello, y mandó abrir las puertas, y que le siguiesen hasta que le alcanzasen ; que si entraba en tierra de cristianos, no parecería jamás delante del almirante Balán. Mas cuando Ricarte se vió de la otra parte del río, dando muchas gracias á Dios, guió para tierra de cristianos sin ningún miedo de los paganos. Agora dejaré de hablar de Ricarte y de sus compañeros y del almirante Balán, y hablaré de Carlo Magno y de su gente, que todavía estaba en Mormionda.

CAPÍTULO XLIV.

Cómo Carlo Magno quiso volverse para Francia por consejo de Ganalón y sus parientes.

Carlo Magno estaba en Mormionda con gran tristeza porque no sabía nueva alguna de sus

varones, mandó llamar á Ganalón, á Geofre Altahoja, Alberto de Macairo y otros muchos, y entre ellos vino el duque Regner, padre del buen caballero Oliveros, á los cuales les dijo : Señores y amigos míos, yo estoy en grande congoja metido, y no es menester deciros la causa ; verdaderamente si yo no sé de mis varones, yo propongo de dejar la corona imperial y todo el gobierno, que hombre que tan desdichadamente perdió tales caballeros, no merece reinar: por ende os ruego que cada uno me diga su parecer, y el modo que se ha de tener para saber de los nobles caballeros ; y de esto plugó mucho á Ganalón, aunque mostraba que le pesaba, y dijo : Señor emperador, si me dais licencia, yo diré mi parecer ; y Carlo Magno le dijo que dijese, y él respondió : Señor, de mi consejo no pasarás más adelante, antes harás llevar todas las tiendas de campaña que tienes en el real, y cargadas en sus acémilas, las enviarás delante con buena guarda, y después nos iremos nosotros poco á poco, y por las ánimas de tus caballeros harás decir misas, que los cuerpos no creas sean vivos, y vueltos á tierra de cristianos, allegarás más gente, y después volveremos á vengar la muerte del muy noble D. Roldán y de los otros caballeros : y has de creer que el almirante Balán tendrá la mayor parte de toda Turquía allegada para vengarse de ti por el vencimiento de su amado hijo Fierabrás ; y esta es mi opinión, y creo que te doy sano consejo. Cuando el emperador oyó las razones de Ganalón, puesta la mano al carrillo,

arrimada la cabeza á ella, estuvo muy gran rato sin poder hablar palabra, y después esforzándose cuanto podía, decía entre sí : ¡ Oh desdichado rey! ¿ qué harás si tú vuelves sin vengar la muerte de tus varones? Serás para siempre deshonrado, y dirá la gente que mejor supiste enviarlos donde perdieron las vidas, que no vengar sus muertes. Si sin tomar venganza del almirante Balán me vuelvo á tierra de cristianos, ¿cuál será el caballero que tendrá deseos de servirme? ¿ Quién se querrá meter en peligro alguno por mí, pues que los que no tuvieron en nada perder las vidas por servirme son tan presto olvidados? Ni yo tendré razón para les mandar cosa alguna de peligro, ni ellos serán de culpar aunque dejen de lo hacer. ¿ Cómo osaré hablar á los parientes y amigos de los caballeros nuestros, que con tanto placer me tornarán á recibir? ¿Qué dirán, sino que los envié donde perdiesen las vidas, y después de muertos, di luego la vuelta, buscando mi guarda? ¡ Oh viejo sin venturas! ¿ cómo no consintió la fortuna que tomases la muerte con ellos, porque con mengua y deshonra no vivieses estos pocos días que te quedan? ¡ Oh mis leales caballeros, cuánta razón tengo de lloraros ! que á más de lo que pierdo en perderos, cada uno de vosotros era más digno de la corona imperial que yo. Por vosotros tenía corona y honra, y también por vosotros era temido de cristianos y paganos : y vosotros érades los firmes pilares que tenían en pie todo el imperio, vuestras espadas y vigorosos brazos las fortalezas de todos

mis reinos. En perderos, perdí todo mi consejo y favor; no sé con quién comunique la crecida pena que siento, no teniendo á quien pida consejo el desconsolado viejo. Con vosotros tenía todos los bienes del mundo; y en perderos perdí las esperanzas y alegría que tenía, y sólo me quedé desamparado de todo el mundo, salvo de tristeza, á la cual ruego ahincadamente acorte mis tristes días, pues no veo razón para querer vivir sin vuestra compañía. ¡ Oh paganos, si supiérades cuánto ganasteis en la muerte de los caballeros, en aquel día cesaran todos vuestros temores ! Aquellos, cuyos solos nombres os espantaban, y hacían volver la rienda en la mayor prisa de la batalla, y no os irán á sacar de vuestras fortalezas. De mi grande pérdida radundará á todos los infieles descanso y muy grande seguridad en sus vidas, y estando mis nobles y leales caballeros en mi corte; sonaban los muchos y grandes golpes de sus tajantes espadas en el corazón de toda Turquía.

Después que hubo razonado esto entre sí, esforzándose cuanto pudo, levantó la cabeza, y arrimado á la silla, dijo á los caballeros que presentes estaban : Señores, ya habéis oído el consejo que me dió Ganalón, y me parece no lo debía tomar, que es contra mi honra, y quería que vosotros me dijésedes el vuestro, porque oídas vuestras voluntades, se tomase el más sano consejo, y que menos detrimento trajese á nuestras honras. Entonces un caballero, llamado Macario, y Aburién Geofert, y otros muchos caballeros del linaje

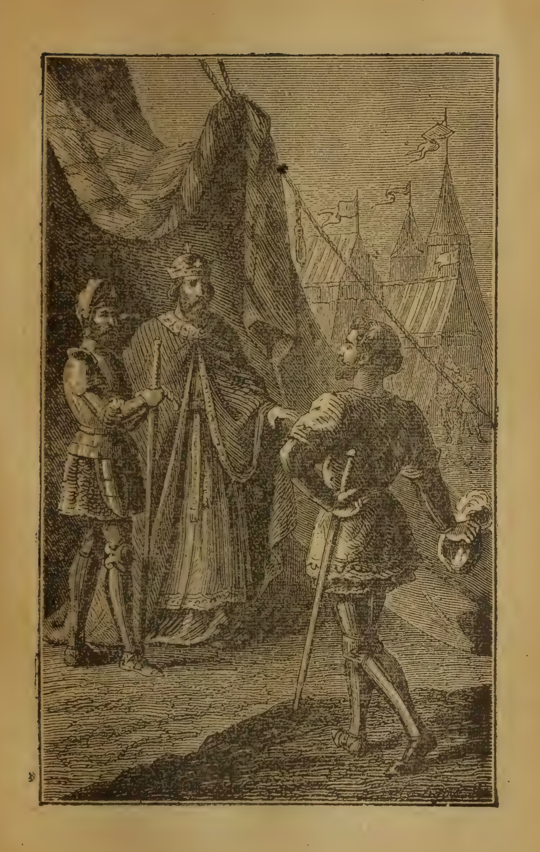
de Ganalón, y conformes á su condición. le dijeron : Señor, muy poderoso y temido emperador, Ganalón ha hablado muy cuerdamente, y te da muy buen consejo, y de pasar adelante no hagáis cuenta, que en tu compañía están más de diez mil hombres, que después que han sabido de la muerte del muy noble D. Roldán que era su capitán y guía en las grandes hazañas, han hecho juramento de no pasar de aquí aunque tú se lo mandes. Carlo Magno dió un muy grande suspiro, diciendo : ¡ Oh verdadero Dios en quien creo ! siempre hallé remedio en mis grandes tribulaciones en ti : no desampares al triste viejo, de tantas angustias rodeado; el consejo de estos caballeros no me parece bueno. Entonces Regner, padre de Oliveros, dijo : Señor, los que este consejo te dan no te quieren bien, ni desean tu honra y si alguno dejare de seguirte, será del linaje de los consejeros malos, que los que desean el ensalzamiento de tu imperial corona no te darán tal consejo, ni dejarán de seguirte. Y Aburín, pariente muy cercano de Ganalón, le dijo : Regner, si no estuviésemos delante del emperador, haría que os costase bien caro lo que decís, que vos mentisteis en ello. Y el duque Regner le dió tan gran golpe con el puño, que dió con él en el suelo, y hubiera gran mal entre ellos, si el emperador no se metiera en medio, que se hallaron del linaje de Ganalón más de mil y seiscientos hombres armados : y Fierabrás que estaba presente echó mano á la espada, y dijo : Juramento hago al santo bautismo que he

recibido, que si se mueve alguno para enojar al duque Regner, que le mostraré cómo corta mi espada. El emperador mandó que se estuviesen quedos, so pena de perder la vida, y díjoles : Ya siento la falta de mis caballeros, que como veis vosotros que estoy sin ellos, me tenéis en poco, y no me guardáis honra alguna, y os atravéis á hacer demasía delante de mis ojos. Y Fierabrás le dijo : Suplícote que esto que ha pasado les sea perdonado; mas de aquí adelante ten tu gente en justicia, y castiga á los que erraren, que á mí me tendrás mientras viviere por firme pilar de tu honra. Carlo Magno le preguntó ¿qué le parecía, si se volvería, ó si iría adelante ? Y él respondió : El volver es bueno para que descanse tu persona, mas no para acrecentar tu honra. Entonces, dió Carlo Magno un muy gran suspiro, y dijo : Al Todopoderoso y alto Dios encomiendo mis hechos, al cual prometo de jamás volver á tierra de cristianos hasta que sepa nuevas ciertas de mis leales varones; y habiendo su consejo, fué ordenado que fuesen algunos caballeros al reino de Francia con sus cartas, para allegar más gente, y mandó al duque Regner que tomase la compañía que quisiese, y dispusiese la partida.

CAPÍTULO XLV.

Cómo Ricarte de Normandía llegó al ejército del emperador Carlo Magno.

Carlo Magno queriendo enviar á tierra de cristianos por más gente, y estando el duque Regner, padre de Oliveros, con su compañía á punto para la partida, se llegó un caballero al emperador, y le dijo como venía á muy grande prisa un caballero de tierra de moros, y que creía traía embajada del almirante Balán. Y Carlo Magno salió muy prestamente al camino, y el duque Regner con él, y vieron de lejos á Ricarte de Normandía, armado de todas armas, caballero en el caballo del rey Clarión, y el duque Regner dijo : Este que aquí viene es cristiano, que los turcos no cabalgan de esta manera; y llegándose más Ricarte de Normandía, dijo Carlo Magno : Este parece en su aire á Ricarte de Normandía; y llegado el caballero delante del emperador, saltó muy presto del caballo é hizo acatamiento á su señor, y Carlo Magno le dijo : Mi caballero y amigo, vos seáis bien venido; ¿qué es de Roldán y Oliveros, y de los otros vuestros compañeros? ¿ Cómo venís solo? ¿ Son muertos, ó están en vida ? Y Ricarte de Normandía le dijo : Señor, da gracias á Dios que de infinitos peligros los ha librado, y están vivos y sanos y muy lejos de Aguas Muertas en una fuerte torre, y cercados de más de cien mil paganos, y está con ellos la muy virtuosa dama Floripes.



hija del admirante Balán, mediante la cual somos vivos, que sería muy largo de contar lo que por nosotros ha hecho; y tiene las santas Reliquias que tú buscas tanto tiempo ha todas en su poder, y otros infinitos tesoros : te suplica, así ella como los caballeros, les des socorro, y está Floripes con grande deseo de recibir el santo bautismo; y si tu ganas á Aguas Muertas y aquella torre, podrás en poco tiempo ganar la mayor parte de aquella tierra. Gran consuelo recibió Carlo Magno con estas nuevas, y dijo que Ganalón y sus parientes eran traidores, que porque muriesen los caballeros, trabajaban de le hacer volver, y dijo : Dime, Ricarte, ¿ tienen mis caballeros provisión alguna en la torre? ¿Podránse pasar cinco ó seis días? Y él dijo que tendrían vitualla para seis y no más, y la provisión que ellos tienen tomamos en el mismo aposentamiento del almirante, á pesar de todo su real; y si pasan trabajos, tú lo puedes pensar. Carlo Magno le preguntó ¿qué hombre era el almirante? Y él le dijo : El almirante Balán es muy feroz de hecho y de gesto, y valiente de su persona, muy enemigo de los cristianos, y es mucho temido y obedecido de los suyos; la gente es mucha á maravilla, no diestra en las armas : para pasar á Aguas Muertas hay un paso muy malo y muy peligroso, y se llama la puente de Mantible, y el río es muy crecido á maravilla, y se llama Flagor; la puente es muy fuerte, con dos torres de mármol, y sus puentes levadizas, y la guarda un gigante muy espantable, que en su compañía

tiene tres mil paganos para guardarla; de manera que por fuerza no pasará todo el resto del mundo, mas usaremos de sutileza. Y el emperador Carlo Magno le dijo : ¿Qué industria tendrás para pasar? Y Ricarte de Normandía le dijo : Señor, iremos cincuenta de nosotros bien armados, y encima de las armas sendas capas largas, como mercaderes, y llevaremos cuarenta acémilas cargadas de fardeles, que parezcan de mercaderías, y tú estarás con la otra gente en un monte que está cerca de la puente; y pensando los guardas que llevamos mercadería, abrirán la primera puerta, y pedirán sus derechos, y entonces dejaremos caer las capas, y les daremos batalla, y con una señal que haremos, vendrás luego con tus caballeros, y con el ayuda de Dios nuestro Señor ganaremos la puente, y daremos socorro á tus caballeros, que lo están esperando. Este consejo y aviso pareció muy bien al emperador Carlo Magno y á los otros caballeros; y el duque Regner abrazó á Ricarte de Normandía con grande amor, y Ricarte le contó lo que á su hijo Oliveros había pasado en la torre, y los grandes beneficios que de Floripes, hija del almirante Balán, había recibido. Y mandó el emperador Carlo Magno á todos sus caballeros que hiciesen aderezar sus armas : asimismo á los peones y capitanes que proveyesen de armas á los que no las tenían; y mandó asimismo alzar todas las tiendas, y que todos estuviesen apercibidos para la partida; y dijo á Ricarte de Normandía que hiciese lo que había

ordenado, y Ricarte en la misma hora hizo hacer muchas balas del fardaje real, y las hizo atar como balas de mercadería, y cargó cuarenta acémilas, y rogó al duque Regner y Hoel de Nantes, que quisiesen tomar sesenta caballeros escogidos, y el duque fué muy contento de ello; y armados los caballeros, dióles Carlo Magno sendas capas para cubrir sus armas, y pusiéronse en camino para la puente de Mantible, é iban delante el duque Regner y Ricarte de Normandía, y luego las acémilas con alguna gente de á pie, y después toda la demás gente, y el emperador mandó alzar todas sus banderas y estandartes, y puesta la gente en orden, se puso en camino.

CAPÍTULO XLVI.

Cómo por industria de Ricarte de Normandía fué ganada la puente de Mantible; y del gigante Galafre que tenía cargo de guardarla.

Hubo el emperador tal modo, que se metió en el monte de noche, porque no le viesen de las torres de la puente de Mantible, y Ricarte de Normandía, y Hoel de Nantes, y el duque Regner se fueron con las acémilas cargadas para la puente; y cuando los compañeros de Ricarte vieron las fuerzas de la puente y la grandeza del río, fueron muy maravillados, que por fuerza no la tomara todo el poder de los cristianos, y Ricarte de Normandía

dijo : Dios nos quiera ayudar, que nos cumple hoy haber batalla con el más espantable gigante del mundo, y con tres mil paganos que no se apartan jamás de su compañía para guardar esta puente. Y el duque le preguntó cómo la pasaron cuando iban con Roldán y los otros á llevar la embajada al almirante. Y Ricarte les contó la manera que el duque Naymes había tenido, y riéronse todos de la maña : llegados ya á la puente, dijo Ricarte de Normandía : Señores, yo seré el primero, con vuestra licencia, y abriendo la guardia la primera puerta, entraréis vosotros, y cuando me viéredes echar la capa, ruégoos que no seáis perezosos de echar las vuestras, y procurad todos de ser buenos caballeros, que nos será bien menester; ellos le dijeron que ningún recelo hubiese de eso, ni tampoco de ser señor de la puente si una vez ellos entraban en ella; y luego vino Galafre el gigante, y abrió un postigo muy pequeño de la puerta y tenía en su mano derecha una hacha de armas muy gruesa y aguda, y era muy grande y fornido á maravilla : los ojos muy grandes y muy salidos, y vueltos en sangre : las narices anchas y romas; la boca muy grande; los labios muy gruesos y muy negros, que más parecía diablo que no criatura humana; tenía las piernas muy gruesas, los pies tuertos, y alcanzaba grandes fuerzas, y estaba día y noche siempre armado; era muy querido del almirante Balán, y de él se fiaba mucho, y era condestable de aquella tierra; era muy cruel, especialmente con los cristianos; y abierto el pos-

tigo, dijo á Ricarte : Dime, hombre, ¿ qué buscas por esta tierra, ó qué es lo que lleváis allí? Ricarte mudó el lenguaje porque no le tuviese por francés, y díjole : Señor, somos mercaderes que venimos de Tarascón, y traemos muchos paños de muchas suertes, y queríamos llegar á Aguas Muertas para vender algunos de ellos, y traemos otras joyas para presentar al almirante Balán; y si vos nos mostrásedes el camino, os daremos de nuestra mercancía, que nosotros no sabemos los pasos de esta tierra, porque ninguno de nos ha pasado otra vez por aquí. Y Galafre le respondió : Sabed que yo tengo cargo de guardar esta puente y todos los otros pasos de esta tierra, y no ha mucho tiempo que siete traidores, vasallos de Carlo Magno, me burlaron malamente, diciendo que llevaban embajada al almirante Balán, y me dijeron que traían el tributo que se había de pagar, y les dejé pasar, y han hecho gran daño y enojo al almirante Balán; mas ellos están en parte que pagarán lo que han hecho, que están cercados en una torre por más de cien mil turcos, y antes de ayer se escapó uno que creo tenía el diablo en el cuerpo, que mató al rey Clarión, mi sobrino, que le seguía con diez mil turcos, y le tomó su caballo, el mejor que había en todo el mundo ; y como vido las guardas de esta puente, se lanzó con él en el río, pasó á nado, lo que otro hombre nunca hizo, y fué á llevar las nuevas á Carlo Magno de los cristianos que están cercados en la torre, para que les diese socorro ; y á esta causa me ha mandado el almirante

Balán que, so pena de muerte, no deje pasar á persona alguna nacida, sin primero saber adónde va, y de dónde viene, y quién es; por ende quiero saber esto, que no parecéis vosotros mercaderes. Entonces Ricarte de Normandía le dijo : Bien nos place que lo sepáis, y miréis nuestra mercadería ; y diciendo esto, entró el primero en el postigo y luego le siguieron el duque Regner, y Hoel de Nantes, y Riol ; y cuando Galafre los vido dentro, no le plugó de ello, y cerró presto el postigo, porque no entrasen los otros, y díjoles que se quitasen las capas, porque quería ver lo que llevaban ; y Ricarte se desvió un poco, y dejando caer la capa, puso mano á la espada, y lo mismo hicieron los otros, y Ricarte le dió un gran golpe en la cabeza ; más tenía en ella una calavera de serpiente más dura que ningún acero, y resbaló la espada, y le cortó parte de una oreja, y los otros asimismo procuraron de lo herir reciamente, mas no aprovechaba, que dar en él, era dar en una peña, que era mucho más duro que las armas ; y Galafre alzó la hacha de armas que en las manos tenía, por herir á Ricarte de Normandía, y como vido venir el golpe desvió el cuerpo, y dió en una piedra de mármol, y entró la hacha en ella más de un palmo ; y cuando vió que fué en vació dió un tan gran grito, que le oyeron los paganos que estaban en la torre á la otra parte de la puente, y vinieron muchos de ellos en su socorro, y viéndolos Ricarte de Normandía, abrió prestamente la puerta, y entraron los cristianos, y hubo grande mortandad entre

ellos, así de una parte como de otra, y haciendo los cristianos muchas señas á Carlo Magno y su gente, llegaron muy presto á la puente, y Ganalón, que después fué traidor (como diré más adelante), hizo señaladas cosas aquel día : mas duró poco su lealtad y la de sus parientes.

CAPÍTULO XLVII.

Cómo Carlo Magno ganó la puente de Mantible, y cómo Alor, pariente de Ganalón, quiso hacer traición.

La multitud de los paganos que en socorro de la puente venían era tanta, que cubría dos leguas de tierra; y el emperador Carlo Magno, viendo que los cristianos se comenzaban de retraer, cubrióse muy bien con su escudo, y púsose delante de los suyos, y empezó á derribar paganos á una parte y á otra, que era cosa de ver, y Ganalón á su lado, peleando maravillosamente; y siguiendo su batalla, vió el emperador á Galafre con una hacha en la mano haciendo gran daño en los cristianos, y tenía delante de sí más de cien cristianos muertos; y viendo que no aprovechaba herirle de espada, por la fortaleza de sus armas, pidió una lanza, y con ella le dió tales y tan grandes encuentros, que le derribó, y Ricarte de Normandía le cortó la cabeza; y luego que se vido en el suelo dió tan grandes gritos, qué se oyeron tres leguas de allí, y

conocieron los paganos que Galafre tenía necesidad de socorro, por ende fué causa que acudió mucha más gente para defender la puente; y entre ellos vino un gigante llamado Anfeón, y le seguía una mujer llamada Amiote con dos niños en los brazos de cuatro meses, y eran de cinco pies de largo y bien fornidos, según el grandor; y púsose este gigante á la puerta de la puente por donde habían de salir los cristianos, con una grande barra de hierro en las manos y empezó á decir á grandes voces : ¿ Dónde está el viejo loco de Carlo Magno, que quiere llevar las santas Reliquias ? Y si quiere pasar á dar socorro á sus caballeros, venga que la puerta está abierta ; y fueron los cristianos maravillados de su grandor, y Carlo Magno se cubrió de su escudo para ir á acometerle; mas Fierabrás le suplicó, que le dejase á él aquella batalla, que conocía mejor aquella gente y el modo de su pelear, que eran de grandísimas fuerzas, y sin maña ni presteza en las armas; y cubriéndose Fierabrás de su escudo, se llegó al gigante cuando le pareció que le podría alcanzar con la barra, y él gigante la alzó con entrambas manos, y Fierabrás hizo de esperar el golpe; mas viéndole venir en el aire, Fierabrás desvió el cuerpo, y dió el golpe del gigante en el duro suelo, el cual fué con tan grandísima fuerza, que hizo estremecer toda la puente, y antes que alzase la barra otra vez, le cortó Fierabrás los brazos entrambos de un golpe, y le dió otro golpe en la cabeza, que le cortó el yelmo y la cabeza hasta los dientes; y así ganaron los cris-

tianos la puente de Mantible; mas era tanta la multitud de turcos, que no los dejaban salir, y los hicieron retirar hasta el medio de la puente, muriendo muchos de la una parte y de la otra, y estaban siempre al lado de Carlo Magno, Fierabrás, el duque Regner, Ricarte de Normandía y Hoel de Nantes guardando su persona más que sus vidas mismas. Y viendo Carlo Magno que no podía pasar adelante, antes le era forzado retirarse perdiendo siempre gente, empezó de suspirar muy reciamente, diciendo que ya era perdida la esperanza de jamás ver sus caballeros y muy leales varones, pues que aquel paso no podía ganar. Y Fierabrás le dijo: Señor, no nos cumple ahora llorar los que están ausentes, sino á nos mismos, que si no ganamos esta puente, será muy grande maravilla escapar de las manos de nuestros enemigos, por la gran muchedumbre de gente que acudirá. Y entonces Carlo Magno dijo á grandes voces: Aquí, caballeros, que ahora es tiempo de emplear vuestras fuerzas; y diciendo esto, se adelantó de los suyos, y empezó de hacer tales cosas, que á todos hacía estar espantados, así á sus caballeros como á los enemigos; y puestos á su lado Fierabrás, Ricarte de Normandía y el duque Regner dieron tanta prisa á los paganos, que les fué forzoso meterse en la villa, y pensaron de alzar una puente levadiza, más Fierabrás la tuvo, que no lo pudieron alzar, y dijo á los otros que entrasen en la villa con buena ordenanza, sin dejar de herir varonilmente á sus enemigos; y en la entrada hubo gran mortandad

de cristianos, que de las ventanas y de las torres los mataban á pedradas, y viéndose Carlo Magno en tan grande aprieto, dió una voz diciendo: Socorro, caballeros, y entonces llegó Ganalón y sus parientes con mil y setecientos hombres muy bien apercibidos, é hizo allí grandes proezas, aunque después fué traidor; y duró el combate de la puerta cuatro horas, y con muy poca gente entró Carlo Magno en la villa; y después de entrado, un caballero del linaje de Ganalón, llamado Alor, dijo á Ganalón: Señor Ganalón, Carlo Magno está en la villa con muy poca gente, será maravilla si jamás sale de ella, que los turcos tienen gran número de gente en ella, y toda muy apercibida; y pláceme que ninguno de nuestros amigos quede con él, y agora nos podemos vengar en él y de los otros nuestros enemigos; y si vos queréis, nos volveremos para Francia, y nos alzaremos con las fortalezas; y poco á poco seremos señores de todo el reino, pues que en ella no queda ninguno que nos ose contradecir. Y Ganalón le respondió: Señor, verdaderamente yo tengo muy grande enojo del duque Regner, que malamente nos injurió el otro día delante de Carlo Magno, y no menos de Carlos porque se le mostró muy favorable; mas no me parece podemos vengar de la manera que decís, sin detrimento de nuestras honras, dejándole en tanta y tan grande necesidad en poder de aquestos paganos, y allende esto, podría ser que no saliésemos con nuestra intención, que bien podrán los parientes de los que quedaron hacernos harto daño, que

conocerán muy presto la traición. Y Alor le respondió: Señor Ganalón, no seáis simple ni corto en lo que tanto os cumple, si vos no tomáis venganza de vuestros enemigos ahora que tenéis tiempo para ello, cuando os quisiereis vengar no tendréis lugar, y os arrepentiréis de ello, y sobre esto se encendió gran enojo entre ellos. Estando en esta contienda, sobrevino Fierabrás, y preguntando por Carlo Magno, Alor le respondió: Creo que nunca le veréis, que está en la villa entre gran número de paganos. Y Fierabrás le dijo: ¿Y vosotros qué hacéis aquí, que no le dais socorro? Bien podéis ser acusados de traidores, pues que en tan grande afrenta olvidáis á vuestro señor. Diciendo esto, tomó una hacha de armas en sus manos, y se fué para la puente, dando voces: Caballeros, caballeros, socorred á vuestro señor; llegado á la puente, halló á Ganalón á su lado con alguna gente suya; viendo que Carlo Magno con la poca gente que tenía se traía hacia la puerta, peleando cuanto podía, y perdiendo todavía de los suyos, se metió entre los cristianos poco á poco, hasta que llegó á la delantera, y Ganalón con él, é hicieron tan gran matanza los dos, que corrían los arroyos de la sangre por medio de la villa, y no tuvieron otro remedio los paganos, sino dando grandes alaridos, echar á huir el que más podía, y salieron algunos por una puerta falsa, y fueron á contar su desventura, y la perdición de la puente de Mantible al almirante Balán, y fueron los cristianos señores de la villa, en la cual hallaron grandes riquezas.

CAPÍTULO XLVIII.

Cómo Amiote, de la cual hablé arriba, mató muchos cristianos; y cómo el almirante supo que Mantible era ganada por Carlo Magno.

Con muy grande trabajo y perdición de gente ganó Carlo Magno la puente de Mantible, y venida la noche, tomaron los cristianos sus posadas pacíficamente, y se desarmaron para descansar, porque estaban muy fatigados de la batalla. Y Amiote, giganta, que era mujer del gigante, viendo á su marido muerto, como sintió que los cristianos estaban muy descuidados, rabiosa por la muerte de Anfeón, su marido, tomó una bisarma, á manera de una hoz muy grande y aguda, y saliendo de una cueva, donde estaba con sus hijos, entró en la villa con mucho furor, y á cuantos topaba por las calles á todos daba la muerte, y cuando no hallaba gente por las calles, entrábase por las casas, y como los hallaba desarmados, así sin mucho trabajo mataba muchos de ellos; de tal manera, que se alborotó gran parte de la gente, y se armaron contra ella. Cuando el emperador Carlo Magno sintió el gran alboroto de la gente, pensando que serían turcos que nuevamente venían en socorro de la puente, fué presto armado, y Fierabrás y los otros caballeros con él; y salidos de sus aposentos, les dijeron que una sola mujer hacía tan grande alboroto, y que había muerto gran número de cristianos, y Carlo Magno dijo que quería ver tal mujer; y llegados

donde estaba, fueron espantados de cosa tan fiera, que llegaba con la cabeza por los tejados : relucían sus ojos como hachas encendidas, la espuma que le salía de la boca le corría por los pechos hasta los pies; daba á ratos un gemido que se oía media legua ; sólo el peso de la hoz que traía en la mano bastaba para derribar una fuerte torre; por sola su airada vista ningún cristiano se le paraba delante. Viéndola Carlo Magno, se cubrió con su escudo, y con la espada en la mano quiso ir para ella, y Fierabrás le dijo : Señor, no es honesto que ensucies tu espada en una mujer, ni te sería cordura esperar sus golpes; mas decirte he el modo y forma que se ha de tener; y mandó llamar unos peones, que sabía tenían hondas hechas al modo de Turquía, y ordenó que la tirasen, y tiráronla muchos tiros sin que la hiciesen daño. Viendo esto Fierabrás, tomó una honda, y dijo : Feo me parece matar una mujer ; mas no puedo ver delante de mí este diablo, y la tiró una piedra con tanta fuerza, que la mano derecha, con la muñeca, la quitó del brazo, y dejó caer la hoz, dando tan gran grito, que la mayor parte de la villa hizo estremecer, y luego la acabaron de matar los peones, y mandó Fierabrás que se velase la puente y la villa toda la noche.

Venida pues la mañana mandó el emperador Carlo Magno repartir las grandes riquezas que se habían hallado en la villa entre su gente, porque cada uno llevase su parte, según su estado, y así se quedaron todos muy contentos y satisfechos de

los trabajos pasados. Fueron muchos y grandes los tesoros y riquezas que, por ser el lugar tan fuerte, tenía en él depositados el almirante Balán, mas no quiso Carlo Magno cosa alguna para sí; y yendo mirando la cerca de la villa, vido una cueva muy grande, y dentro de ella estaban dos niños llorando, hijos de la giganta Amiote, que los había parido de una vez, y eran tan grandes de cuatro meses como un hombre de los de agora, y los hizo bautizar Carlo Magno, y que les pusiesen por nombres al uno Roldán y al otro Oliveros; mas no vivieron sino tres días, de lo cual pesó mucho al emperador; y queriendo pasar adelante, mandó que todos los muertos fuesen enterrados, y los heridos curados, y llamando al duque Regner y á Ricarte de Normandía aparte, les dijo que quería ir luego adelante, y dejar gente en la villa para que guardasen la puente; y el duque Regner le dijo: Señor, necesariamente has de dejar aquí gente, porque los paganos no nos tomen este paso, mas se ha de mirar que todos los que aquí quedaren, no carezcan de fidelidad, que esa es la llave por donde nos habemos de salvar, y no todos los que vienen en tu campañía son fieles. Y después de lo haber bien mirado, ordenaron que dos nobles caballeros, llamados Hoel de Nantes y Riol de Mans, con diez mil cristianos quedasen á la vista para guardar el paso, y Carlo Magno con toda la otra gente salió de la villa, é hizo de ella cuatro batallas; la una dió á Fierabrás, la otra al duque Regner, y la otra al noble Ricarte de Normandía, y la otra la recibió

en su guarda, y dió á Fierabrás la delantera porque sabía mejor la tierra, y la retaguardia dió á Ricarte de Normandía, y así puesto en muy buena ordenanza, se pusieron en camino, y después que hubieron subido una cuesta muy alta, paróse el emperador Carlo Magno á mirar su gente, y viéndola toda tan lucida y tan bien aderezada, hubo gran placer de verla, y más porque los vió muy ganosos y en muy buen propósito de pelear, y dió infinitas gracias á Dios por ello. En este comedio, habiendo sabido el almirante Balán como la puente de Mantible era ganada de cristianos, y los gigantes muertos cayó en el suelo amortecido, y desque fué tornado en sí, dijo: ¡Oh Mahoma, y cómo te han faltado las fuerzas! Agora conozco tu poco poder, y tengo yo por mengua y poco saber al que en ti confía. Nunca hombre tanto te honró como yo, ni en ninguna parte del mundo son las mezquitas tan ricas, ni tan servidas como las que en mi tierra están y muy gran parte de mis tesoros he gastado en hacer muchas imágenes de oro y plata á tu semejanza, porque fuésedes adorado del pueblo como Dios. y tú, como ingrato desconocido, en tanta necesidad olvidaste mi servicio. Á ti sólo había encomendado mi torre, y los tesoros que en ella estaban: en ti solo tenía muy grande esperanza que guardases á mi fuerte puente de Mantible, y descuidándome en tu guarda, no puse tanto recaudo en ella cuanto era razón; en las cosas de poca importancia me mostraste tus halagos, porque en las arduas más fácilmente me pudieses

derribar. Dicho esto, tomó una hacha de armas, y con ella despedazó todos sus dioses y los ídolos. Sortibrán de Coimbres que vido al almirante tan desconsolado trabajó de le consolar cuanto pudo, reprendiéndole de la injuria que á su dios Mahoma había hecho, diciendo que le pidiese perdón porque no le castigase con saña. Y él dijo : No le podré yo obedecer ni querer, pues que tan desconocido me ha sido en dejar tomar mis fortalezas de los cristianos. Y Sortibrán le dijo : No digas, señor, tales palabras, y demanda perdón á tu Dios, pues lo has menester más que nunca : ordena de enviar espías para saber si es cierta la venida de Carlo Magno, y qué gente trae, y le daremos batalla campal ; y si cae en nuestras manos, le haremos quemar, y á tu hijo Fierabrás con él, que en su favor viene. Y el almirante Balán le dijo : Por hacerte placer quiero hacerlo, pues que tanto me ruegas ; mas bien veo que Mahoma me es enemigo sin razón alguna.

CAPÍTULO XLIX.

Cómo los caballeros que en la torre estaban hubieron un gran combate, y la torre fué casi derribada.

Rogó Sortibrán tanto al almirante, que le hizo demandar perdón á Mahoma delante de algunos caballeros suyos, y por mejor satisfacción le

prometió de hacer su imagen, y de añadir en ella cien libras de oro, y hacerla adornar de muchas piedras preciosas, porque le diese victoria contra Carlo Magno, y envió secretamente espías para saber de su ejército : vueltas las espías, le dijeron que Carlo Magno era partido de Mantible, y que venía apriesa para dar socorro á los caballeros que en la torre estaban y que traía poca gente, más bien armada y apercibida; y sabida esta noticia, el almirante Balán mandó apercibir toda su gente, y combatir la torre antes que llegase el socorro, y mientras que se ordenaba el combate, envió por gente por todos sus reinos, y empezado el combate, dieron tal priesa, que derribaron otra esquina de la torre; y aunque morían muchos, no se osaron de apartar del combate, de medio del almirante Balán, que muy grandes voces les daba, que trabajasen en derribar la torre. Tenían hecho un agujero bien grande para entrar, mas no osaba ninguno entrar por él, por mucho que el almirante Balán les mandaba que entrasen. Cuando los caballeros vieron la esquina derribada y el agujero abierto, hubieron algún temor de sus enemigos, más por las damas que por ellos, pues por ellas no osaban salir á la batalla, ni apartarse de la torre, diciendo, que mientras ellos peleaban se podría perder la torre ; y D. Roldán dijo á los otros : Señores, cumple que salgamos á nuestros enemigos porque no tengan poder de derribar la torre, mas no nos habemos de apartar mucho de ella, sino cuanto tengamos lugar de tapar el agujero

que está hecho, y agora nos cumple ser buenos caballeros, que la gente es mucha y el furor del almirante Balán grande, por ende, nobles caballeros, os ruego con encarecimiento, que tengamos muy buen concierto en el pelear, que no nos apartemos el uno del otro, porque si uno cayere, tenga quien le ayude á levantar; y sed ciertos que tendréis en mí buen favor, que si Durandal no me falta, yo haré que al almirante y á su gente pese del combate que hoy nos dieron. Y dijeron todos que era bien dicho, y así ordenaron de salir, y á Floripes le pesó en grandísimo grado : mas viendo que no lo podían excusar, bañada en lágrimas, les dijo : Señores, antes que salgáis, os ruego que veáis las santas Reliquias, porque con más contrito corazón roguéis á nuestro Dios, que él por su piedad os saque de tanta afrenta; y puestos los caballeros de rodillas delante de las santas Reliquias, con abundancia de lágrimas rogaron á nuestro Señor Dios, que por su santa misericordia y piedad los guardase de sus enemigos. Y estando ellos en aquesto las damas de Floripes dieron muy grandes voces, diciendo que subían los turcos por la torre y llegaban á las ventanas; teniendo Floripes el cofre en sus manos, se puso asomada á la ventana, y plugo á nuestro Señor Jesucristo de mostrar allí un grande milagro, que los que subían á la torre, viendo el cofre que tenía Floripes en sus manos, cayeron súbitamente en el suelo, y los que alrededor estaban, sin ser apremiados se alejaron un gran tiro de batalla. Y viendo esto los caballeros, dieron

muchas gracias á nuestro Señor Jesucristo, y Floripes volvió las santas Reliquias á su lugar, y luego se volvió á las ventanas donde estaban los caballeros; y viéndola el almirante Balán su padre con ellos, la dijo: ¡Oh Floripes, mi querida hija! grande fué tu liviandad, cuando por ella dejaste tus dioses, vendiste á tu amado padre, á todos tus parientes; mas soy cierto que presto te haré dejar el amor del cristiano que tanto quieres, que ellos y tú seréis quemados hoy en este día. Y ella dijo: Por cierto, padre, tú no dices lo cierto, que nunca conocí hombre en esta parte, antes me encaminó nuestro Señor Dios en el camino de la verdad, como á mi hermano Fierabrás; este camino querría que tomases tú, porque tu ánima no fuese perdida; y á esta causa he suplicado á los caballeros que no te maten; mas si los persigues más, no tendrá tu gente poder de te librar de sus manos, que Dios está con ellos, como lo puedes ver en el destrozo que en tu gente han hecho, no siendo más de diez caballeros. Y de esto hubo tanto enojo el almirante Balán, que cayó en tierra amortecido, y Sortibrán y los otros caballeros trabajaran mucho en lo consolar; y tornando en sí el almirante Balán dijo: ¡Oh Mahoma, cómo me has olvidado, y cuán poco es tu poder y el mío, que á diez solos caballeros no podemos resistir! Y Sortibrán le dijo: Señor, muy simplemente has hablado contra tu Dios: ¿tú no ves con cuánta abundancia nos da continuamente los bienes temporales! Y esto que agora padeces, por tus pecados lo permite; mas pídele

perdón, porque te sea favorable contra Carlo Magno; y trajeron luego una imagen de oro fino, á semejanza de Mahoma, en cuya cabeza estaba el diablo encantado, que hablaba y respondía á todo lo que se le preguntaba tres días en la semana, y dijeron : Señor, pide perdón á Mahoma, tu dios, que tienes delante, y él te ayudará en tus adversidades; y puesto de rodillas, á ruego de los suyos dijo : Oh Mahoma, suplícote, cuanto á mí es posible de suplicarte, que no mires á las feas palabras que aqueste atribulado viejo dijo contra ti, pues está en propósito de hacer enmienda en sus pasados yerros, y yo haré acrecentar tu imagen con doscientas libras de oro fino, y serán todas tus mezquitas muy reparadas, porque con tu favor y ayuda tome venganza de los cristianos enemigos. Y el demonio, que estaba en la imagen, le respondió : Almirante Balán, tus yerros son perdonados por el grandísimo arrepentimiento que de ellos tienes, y no menos porque sé que erraste con sobrada angustia de corazón ; mas manda apercibir tu gente, y den otro combate á la torre, que sin duda serás señor de tus enemigos.

El almirante pues hizo hacer grandes alegrías por todo el real, tañendo añafiles, bocinas y otros instrumentos en señal de la victoria que esperaba, y apercibida la gente, con esperanza de la victoria, dieron el combate con tanto denuedo que dieron con parte de la principal pared de la torre en el suelo. Entonces dijo Oger el Danois : Señores, forzado nos será buscar otra morada; salgamos

pues á buscarla, que Dios es servido que dejemos ésta, y vamos ya, que mejor resistiremos á los golpes de nuestros enemigos, que á la caída de la torre; y si Dios es servido que perdamos las vidas en poder de aquestos infieles, tenga cada uno de nosotros modo de vengar su muerte, antes que la reciba. Salgamos ya, pues que Dios nuestro Señor lo quiere; y contra su voluntad no queramos hacer cosa, con la fidelidad que siempre habemos tenido el uno al otro, acometamos á nuestro enemigos. Estando los caballeros apêrcibidos ya para salir, puesta Floripes á los pies de su muy amado Guy de Borgoña, con lágrimas y sollozos le dijo : Señor, por aquel Dios y Señor, en quien crees y confiesas ser uno y trino, te ruego que sean tus hechos según la generosidad de tu sangre; cata que la torre está abierta por muchas partes, y mis fuerzas son pequeñas, y la crueldad de mi padre muy grande : no creas que menos venganza tome de mí, que tomaría de ti si en su poder te tuviese, y con gran razón, pues en tanto grado, por servirte, le he deservido. Y abranzándola el noble Guy de Borgoña, le dijo : Señora, no pienses que sea tan pequeño el amor que te tengo, que no reciba mayor fatiga de tu pena, que de la mía misma ; ya ves que la sólida no se excusa, mas no será de manera que ni tú ni tus damas quedéis desamparadas mientras nosotros tuviéremos vida, ni nos apartaremos de la torre más de cuanto hagamos apartar los turcos, porque no acaben de derribarla; y si de ello eres servida, dos de nosotros quedarán en

tu compañía, aunque yo en ninguna manera podré quedar. Viendo Floripes el amor de Guy de Borgoña, y su fidelidad, le dijo : Señor, tú te ofreces de dejar parte de tus compañeros en mi guarda ; yo recibo mortal dolor en pensar que con tan poca compañía sales á dar batalla á tanta multitud de turcos ; por ende te suplico que nos armes á mí y á mis damas, y con sendas hachas de armas, sólo al amparo de vosotros, iremos en guarda de tu persona. Oyendo Roldán las razones de Floripes, se puso á reir, y dijo á Guy de Borgoña : Grande es el amor de esta dama, mas no sería honrosa ni provechosa su salida. Por ende, señora, te ruego que no te fatigues tanto, cesa ya de llorar, y ten esperanza en aquel verdadero Dios y hombre, que como nos ha sacado de otros peligros, no nos olvidará agora, y así se despidieron de ella y de las damas, y salieron de la torre, y empezaron cruda batalla con sus enemigos, é hicieron tanto, que en poco rato los desviaron gran trecho de la torre, y á su salvo se volvieron á ella, y hallaron á Floripes y á sus damas armadas de todas armas, con sendas hachas de armas en las manos, puestas donde estaba derribada la torre.

CAPÍTULO L.

Cómo los caballeros supieron la venida de Carlo Magno, y asimismo el almirante Balán, y cómo Ganalón fué enviado con embajada al almirante.

Los caballeros pasaron aquella noche en gran placer, hablando de Floripes y de sus damas que con varonil corazón se habían armado para defender la torre, y dijo Guy de Borgoña : Señores, con mayor esfuerzo saldremos de aquí adelante á la batalla, pues que tales veladores tenemos para guardar la torre; y Oliveros dijo : Señora, mañana saldremos á la batalla, y si te parece, saldrás con tus damas y con nosotros, porque demos fin á estos descreídos, y no dudo que haga Guy de Borgoña cuanto quisiere, teniéndote en su compañía. Y ella dijo : Cierto, señor Oliveros, haced con vos mi señor Guy de Borgoña que me deje salir con vosotros á la batalla, y veréis cómo adonde estuviere, no haré mengua á mi hermano Fierabrás; y de esto hubieron todos muy gran placer.

Venida la mañana Oger el Danois subió á la torre, por ver el real de sus enemigos, y vido de muy lejos muchas banderas desplegadas, y mucha gente armada ; conoció eran de cristianos, y bajó presto donde estaban sus compañeros, y les dijo : Señores y leales amigos míos, y vosotras, señoras mías, pídoos por merced, que todos deis gracias á Dios, que tan piadosamente se ha habido con nosotros, que muy armados nos vienen á ayudar, y en

nuestro socorro; y corriendo todos á abrazarle con muy gran placer, subieron prestamente á la torre, y Floripes, y sus damas con ellos : y se les dobló el placer cuando conocieron el estandarte y las armas de Carlo Magno. Supo asimismo el almirante Balán que estaba cerca de su real, y el rey Cosdro le aconsejó que hiciese apercibir toda su gente, y aates que llegase á un valle por donde habían de pasar los cristianos, que les diese batalla. Aprobó el almirante Balán su consejo por bueno, mandó apercibir su gente, y apercibida, y encomendada á los capitanes, hallaron ciento y ochenta mil hombres de pelea. El emperador Carlo Magno llegó aquel día á la entrada del valle, y tomóle la noche, y se quedaron sin tienda alguna, que las habían dejado en Mantible; y venida la mañana, mandó el emperador armar toda su gente, y se hallaron cincuenta mil cristianos. Viendo Fierabrás toda la gente apercibida para dar batalla al almirante su padre, dijo al emperador Carlo Magno : Muy noble y poderoso señor, por los servicios que te entiendo de hacer, te suplico me otorgues una merced; y Carlo Magno le dijo que pidiese lo que quisiese, que ninguna cosa le sería negada, y Fierabrás le dijo : Ya sabes, muy magnífico señor, cuánto deben los hijos á los padres, y aunque mi padre es turco, y yo cristiano, no por eso he perdido el amor que le debo, antes quería trabajar que dejase sus dioses y engañados íodolos, y meterle en el verdadero camino de la salvación, y sobre esto quería que enviases de tu parte y mía un mensajero que le amonestase de

ello, diciendo que si se torna cristiano, le harás toda cortesía, y si no, que le traerás como á enemigo mortal, sin haber de él ni de los suyos piedad alguna. Y Carlo Magno le dijo: Mucho me place de eso, señor Fierabrás, vaya luego el mensajero que para ello os pareciere suficiente, y por el mucho amor que os tengo, quiero hacerle este partido, que de toda su tierra y hacienda no le tomaré nada, solamente que de ella pague un pequeño tributo; y Fierabrás le besó la mano por ello. Preguntó el emperador á sus consejeros ¿quién les parecía que se enviase al almirante Balán? Y acordaron de enviar á Ganalón, porque era muy sagaz y elocuente: mandóle llamar Carlo Magno, y le dijo delante de Fierabrás y de los otros caballeros: Mi amigo Ganalón, nos os habemos escogido para que llevéis embajada al almirante Balán: y Ganalón le dijo, de grado lo haría. Diréis al almirante, que yo y su hijo Fierabrás le rogamos que se vuelva cristiano él y toda su gente, y que me envíe mis caballeros, y si esto hace, no pasaremos adelante, y le dejaré toda su tierra, pagando un pequeño tributo de ella, y si esto no hace, que sin ninguna piedad le perseguiremos hasta le dar muerte, ó echarle de todas sus tierras. Ganalón armado de todas armas, caballero en un poderoso caballo, y una muy gruesa lanza en las manos se fué para el real del almirante Balán, que estaba apercibido con toda su gente para dar batalla á Carlo Magno, y llegando Ganalón á las primeras guardas, le quisieron prender; y cuando supieron que era

mensajero, le dejaron pasar. Llegado á la tienda del almirante Balán, dijo que era mensajero del emperador Carlo Magno, y traía una embajada al almirante Balán; y sabiéndolo el almirante, salió de su tienda armado de todas armas, con una hacha de armas en la mano, y le preguntó ¿qué era lo que buscaba en su real? Y arrimado Ganalón á su lanza, sin le hacer mucho acatamiento, le dijo: El muy poderoso, noble y temido emperador Carlo Magno, y el muy valeroso caballero Fierabrás tu hijo, doliéndose de la perdición de tu ánima, me enviaron á ti para que te dijese que dejases á tus dioses Mahoma y Tabalgante, y los otros que te tienen engañado, y que recibas el bautismo, como hizo tu hijo, y creyeses en nuestro señor Dios verdadero, hacedor del cielo y de la tierra, que envíes al emperador Carlo Magno sus caballeros que tienes presos, y las santas Reliquias que en tu poder tienes; y si eso haces, á ruego de tu hijo, es contento el emperador de te dejar todas tus tierras y riquezas, pagándole algún tributo por ellas; y si esto no haces, te hará morir mala muerte, y te echará vergonzosamente de toda aquesta tierra. Hubo tanto enojo el almirante Balán de esto, que por poco perdiera el seso; y con mucha ira dijo á Ganalón amenazándole con la hacha que en las manos tenía: Osadamente hiciste tu embajada, y me amenazaste en mi real; y porque eres enviado, no te mando dar el castigo que mereces, y puedes conocer el poco querer que el emperador tu señor contigo tiene en enviarte donde lícitamente se te

puede dar la muerte; mas mira que no vuelvas otra vez con tal embajada, si no tuvieres deseo de poco vivir. Y Ganalón le dijo: No creas, almirante Balán, que tengamos tan poco amor al emperador Carlo Magno, que por ningún peligro de este mundo dejemos de hacer su mandado; y mira que lo que te dice te importa mucho, y dame la respuesta que bien te pareciere, porque se detenga la gente, que ya está en orden, y muy deseosa de darte la batalla, no venga presto á dar fin á ti y á tu gente. Viendo un caballero el enojo del almirante, dijo á Ganalón: Porque otro no se atreva á hablar demasiado, es razón que tú seas castigado; y diciendo esto, alzó una maza de hierro con dos manos para le herir con ella, y Ganalón que le vido, tomó presto su lanza, y le dió con ella en los pechos, que le pasó á la otra parte, y cayó muerto á los pies del almirante Balán, el cual dió muy grandes voces á su gente, que prendiese á Ganalón, y él se puso en huída por el camino por donde había venido, y fué seguido de más de veinte mil paganos; mas llevaba un caballo muy ligero, y no le pudieron alcanzar. Y el noble D. Roldán y los otros caballeros que estaban en la torre le vieron salir del real á rienda suelta; y conociendo que era cristiano, dijo el duque Naymes: Este parece en sus armas á Ganalón, y será venido con embajada al almirante Balán, y plegue á Dios nuestro Señor de le librar de tal peligro; y Ganalón corrió sin parar hasta que subió una cuesta no muy apartada del real; y cuando se vido encima de la cuesta, se volvió á mirar los que le seguían, y vido

un turco muy grande de cuerpo, y armado de muy lucidas armas, y con él venía Tenebre, hermano del rey Sortibrán, y venían buen trecho delante de todos los otros, y con magnánimo corazón los esperó, y encontró al uno con la lanza, de manera, que dió con él y con su caballo en tierra; y volviéndose para el otro, le dió tan fuerte golpe en la cabeza con la espada, que le cortó el yelmo y cabeza hasta los ojos: y viendo la gran multitud de enemigos que le seguían, volvió la rienda al caballo por donde estaban los demás cristianos esperándole. Todo esto vieron los de la torre, y fueron muy maravillados de ver hacer tales cosas á Ganalón, y le seguieron los paganos hasta que vieron el ejército de Carlo Magno, que viéndole, dieron prestamente la vuelta, y contaron al almirante y al rey Sortibrán lo que les había sucedido. Cuando Sortibrán supo que su hermano era muerto, hizo gran llanto, amenazando á Carlo Magno y á su gente; y de esto plugo al almirante, porque con mayor esfuerzo saliese á la batalla contra los cristianos.

CAPÍTULO LI.

Cómo el emperador Carlo Magno hizo tres batallas de su gente y cómo acometieron á todo el poder del almirante Balán, y de las grandes valentías que hizo el emperador.

Llegado Ganalón delante de Carlo Magno, le dijo: Muy poderoso emperador, el almirante Balán no

quiere ser cristiano, ni quiere oir hablar de ello, ni tiene en nada tu poder, ni tu noble ejército ; ya tiene apercibida toda su gente con deseo de darte batalla, y tuvo gran enojo de lo que le dije : un caballero de los suyos alzó una maza de hierro para darme con ella, y delante de él le metí la lanza por los pechos, y di con el muerto á sus pies, y me siguieron diez mil de á caballo para prenderme, y á los dos que delante venían derribé en el suelo, y vine huyendo por escapar de los otros. Entonces mandó el emperador á Fierabrás, al duque Regner y á Ricarte de Normandía, ordenasen sus batallas, y fué muy bien repartida la gente en tres batallas, la primera dió á Ricarte de Normandía, la segunda al duque Regner, la tercera guiaron él y Fierabrás, y puestos todos en orden, mandó tañer sus trompetas y atabales, é hicieron de ello gran placer los caballeros de la torre, y sin salir de orden los cristianos marcharon hacia el real del almirante Balán. Cuando el rey Brulante, Sortibrán y Tenebre, que tenían cargo de guiar los ejércitos del almirante Balán, supieron que el emperador Carlo Magno venía, ordenaron asimismo sus batallas, y pusieron su gente en ordenanza, y suplicó el rey Brulante al almirante Balán, que le dejase la primera batalla, y el almirante se la dejó, y le dijo : Si topares con Carlo Magno ó Fíerabrás, no los mates, que quiero hacerles quemar con Floripes y con los que están en la torre. Estando ellos en esto, vieron asomar el noble emperador Carlo Magno con su gente, y Brulante le salió á recibir con cien mil paganos,

y adelantándose gran trecho de su gente, á grandes voces empezó á decir : Oh noble emperador Carlo Magno, ¿dónde estás? Apártate de tu gente, como yo de la mía, y empecemos los dos viejos esta batalla; vente seguramente para mí, que mi gente no se moverá hasta que vean el fin de nuestra batalla; no serás digno de alabanza si no participas de las afrentas : ¿que esperas? no consientas que los mancebos ganen toda la honra, y mira que de tu misma gente serás tenido en poco, si de la gran batalla de un rey sólo te desvías, y no menos viejo que tú. Oyendo Carlo Magno las voces del pagano, tomó luego una muy gruesa lanza para salir á la batalla, y viendo esto Fierabrás, saltó del caballo, y se puso de rodillas delante de él, suplicándole que en ninguna manera saliese á la batalla, ofreciéndose salir á ella, diciéndole que en su vida se encerraba la honra de toda su gente, y que á más de esto el pagano era muy buen caballero y muy diestro en las armas, y lo mismo le rogaron Ricarte de Normandía, y el duque Regner y los otros caballeros; y él les dijo : Señores, en mucha merced os tengo vuestra buena voluntad, mas no hallo razón alguna para dejar esta muy cruda batalla, que aunque uno de vosotros supla por mi persona, no suplirá por la honra : ¿cómo tendrán los míos deseos de palear, si ven que yo me aparto de la pelea? No solamente los caudillos han de ser diligentes en ordenar sus gentes, más osados para llevar la delantera en los mayores peligros ; así que propongo de comenzar esta batalla, porque vosotros con

mayor esfuerzo entréls en ella ; y me pareceque soy digno de reprensión por detenerme tanto. Y mandó á su gente que ninguno se atreviese á salir en su favor hasta ver el fin de la batalla, y salió al campo con el pagano, que le estaba esperando, y él preguntó ¿si era el emperador Carlo Magno? Y desque fué cierto de ello, tomaron del campo á su placer, y se encontraron con toda la fuerza que los caballos pudieron llevar, y cayeron entrambos de sus caballos, sin que en ninguno se conociese ventaja, y con grande esfuerzo echaron mano á sus espadas, y se dieron tales golpes, que los mancebos que los miraban les tenían envidia. Viendo el emperador Carlo Magno que por la fuerza de las armas no se podían herir, confiado en la mucha destreza que tenía en el juego de lucha, queriéndole tirar el pagano un grande tajo, se metió con él, y dejó la espada, y le abrazó por el cuerpo, y dió con él en el suelo, y con el puñal le cortó los lazos del yelmo y la cabeza. y vuelto para los suyos. fué servido luego de caballo y de lanza ; y mandó que la gente fuese delante con buena orden, y lo mismo hicieron los paganos : llegados los unos con los otros, hubo tan gran matanza, que los muertos cerraban el paso á los vivos; é hizo Carlo Magno tales hechos, que los suyos estaban admirados, y los enemigos atemorizados; y entre los turcos había un rey, llamado Tenebre, el cual hacía gran daño en los cristianos, y á muchos quitó las vidas; y viéndole un caballero cristiano, que se llamaba Juan Pontoisa, fué para él con una lanza, y el pagano le

esperó osadamente, y del encuentro cayó Juan de Pontoisa en el suelo, y luego fué muerto, y el pagano puso mano á la espada, y mató otro caballero anciano, que se llamaba Hageo de Guarmier, y andaba por el campo llamando á grandes voces al noble emperador Carlo Magno y á Fierabrás, amenazándoles de les dar la muerte. Y oyendo esto Ricarte de Normandía, se fué para él, y le dió tan gran golpe encima del yelmo, que le hizo caer de pechos sobre el arzón de la silla; y queriéndole dar otro, tiró Ricarte de Normandía un revés con tanta fuerza, que le cortó la mano derecha por la muñeca, y queriendo volver rienda para huir, Ricarte le dió otro golpe encima del yelmo, y resbalando la espada le cortó la cabeza al caballo, y luego un peón cortó la cabeza al caballero; de la otra parte estaban Carlo Magno y Fierabrás haciendo tanta matanza en sus enemigos, que grandes arroyos de sangre corrían por el campo, y traian todas las armas ensangrentadas, y fué forzoso á los paganos retraerse hasta donde estaba el almirante en compañía de sus reyes y de cien mil hombres, que no habían aún salido á la batalla, y cuando supo que Brulante su querido hermano era muerto, llorando, y mesando sus barbas y cabellos, llamó á un sobrino suyo, llamado Tempeste, y á Sortibrán de Coimbres, su secretario, y les dijo estas razones: Señores y muy especiales amigos: sabed como mis dioses me son contrarios en todo; no sé si les falta el poder, ó si acaso tienen hechas paces con los cristianos, yo veo muy cerca mi muerte; si me

pudiese ver vengado tan solamente del emperador Carlo Magno, alegremente la recibiría. Por tanto pues os ruego y encargo que miréis con diligencia por el campo si le podéis ver, porque me pueda vengar en su persona, y ellos llorando amargamente de lástima que de él tenían, le prometieron de lo hacer.

CAPÍTULO LII.

Cómo Sortibrán de Coimbres fué muerto á manos del duque Regner, padre de Oliveros, y de las correrías que el almirante Balán hizo contra los cristianos.

Mandó el almirante Balán que la gente que en su compañia había quedado fuese compartida en cuatro escuadrones; él y Tempeste su sobrino guiaron el uno, y Sortibrán el otro; y tañendo añafiles y bocinas, puestos en buen orden, empezaron á dar cruda batalla á los cristianos. Y Sortibrán de Coimbres acometió con gran denuedo en la batalla al duque Regner, y viendo cuán feroz andaba entre toda su gente, tomó una gruesa lanza, y se fué para él, y desque Sortibrán le vido, pidió una gruesa lanza á los suyos, y con grande esfuerzo le salió al encuentro, y rompiendo las lanzas en muchas piezas, echaron prestamente mano á las espadas, y se dieron tan recios golpes, que en poco rato entrambos escudos cayeron en el suelo hechos

pedazos; y dándose con las espadas, el duque Regner le cortó las guardas de su espada y la manopla, y los dedos de la mano, y le dió luego otro recio golpe encima del yelmo, que le derribó del caballo aturdido, y allí le acabaron los peones, y pasó el duque Regner adelante, derribando muchos de sus enemigos, así caballeros como peones.

Cuando el almirante Balán supo que Sortibrán era muerto, como desesperado y fuera de todo sentido, echando espuma por la boca, y grande abundancia de lágrimas por los ojos, decía: ¡Oh Sortibrán, mi especial amigo y leal secretario! ¿por qué me dejaste en tiempo de tanta necesidad? mas no me maravillo que me dejases y huyeses de mi compañía, pues viste que mi hijo huyó de ella, y en compañía de mis enemigos me hace cruel guerra; y mi hija no solamente me aborrece, mas como mortal enemigo, en pago de mis beneficios, entregó mi fortaleza y mi persona á mis enemigos, y lo más que me aflige, que mis dioses á quien tantos servicios he hecho, y he gastado tantos tesoros para honrarlos, son mis contrarios y favorables á mis enemigos. Pues ¿cómo podrás tú tener firmeza conmigo, pues no me tuvo lealtad mi propia sangre? mas soy cierto que si tú pudieras no me dejaras, y me fueras más leal que mis propios hijos, y por esto te seguiré luego, por estar en tu compañía, y si algún tanto me detengo, no me culpes que no será mi tardanza sino cuanto vengue tu muerte, y no creas que para ello me falten las fuerzas, que aunque la edad me las haya

enflaquecido, me las han acrecentado el dolor de tu muerte y la ingratitud de mis hijos; y diciendo esto, pidió una gruesa lanza, y como un león hambriento entró entre los cristianos, encontró luego un caballero con tanta fuerza, que con él y con el caballo dió en el suelo; y encontró otro, y le sacó de la silla : y con el pedazo de la lanza encontró otro que sin lanza estaba, y le derribó, y echó mano á la espada, llamando á grandes voces al emperador Carlo Magno, ¿dónde estás? pues en la Turquía entraste en busca mía, ¿por qué huyes ahora de mí? Sólo por topar contigo, y vengarme en tu persona entré en esta batalla : grande honra sería á tu imperial corona, si con tus propias manos me dieses la muerte, y gran consuelo llevara mi ánima si primero bañare mi espada en tu sangre. Vente pues para este viejo cano, que tantas veces has amenazado, no hayas piedad de quien de los tuyos no la tiene, ni menos la tendrá de ti. Y diciendo esto y otras muchas cosas, se cubrió del escudo, apretó la espada en el puño, y como desesperado se metió en los cristianos, y en poco tiempo derribó treinta caballeros, y atropelló más de doscientos peones, y mirando su espada y sus armas, que muy teñidas estaban en la sangre de los cristianos, empezó de nuevo á llamar al emperador Carlo Magno, y desque vido que no lo podía hallar, entró con grande denuedo en los cristianos, haciendo grande matanza contra ellos. Todo esto estuvo mirando Fierabrás; y maravillado de las hazañas de su viejo padre, estaba puesto en confu-

sión; pesábale de la muerte de los cristianos, y le temblaban las carnes cuando pensaba de poner las manos en su padre: tenía vergüenza porque no servía lealmente á su señor el emperador Carlo Magno; y queriendo evitar el daño que el almirante hacía en los cristianos, el amor de padre le volvía del camino; y cuando veía la muerte de los cristianos, de su misma lealtad era combatido, y el almirante jamás descansaba, derribando caballeros y peones; y viendo un caballero, que se llamaba el conde Milón, armado de muy lucidas armas, que traía el yelmo muy dorado, y conociendo que era hombre principal, se fué para él con muy grande esfuerzo, y el conde Milón le esperó valerosamente, y se dieron muy grandes golpes, y el conde quebró su espada por junto á la empuñadura, y el almirante le dió á su salvo tan gran golpe, que le hizo doblar el cuerpo, y juntar la boca con las ancas del caballo, y le tomó en los brazos, y le atravesó en el pescuezo del caballo, y dió vuelta para su gente, pensando que por él le haría algún partido el emperador Carlo Magno. Viendo esto Fierabrás, forzado de lealtad, y del mucho amor que ya con los cristianos tenía, arremetió á rienda suelta para se lo quitar; y queriéndoselo estorbar Tempeste, Rubión y otros caballeros, echó mano á la espada, y mató luego á Tempeste y á otros seis caballeros que venían con el almirante Balán, y se llegó á su padre, y le tomó el caballo, sin le hacer mal alguno, y el almirante Balán le quiso conocer, así en la cortesía que con

él usaba, como en el grandor del cuerpo, y le dijo: ¿Eres tú Fierabrás, hijo mío? Y él le dijo que sí. Entonces viendo el almirante que mató delante de sus ojos á Tempeste su sobrino, y á los otros caballeros, aunque quisiera vengarse, no tuvo mucho esfuerzo para le herir, ni aliento para le hablar; y desmayado cayó sobre el arzón delantero, y se abrazó con él por no caer del caballo, y un caballero cristiano le quiso herir; mas Fierabrás se puso delante, y no lo consintió, y no se apartó de él hasta que volvió en sí: y cuando fué tornado en sí le dijo Fierabrás: ¡Cuánto bien me haría Dios, padre mío, si dejases los ídolos, y conocieses al verdadero Dios que te crió! Y el almirante le dijo: Mayor merced me hicieran mis dioses si no nacieras; y viendo Fierabrás una gran multitud de turcos cabe el estandarte de Garlo Magno, dejó al padre, y se fué para ellos con tal denuedo, que en poco rato los desbarató y derribó.

CAPÍTULO LIII.

Cómo los diez caballeros salieron de la torre, y cavaron en la batalla, y cómo el almirante fué preso.

Era tanta la multitud de los paganos, que no se podía dar fin á la batalla, que continuamente venían gran cantidad de turcos de muchas partes; y viendo esto los diez caballeros que estaban en

la torre, y que los que la guardaban eran idos á la batalla, salieron de ella, y sin estorbo alguno de sus enemigos tomaron sendos caballos de los que andaban sueltos por el campo, y caballeros en ellos, con las espadas en las manos, se metieron en la batalla; y sabiéndolo el almirante, recogió gran parte de su gente, y los quiso atajar el camino, porque no se juntasen con los otros, y allí hubo muy cruda batalla, y fué tanta la matanza de los paganos, que todo el campo estaba cubierto de sangre y de cuerpos muertos. Sabiendo el almirante Balán que los diez caballeros se habían juntado con los otros, dijo : Agora sé muy cierta la perdicion mía y de mí gente, y apartado algún tanto de los suyos, decía : ¡ Oh Mahoma engañador! ¿ en qué te deserví, que tanta enemistad tienes conmigo? ¿ Por qué me dijiste que ganaría la torre, y me prometiste el vencimiento de la batalla? Bastábate engañarme una vez, y no tantas : y si de mí tienes enojo, ¿ por qué consentiste que lo pagasen mis inocentes caballeros? Vuélvete, pues si algún poder tiene tu ira sobre mí, y no consientas que pague tanta gente los yerros que yo cometí. Diciendo esto y otras razones de grande lástima, fueron los suyos desbaratados de tal suerte, que el que más huía pensaba que mejor hecho hacía. Mas no por eso quiso el almirante volver la cara á sus enemigos, antes les esperó con grandísimo corazón, y pensando dar á un caballero con la espada en la cabeza, cortó todo el cuello del caballo, y viéndose el caballero á pie, mató allí mismo el

caballo del almirante, y fué luego conocido, y á ruegos de Fierabrás no le mató; mas sin le hacer mal alguno, le llevaron delante de Carlo Magno, el cual estaba en grande placer con sus caballeros, y ellos estaban contando de las desdichas que les habían acaecido, y lo que pasaron en la torre, y los beneficios que de Floripes habían recibido.

CAPÍTULO LIV.

Cómo el almitante Balánni por ruegos ni por amenazas nunca quiso ser cristiano; y cómo Floripes fué bautizada, y casada con Guy de Borgoña, y fueron coronados reyes de toda aquella tierra.

Llevado el almirante Balán á Carlo Magno, fué de él muy bien recibido, y le mostró mucho amor, pensando que se tornaría cristiano; y el emperador fué con sus caballeros á la torre donde estaba Floripes con sus damas; y como ella supo su venida, se vistió de los mejores vestidos que tenía, con muchísimas joyas de muy gran valor, y asimismo sus damas; y le salieron á recibir á la puerta de la torre; y le besaron la mano, y él besó á Floripes en el carrillo, y fué muy maravillado, así de su hermosura, como de la riqueza de sus vestidos, y se estuvieron allí en grande placer hasta otro día. Venida la mañana, mandó Carlo Magno llamar á Fierabrás, y díjole: Quería, señor Fierabrás, que hablásemos con el almirante,

vuestro padre, para que, queriendo ser cristiano, se le hiciese por vuestro amor mucha honra, y Fierabrás le suplicó que se lo dijese él mismo. Mandóle llamar el emperador, y venido el almirante, le dijo de esta manera : Señor almirante, todas las criaturas racionales deben dar singular honra y alanbanza á aquel que les dió el ser, conocimiento y vida; es justa cosa que se dé toda honra y reverencia al que hizo el Cielo y la Tierra, y todo lo que en ellos está, pues que es superior á todas las cosas criadas, y caen en muy grande simpleza los que ponen su esperanza en las cosas que ellos hacen por sus manos, hechas de materia insensible ; por lo cual te ruego, que por la salud de tu ánima quieras dejar tus engañosos dioses ó ídolos, y creas en la santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y que recibas el santo bautismo, como ha hecho tu hijo Fierabrás : y si esto haces, allende de salvar tu alma, librarás tu cuerpo de muerte, y no perderás tus tierras ni tu hacienda, que por amor de tu hijo Fierabrás te hago merced de todas ellas. Y el almirante le respondió, que en ninguna manera tal cosa haría. Oyendo esto Carlo Magno sacó su espada, y dijo : Si no fuera por amor de tu hijo Fierabrás, tu respuesta y tus días se acabaran en un punto; mas si no te bautizas, yo te mandaré matar. Y el almirante le dijo : Carlo Magno, no manda eso la ley de Jesucristo tu Dios, sino que á nadie hicieses fuerza en tal cosa, que la verdadera creencia del corazón ha de proceder ; por tanto, no procures de me hacer consentir lo

que no creo. Y viendo esto Fierabrás, se puso de rodillas delante de su padre, y le rogó que hiciese lo que el emperador Carlo Magno le decía. El almirante hubo miedo de morir, y dijo que le placía; y Carlo Magno y todos sus caballeros hubieron gran placer de ello, y fueron aparejadas las cosas para ello necesarias muy cumplidamente y con mucha honra; y estando ya el almirante Balán cabe la pila donde había de ser bautizado, le dijo un arzobispo : Señor almirante, ¿negáis de puro corazón todos vuestros ídolos, que tanto tiempo os han traído engañado, y creéis en nuestro Señor Jesucristo, el cual nació de la Virgen Santa María, Señora nuestra, siendo Virgen antes del parto, en el parto, y después del parto? Entonces el almirante Balán, temblando como azogado de muy grande enojo, y la cara encendida como desesperado, dijo que no, y escupió en la pila en menosprecio del santo bautismo, y alzó la mano, y dió al arzobispo en la cara, y le hizo saltar la sangre por la boca y por las narices, y le tomó por los cabellos, y le ahogara en la pila si no se le quitaran; y de esto fueron todos maravillados, y si no fuera por Fierabrás le mataran súbitamente. Viendo esto el emperador Carlo Magno, mandó llamar á Fierabrás, y le dijo : Bien habéis visto lo que hizo vuestro padre, y no fué tan liviano su yerro que no mereciese cruel muerte por ello, mas por vuestro amor no se le ha hecho mal alguno; por tanto, ved qué queréis que se haga de él, que entre nosotros no es de consentir tal hombre. Y Fierabrás le su-

plicó, que por aquel día y aquella noche siguiente hubiese paciencia, y si á otro día no se bautizaba, que hiciese de él lo que bien le estuviese, y Carlo Magno fué contento de ello; y estuvo Fierabrás todo aquel día y aquella noche rogando á su padre que quisiese ser cristiano, mas no quiso venir en ello; y venida la mañana, se lo rogó el emperador Carlo Magno nuevamente, mas ninguna cosa aprovechó. Viendo esto Floripes, dijo á Carlo Magno : Señor, ¿para qué gastáis tanto tiempo con el almirante, que jamás será buen cristiano? Mándale matar, y será sacarle de pena, y á ti de enojo. Y Fierabrás le respondió : En esto veo, mi buena hermana, la poca virtud de las mujeres, que por cumplir sus deseos, ninguna cosa dejaron de hacer; por traer á efecto tus carnales placeres con Guy de Borgoña, vendiste á tu padre y á todo tu linaje, y fuiste causa de la muerte de más de cien mil hombres, y no contenta con esto, y después de vencido el cuerpo, quieres que se pierda el ánima, rogando que le maten sin recibir el bautismo. Y ella dijo : No creas, hermano, que no me pesa de la muerte de mi padre, y de la perdición de su ánima; mas sé cierto, que aunque por vuestros ruegos é importunaciones reciba el bautismo, que jamás será buen cristiano. Y vuelto Fierabrás á su padre, le dijo : Suplícote, padre mío, que creas en Dios Todopoderoso, que hizo el Cielo y la Tierra, y te hizo á su semejanza, y en Jesucristo su Hijo, que murió en el árbol de la cruz, porque nuestras ánimas no fuesen perdidas. Y él dijo que

de ninguna manera tal hacía, y que de ello más no se hablase, que más quería morir; y Fierabrás dijo á Carlo Magno, que hiciese de él lo que bien le estuviese, y mandó que se le quitasen de adelante, y los peones le llevaron al campo, y le mataron; y Floripes hizo llamar los caballeros que habían estado en la torre, y les dijo que les rogaba que cumpliesen lo que la habían prometido; y Roldán le dijo que tenía razón; y dijo á Guy de Borgoña: Señor, primero será bien que ordenemos que Floripes reciba el santo bautismo; y después entenderemos en vuestros desposorios y bodas: y Guy de Borgoña dijo que le placía, y se lo dijo al emperador, y mandó al arzobispo que hiciese aparejar las cosas necesarias; lo cual fué hecho con puntualidad, y la bautizó sin la mudar el nombre tampoco, como á su hermano Fierabrás, y fueron padrinos Carlo Magno, el duque Regner, y Tietri, duque de Parnia, y luego fueron desposados, y otro día se velaron, fueron hechas las bodas según á tales señores pertenecía. Envió Carlo Magno en todas las provincias del almirante á amonestar las gentes que dejasen los ídolos, creyesen en la fe de Cristo, y recibiesen el santo bautismo, y prometiéndoles hacer muchas mercedes, y si no, que les haría morir á mala muerte, y los cautivaría. En poco tiempo fueron todos bautizados, y dió el noble Carlo Magno una parte de las tierras del almirante á Fierabrás, y la otra parte dió á Guy de Borgoña y á su mujer, y con la corona del almirante los coronó reyes de aquella tierra,

con que la tuviesen por él y en su nombre : estuvo Carlo Magno en aquella tierra dos meses en gran placer hasta dejarla toda quieta y pacífica.

CAPÍTULO LV.

Cómo Floripes dió las santas Reliquias á Carlo Magno y cómo hizo Dios un grande milagro delante de todo el pueblo.

Carlo Magno cuando vió toda la tierra pacífica, y que los turcos de su grado se habían tornado cristianos, propuso de volverse para Francia, y llamó á Floripes y le dijo : Hija, yo me quiero volver para mi tierra, y tengo grande deseo de ver las reliquias que vos tenéis, y las quiero llevar á tierra de cristianos, porque sean más guardadas y veneradas; y vos quedaréis en esta tierra con vuestro marido Guy de Borgoña, y con vuestro hermano Fierabrás. Ella le mandó perdón porque antes no se las había enseñado, y entró por el cofre, y se le trajo, y queriéndoseles dar, quedó el cofre en el aire entre las manos del emperador y las de Floripes, y fué causa de desarraigar alguna incredulidad que en su corazón había quedado, y el emperador y los otros caballeros, puestos de rodillas, y llorando con mucha contrición de sus pecados, dieron infinitas gracias á nuestro Señor por las mercedes que les hacía; y el arzobispo tomó el cofre, y dijo : Verdaderamente éstas son las Santas

Reliquias que tanto tiempo habemos buscado; las sacó todas una á una, y las mostró á los que presentes estaban, y salió un suave olor de ella; y fué Floripes muy maravillada de ello, que de cuantas veces las había sacado nunca había sentido aquel olor hasta entonces; y esto causó la grande virtud del santo bautismo, y fué de allí adelante muy constante y firme en la fe de Cristo, y asimismo Fierabrás su hermano : y estando Carlo Magno de rodillas delante de las Santas Reliquias, dijo : Todopoderoso Dios, que me diste victoria contra mis enemigos, y me diste gracia que hallase tus Santas Reliquias, y las sacase del poder de los infieles; á ti doy gracias é infinitos loores, y te suplico que por tu santísima piedad me des gracia que las pueda llevar á Francia, y me quieras enseñar el lugar donde eres servido que estén : y el arzobispo los bendijo á todos con las Santas Reliquias, y queriéndolas volver al cofre, vido el emperador Carlo Magno que estaban en un viejo cendal colorado envueltas, é hizo traer un paño de brocado en que se envolvieron; y el cendal dobló muy bien, y se lo metió en el seno. Puestas las Santas Reliquias en el cofre, dijo el emperador Carlo Magno á Guy de Borgoña y á Fierabrás: Hijos y muy nobles caballeros, yo os ruego que tengáis vuestras tierras en mucha paz, y hagáis justicia, así á los menores como á los grandes, y que tengáis vuestras fortalezas guarnecidas de pertrechos, porque os podáis resistir algunos días si los turcos viniesen sobre ellas; ni fatiguéis ni maltratéis vuestros vasallos, antes siempre procurad

de ser bien quistos de ellos, y serán las principales fuerzas de vuestras tierras. Que mandéis asimismo hacer iglesias, donde se celebren los oficios divinos, y se sirva y alabe á aquel verdadero Dios y Señor que tantas mercedes nos ha hecho, y mandaréis guardar vuestras fronteras, porque si alguna mudanza hubiere en vuestros vecinos, seáis apercibidos para guardar vuestras tierras. Habéis asimismo de hacer instruir á vuestros vasallos en la fe de Jesucristo, y tendréis buenos predicadores, hombres de buena vida, para que les enseñen. Procurad asimismo desechar toda la herejía, y castigad por justicia á los que errasen; y porque tengan temor vuestros vasallos, y los tengáis más sujetos, quiero dejaros quince mil hombres de pelea, los cuales os encomiendo que sean muy bien tratados. Dicho esto, se despidió de ellos, le besaron la mano, y asimismo Floripes y sus damas; é hizo Floripes tan gran llanto al despedirse de Roldán y Oliveros, y de los que en la torre habían estado cercados, que no podían Carlo Magno ni Guy Borgoña, su marido, consolarla: y bañada en lágrimas y sollozos que la querían ahogar, dijo al emperador Carlo Magno, que no recibió tanta pena en la torre cercada de sus enemigos, cuanta sentía en apartarse de ellos; y viendo que no se excusaba la partida, con infinitos suspiros y lágrimas, abrazándolos uno á uno, se despidió de ellos; y queriéndose despedir Roldán de su primo Guy de Borgoña, se le puso un nudo en la garganta, que una sola palabra no le dejó hablar, y Guy de Borgoña, con más lágrimas

que razones, le dijo : Á gran dicha tendría, señor, que otro recibiese las mercedes del emperador Carlo Magno, y se quedase con todas las tierras del almirante, porque no me apartase yo de vuestra compañía. Y Roldán, esforzándose cuanto pudo, le dijo : Gran pesar siento en la partida, mas no se puede excusar, pues que Carlo Magno así lo ha ordenado. De la despedida de Oliveros y de Fierabrás no escribo por no ser causa de dolor á los que lo leyeren; mas pesó tanto al noble Fierabrás, que puesto de rodillas delante del emperador, le suplicó que no le dejase apartar de su compañía, diciendo que la estimaba más que ser señor de gran parte del mundo : mas no consintió Carlo Magno que se hiciese otra cosa sino como él lo había ordenado : y mandó luego tañer las trompetas y poner la gente en orden para la partida, y yendo camino adelante se le cayó el cendal que traía en el seno en que habían estado envueltas las Santas Reliquias, y le vieron los suyos en el aire, sin llegar al suelo ni á ninguna parte, y fueron corriendo á decirlo al emperador, que delante iba, y volvió luego el arzobispo, y le pusieron en el cofre de las reliquias con mucha ley.

CAPÍTULO LVI.

Cómo el apóstol Santiago se apareció á Carlo Magno, y cómo fué guiado de ciertas estrellas hasta la Galicia.

El noble emperador Carlo Magno, después de muchos trabajos recibidos por ensalzar la fe cristiana, y después de haber ganado muchas provincias de paganos, propuso de no seguir ya las guerras, y de apartarse á tener vida contemplativa, dando infinitas gracias á Dios, y alabanzas á su Criador, que tantas mercedes le había hecho en la sujeción y vencimiento de sus enemigos. Y estando una noche mirando al cielo que estaba muy estrellado, vido unas estrellas en grande concierto puestas, señalando de sí mismas un camino, y empezaba aquel concierto de estrellas desde la mar de Frisa, y pasaba por Alemania á Italia, y entre Francia y Aquitania, y pasaba por Gascuña á tierra de Vascos, y Navarra, las cuales provincias con grandes trabajos y continuas guerras él había traído á la fe de Jesucristo : y seguía aquel concierto de estrellas hasta Galicia, donde estaba el cuerpo de Santiago, y no sabía aún el lugar cierto, y miraba cada noche aquellas estrellas, y maravillado de ellas decía entre sí, que aquello no era sin grande misterio, y después de lo haber mirado muchas veces con gran deseo de saber qué podía significar aquel concierto de estrellas, se puso en oración, y rogó á Dios que por su

santa piedad le hiciese sabedor de ello. Estando una noche en este pensamiento, vió á deshora cabe su cama un hombre muy hermoso y de gentil presencia, y el emperador Carlo Magno se quiso levantar para le hacer acatamiento, y él le dijo que se estuviese quedo, y preguntóle ¿ qué era lo que tanto deseaba saber ? Y el emperador le dijo, que deseaba mucho saber qué significaba aquel concierto de estrellas que nuevamente parecía ser en el Cielo : y él le dijo : Sepas, Carlo Magno, que yo soy Santiago, apóstol de nuestro Señor Jesucristo, hijo del Zebedeo, hermano de San Juan Evangelista, y enviado para te decir que aquellas estrellas puestas en aquel concierto te serán guía para te llevar á Galicia al lugar donde está mi cuerpo en poder de paganos, y es voluntad de Dios que ganes aquella tierra, y la convertirás á su santísima fe y creencia ; y después de ganada harás un templo en mi nombre, donde vendrán de todas las partes de la cristiandad á ganar grandes indulgencias y remisiones de pecados; y esto durará hasta la fin del mundo. En esta manera que digo apareció Santiago tres veces al emperador Carlo Magno, y dende á poco tiempo allegó cincuenta mil hombres de pelea, y con ellos empezó á seguir el camino que le enseñaban las estrellas; y pasó toda Francia y Gascuña, y el primer lugar que se reveló fué la ciudad de Pamplona, que era muy fuerte y bien abastecida de todos pertrechos, y había en ella grande número de Turcos que salían muchas veces á escaramucear con los del real, y estuvo

tres meses en ella sin le hacer mucho daño, que estaba muy cercada. Viendo Carlo Magno las grandes fuerzas de la ciudad, y que no la podían tomar sino por gran discurso de tiempo, no supo qué remedio se tener, salvo encomendarse á Dios y al señor Santiago, por cuyo mandado se pusieron en aquel camino, diciendo de esta manera : Señor Dios mío, criador y redentor, pues por tu mandado vine á esta tierra, para que fuese ensalzada tu santísima fe : y tú, señor Santiago, que fuiste medianero para que me fuese dado este cargo, os suplico humildemente que me sea gracia y poder para sojuzgar esta ciudad, y que pueda traer este pueblo á verdadera carrera de salvación, y desviarlo de sus grandes errores. Y diciendo esto Carlo Magno, estaba de rodillas delante de un devoto crucifijo que continuamente consigo traía, y antes que se levantase le dijeron como gran parte de la cerca de la ciudad se había caído, y conociendo que convenía por la gracia de Dios, le dió infinitas gracias por ello, y mandó poner su gente en ordenanza y entró en la ciudad. Viendo los paganos que la cerca se había caído de suyo sin apremio alguno, fueron muy espantados, y muchos de ellos se salieron por una puerta falsa, y así desampararon la ciudad, y entrando Carlo Magno en ella, mandó que á los que quisiesen ser cristianos no hiciesen mal alguno, y que los otros muriesen por la espada; y viendo los paganos el grande milagro que Dios mostró sobre la cerca, la mayor parte de ellos se convir-

tieron á Dios, y demandaron el bautismo, y lo mismo hicieron las comunidades del alrededor, y Carlo Magno mandó edificar iglesias y monasterios, y darles renta cumplidamente, para que Dios fuese servido y alabado. Después siguió su camino hasta que entró en Galicia, y en muy poco tiempo la señoreó toda honrando siempre mucho á los que se tornaban cristianos, y matando los que de ello se desviaban. Seguíale siempre de continuo el arzobispo Turpín, y por su propia mano bautizaba y doctrinaba á todos los que demandaban el santo bautismo: y llegó hasta *Finibus terræ*, que entonces se llamaba Petrónem, y allí hincó la lanza en tierra y puesto de rodillas, dió infinitas gracias á Dios nuestro Señor y al bienaventurado Santiago por tan grandes mercedes como de él había recibido, en haberle dado poder para sojuzgar tantos pueblos, y tanta tierra y tan fuerte en tan poco campo. Conquistó en Galicia y en todas sus comarcas diez y seis ciudades y villas, todas muy fortísimas, entre las cuales ganó una muy bien pertrechada, que se llamaba Fetrosa, donde se hallaban minas de plata; y otra que se decía Centiva, donde se halló el cuerpo de San Troqueste, que fué discípulo de Santiago, en cuya sepultura estaba un pie de olivo que cada año un día del mes de mayo producía flores y fruto muy abundantemente. Redujo asimismo á la fe de Jesucristo muchos pueblos en el reino de Portugal, algunos por fuerza de armas, y otros, que por tantas virtudes y buenas costumbres que de

él oían decir, espontáneamente se le entregaban. Puso su real sobre una ciudad que se decía Lucerna, la cual estaba en muy fructífero y deleitoso valle, que se decía Valverde, y estuvo sobre ella cuatro meses, y viendo que no la podía ganar antes siempre perdía de su gente, y que en toda aquella provincia no había otra ciudad ni fortaleza que rebelde le fuese, púsose en oración, rogando á Dios y á su bendita Madre que le diese gracia para la ganar y reducir á su santísima ley, porque no maltratasen los pueblos cristianos que con ella confinaban. Y Dios, por su santa misericordia y piedad oyó su oración, y delante de sus ojos cayó gran parte de la cerca y hubo muy gran mortandad á la entrada, así de una parte como de otra; mas finalmente la señoreó, y no halló en toda la ciudad una persona que quisiese conocer á Dios, ni recibir su santo bautismo, y mandólos matar á todos, salvo los niños inocentes, los cuales hizo sacar de la ciudad, para que fuesen bautizados, y salió de la ciudad con toda su gente : la maldijo, y á vista de los que con él estaban se hundió, é hizo un lago, donde después se hallaban peces negros como carbón, y maldijo otros cuatro lugares, donde después nunca habitó persona alguna.

CAPÍTULO LVII.

Que habla de un grandísimo ídolo que fué hallado en una ciudad.

Trabajando Carlo Magno de continuo en la destrucción de la herejía, y á encaminar á las gentes en el verdadero camino de la salvación de sus almas, y queriéndose ocupar en hacer edificar un templo á honra y nombre del glorioso bienaventurado apóstol señor Santiago, le dijeron como en la parte de Andalucía en una ciudad nombrada Salcadis en lengua arábiga, que quiere decir en nuestra lengua el lugar del Gran Duque, había un ídolo por sutil arte hecho, y por arte mágica ordenado, y deciase que Mahoma le hizo por sus manos mismas, y había encerrado en él, por arte mágica, una legión de diablos para lo guardar; y porque el pueblo diese más crédito á sus engaños. lo guardaban los diablos con tanta diligencia, que ningún cristiano era osado á acercarse en el término de media legua; y si por acaso alguna ave se ponía en él luego caía muerta y cuando los paganos iban á adorar, los hablaba, y respondía á todo lo que preguntaban : por eso ninguno osaba hurtar ni robar, y se guardaban de haber otros muchos males, temiendo que el ídolo les descubriese, y por esto le tonía aquel pueblo por verdadero Dios y sabedor de todas las cosas; y era de cristal fino, y tan grande como un hombre : estaba puesto encima de una piedra de jaspe

maravillosamente labrada, tan alta, que á mala vez se podía divisar, y era la piedra en que estaba de ocho esquinas, hechas por manos de grandes maestros, y muy gruesa por el pie, y delgada por arriba, y estaba el ídolo vuelto hacia el mediodía, y tenía en la mano derecha una llave y en la otra un dardo y sabían los paganos por grande antigüedad, que cuando el ídolo dejase caer la llave que tenía en la mano, serían destruídos y echados de su tierra. Y como supieron que el emperador Carlo Magno les venía á dar guerra, juntaron muy grande multitud de gente y bien apercibidos y puestos en ordenanza, le salieron á esperar en el campo : y estando en esto, dejó el ídolo caer la llave que en la mano tenía, y ellos cuando esto vieron, atemorizados, teniendo su perdición por muy cierta, enterraron todos los tesoros y riquezas de valor, y se fueron huyendo, desamparando la ciudad, y dejando el ídolo; y llegando el emperador, entró en la ciudad sin resistencia alguna, y mandó derribar la piedra y el ídolo é hlzo poblar la ciudad de cristianos.

CAPíTULO LVIII.

Cómo Carlo Magno mandó edificar la iglesia del Señor Santiago en Galicia.

Después que el emperador Carlo Magno hubo ganado aquella ciudad, y hubo destruído las here-

jías, y derribado el ídolo que tantos pueblos traía engañados, se volvió para Galicia, y allí hizo fundar una hermosa iglesia en honra y alanbanza del bienaventurado apóstol Santiago, y distribuyó gran parte de sus riquezas á los pobres, y también hizo grandes mercedes á los recién convertidos, y estuvo en aquella provincia tres años, y viendo que la tierra estaba pacífica, y las herejías destrüídas, se volvió para Francia, y llegado á Tolosa, mandó edificar otra iglesia en honra y alabanza del apóstol Santiago, y la abasteció de hermosas campanas y cálices de oro y plata, y de capas riquísimas, y de todas las otras cosas necesarias, y dió gran renta. Hizo asimismo un muy rico hospital, y le dió gran renta, y á más de estas iglesias y otros hospitales y monasterios que fundó de sus propias rentas, fundó las iglesias siguientes : primeramente en Aquisgrán, en Alemania, mandó hacer una devota iglesia de nuestra Señora, muy hermosa y muy rica. En Viterbo, en tierra de Roma, mandó fundar una devota iglesia en nombre del señor Santiago, y la dió grande renta. En Gascuña mandó hacer otra iglesia también al apóstol Santiago, muy devota, y asimismo la dió gran renta. En París mandó hacer otra iglesia al señor Santiago entre el Sena y el monte de los Mártires : y no escribo de las iglesias pobres que reparó, ni los devotos monasterios y hospitales que fundó,

CAPÍTULO LIX.

Cómo un rey de Turquía pasó la mar con gran poder, y tomó ciertos lugares de cristianos, y cómo Carlo Magno los tornó á ganar.

Carlo Magno, después que fué vuelto para Francia, estuvo algún tiempo sin guerra, mas no por eso estaba una hora sola ocioso, antes mandaba visitar muy á menudo las ciudades y villas de sus reinos, para saber si eran regidos con justicia, y si los grandes agraviaban á los menores : visitaba asimismo todas las iglesias pobres, y los monasterios y hospitales, y los mandó reparar y proveer de todo lo que les era necesario. Estando en este ejercicio, un rey moro, llamado Aigolante, vino de África con cien mil hombres de pelea en tierra de cristianos, y tomó muchos lugares, y mató muchos cristianos ; y venido esto á noticia de Carlo Magno, doliéndose mucho de ello, mandó allegar cincuenta mil hombres de pelea, y después de armados apercibidos, se puso en camino en buscca del rey Aigolante, y llegados dos leguas de donde estaba, y certificado éste de su venida, le envió sus embajadores, diciéndole que él había pensado de qué manera no muriese mucha gente en la guerra que con él esperaba de haber, y era esto : que le enviase veinte de sus caballeros, y que peleasen con ellos, que ce daría otros veinte ó cincuenta, ó ciento, ó mil cóntra mil, y que no se moviese ninguno hasta que los unos ó los otros

fuesen vencidos. Carlo Magno no quería consentir en ello, mas sus caballeros se lo rogaron mucho, y lo hubo de hacer, y mandó apercibir caballeros, y fué ordenado el campo entre el real de los cristianos y de los moros : venido el día, duró la batalla desde la mañana hasta la tarde, y de los caballeros moros no quedó más de uno; y otro día por la mañana envió Aigolante doscientos caballeros muy bien aderezados, y el emperador Carlo Magno envió otros doscientos, y plugo á Dios que la mayor parte de los enemigos fuesen muertos, y los otros malamente heridos : y Aigolante envió á rogar al noble Carlo Magno que enviase mil caballeros contra otros mil suyos : luego fueron puestos en orden mil caballeros cristianos, y Aigolante hizo escoger entre todos los de su real mil caballeros turcos; y puestos en camino emperazon muy cruda batalla, mas finalmente murió la mayor parte de los turcos, y los otros volvieron riendo para su real, y los cristianos los siguieron hasta que entraron entre los suyos, y se movió contra ellos todo el real; mas Aigolante los hizo volver muy prestamente, y pasaron tres días sin que ninguno de ellos se moviese. En estos tres días hizo Aigolante hacer grandes experiencias á ciertos astrólogos que tenía, y le dijeron que si el emperador Carlo Magno prosiguiese por entonces la guerra, que perdería gran parte de su gente, y entonces envió á decir á Carlo Magno que saliese al campo con toda su gente, que él saldría con la suya; y Carlo Magno fué muy contento de ello, y mandó aper-

cibir toda su gente, y ordenar su batalla; y el día antes de la batalla, estando los cristianos en un campo llano, hincaron sus lanzas en el suelo, y venida la noche las dejaron estar así hincadas hasta el otro día de mañana, y mostró muestro Señor un grande milagro, que las lanzas de todos aquellos que murieron en aquella batalla se hallaron verdes y floridas, con cortezas y raíces, y en aquel mismo lugar están los cuerpos de los bienaventurados mártires San Facundo y San Primitivo, en una ciudad que el emperador Carlo Magno mandó edificar y poblar de cristianos, en honra de aquellos cuerpos, y en memoria de tan grande milagro: cada uno tomó su lanza para salir á la batalla, y los que hallaron verdes las cortaron hasta el suelo, y las repararon para poder servirse de ellas, sin saber lo que aquello significaba, aunque veían que era grande milagro, y no lo supo ninguno, salvo el emperador, á quien plugo Dios le fuese revelado. Y puesta la gente en ordenanza y ordenada la batalla de la una parte y de otra, se comenzó muy cruda batalla, y murieron en ella trescientos caballeros cristianos, hombres principales, sin los otros y sin el peonaje, entre los cuales murió el duque Milón, padre del noble caballero D. Roldán, y mataron el caballo á Carlo Magno, y peleó á pie gran parte del día, hizo grandes proezas y ya que llevaban los paganos lo mejor de la batalla, los caballos de los cristianos muertos entraron á la batalla, y pelearon con tanto acierto, como si en ellos hubiera entendimiento: y venida la noche,

hubieron por bien de dejar la batalla así los unos como los otros, y plugo á Dios nuestro Señor que el día siguiente apercibiéndose los unos y los otros para la batalla, llegaron al real de Carlo Magno cuatro marqueses de las partes de Italia, cada uno con cuatro mil hombres de pelea, muy bien armados; y sabiendo esto Aigolante, empezó á huir secretamante hacia el mar, y los cristianos los siguieron y les tomaron todo el fardaje y las riquezas que traían; y Carlo Magno lo dió todo á los caballeros que lo vinieron á ayudar, y otro día se despidieron de él, y el emperador se volvió para Francia, y estuvo siete años sin guerra, viviendo en vida contemplativa.

CAPÍTULO LX.

Cómo Aigolante volvió, y envió á Carlo Magno que le quisiese hablar, y cómo Carlo Magno en hábito de su mensajero fué á hablarle.

Como arriba dije, cuando Aigolante vido el socorro que de Italia había venido á Carlo Magno, se volvió para su tierra, y cuando supo que Carlo Magno se había retirado á vida contemplativa, y que no curaba ya de guerra, pensó en sí que tentonces tendría buen aparejo para hacer guerra á los cristianos, y les tomar sus tierras: convocó en su compañia nuevos reyes paganos, y cada uno con toda la gente que pudo allegar le vino á favorecer,

y se hallaron en su servicio doscientos mil hombres de pelea, aunque había muchos desarmados, y no diestros en las armas. Y con esta gente pasó á Gascuña, y tomó luego una ciudad que se decía Agenes, y allí hizo su asiento, y deseaba mucho conocer de vista al emperador Carlo Magno, por ver su fisonomía, que el valor de su persona ya le conocía; y esto hacía por no conocerle en las batallas, y así le movió la mucha diligencia que puso el emperador Carlo Magno en juntar general cuando supo había aportado á Gascuña, no huyendo del gran trabajo de las guerras, en curando del descanso, aunque su edad ya lo pedía, y por esto deseaba conocerle; y como supo que con muy lucida gente le venía á dar la batalla, le envió tres dromedarios cargados de oro y plata labrada, y piedras de grandísimo valor, le envió á rogar que quisiese á cierto lugar con poca gente, que él iría asimismo con algunos de los suyos para le hablar, y que darían alguna orden á sus guerras ó á las paces, porque diese ya algún descanso á sus fatigados miembros, y pudiese seguir vida contemplativa, pues que de eso era servido Dios más que de las guerras. El emperador recibió muy bien á los mensajeros, y dijo que le placía, y mandó luego apercibir dos mil caballeros, y con éstos fué hasta un monte no lejos de la ciudad donde estaba Aigolante, y dejando las armas, se puso en hábito de correo, y con tan solamente un caballero vestido de la misma manera, y sin armas, fué para el rey Aigolante; y llegados á la puerta

de la cuidad, fueron conducidos á Aigolante en son de presos, y Carlo Magno le dijo : El muy noble emperador mi señor me envía á ti á hacerte saber que en la parte que tú le enviaste á decir te está esperando con tan solamente cincuenta hombres, y cuando quisieres podrás ir á hablar con él. Y Aigolante le dijo se volviese, que muy prestamente sería con él. Y despedido del rey Aigolante, se fué para la ciudad, y miró muy bien la puerta, y dónde estaba menos fuerte la cerca, y asimismo su gente, de que no hizo mucha cuenta, aunque era mucha; y después que lo hubo bien mirado todo, se volvió para su gente, que estaba en el monte, y el rey Aigólante se partió de la ciudad con diez mil hombres para ir á hablar á Carlo Magno, y sàbiendo el emperador que venía con tanta gente, se fué adelante con los suyos, para donde había dejado los otros.

CAPÍLULO LXI.

Cómo Carlo Magno tomó la ciudad donde estaba el rey Aigolante.

Después que Carlo Magno hubo mirado las fuerzas de la ciudad, y el real de sus enemigos, no dudando en la victoria, hizo apercibir su gente, y mandó que fuesen proveídos de armas los que las hubiesen menester : y puesta la gente en ordenanza, y ordenadas sus huestes, se puso en camino

para la ciudad donde estaba Aigolante, y en el monte donde se habían de hablar los dos halló muy grande multitud de paganos puestos en dos batallas, y hubo allí una muy cruda guerra, en que fueron los paganos destrozados, y muertos gran parte de ellos, y los otros huyeron, pensando meterse en la ciudad; mas de miedo de los cristianos no les osaron abrir las puertas los que dentro estaban, y estaba dentro el rey Aigolante con algunos principes y caballeros. Carlo Magno mandó se quedare alguna gente para guardar las puertas, porque no saliese el rey Aigolante, y los otros siguieron el alcance hasta la noche, matándolos sin resistencia alguna. Vuelto Carlo Magno, puso su real en la ciudad, y la tuvieron cercada tres meses, y viendo Aigolante que no podía tener mucho tiempo la ciudad por mengua de vituallas; mandó cavar debajo tierra, y en poco tiempo cavaron tanto, que hicieron camino por donde salieron todos, y se metieron en otra ciudad : viendo los cristianos que no había gente por la cerca de la ciudad, ni sentían bullicio alguno, derribaron una puerta, y entraron dentro y fueron muy maravillados cuando vieron la ciudad sola, y hallaron la cueva por donde se habían ido, y fueron prestamente tras ellos, y se pusieron sobre la ciudad donde estaba el real, y estuvieron sobre ella sesenta días, y el rey Aigolante envió á decir á Carlo Magno, que si quería que ellos dos cuerpo á cuerpo hiciesen batalla; con esta condición, que si Carlo Magno fuese vencido, que se volviese para Francia,

sin le hacer más guerra; y que si él fuese vencido, que pasaría la mar con la poca gente que tenía, sin jamás volver á aquellas partes. Y Carlo Magno fué contento de ello, mas sus caballeros no lo quisieron consentir, y Aigolante dijo que fuese la batalla entre doscientos caballeros cristianos y docientos paganos: y escogido el campo y el día de la batalla, comenzándola los caballeros, el rey Aigolante se fué calladamente, y no paró hasta las fronteras de Aragón; y de doscientos caballeros suyos no escapó ninguno que no fuese muerto ó preso.

CAPÍTULO LXII.

Cómo Carlo Magno se fué para Francia, y cómo volvió otra vez á dar batalla al rey Aigolante, y de la compañía que trajo de Francia,

Viendo Carlo Magno que en toda Gascuña no quedaba pagano ninguno, ni había quien hiciese guerra en aquellas partes, se volvió para la Francia, y dende á pocos días despidió toda la gente de guerra, y no pasó mucho tiempo cuando Aigolante allegó gran número de paganos, y le envió á desafiar, y hubo Carlo Magno grande enojo de ello, y mandó llamar á todos sus varones, y les rogó que con todo el poder que cada uno pudiese le fuesen á ayudar contra Aigolante y su gente; los cuales vinieron prestamente á su mandado. Primeramente

vino el arzobispo Turpín con dos mil hombres de pelea. D. Roldán de Ceconia, sobrino de Carlo Magno, hijo de su hermana doña Berta y el duque Milón, con cuatro mil hombres, Oliveros, conde de Genés, hijo del duque Regner, con tres mil hombres. Arastragus, rey de Bretaña, con cinco mil hombres de pelea, aunque en Bretaña había otro rey. Engelius, duque de Aquitania, con seis mil hombres. Gesarius, rey de Bordolís, con cuatro mil. Guadebois, rey de Frisa, con siete mil hombres. Boldomo, hermano de Roldán, con dos mil hombres. Naymes, duque de Baviera, con diez mil hombres. Sansón, duque de Borgoña, con diez mil hombres. Guarin, duque de Lorena, con seis mil hombres; y otros muchos que de aquí no son nombrados; y sin éstos llegó al emperador Carlo Magno en su tierra treinta mil hombres de pelea.

CAPÍTULO LXIII.

De las treguas de Carlo Magno y del rey Aigolante, y de la muerte de sus caballeros, y porqué el rey Aigolante no quiso recibir el santo bautismo.

Llegado Carlo Magno con su gente á las fronteras de Aragón, Aigolante le envió á decir que enviase veinte caballeros cristianos contra veinte paganos; el emperador los envió à lugar diputado el día señalado, y los paganos fueron muertos sin que ninguno escapase. Después fueron enviados cua-

renta para cuarenta, y fueron asimismo muertos los paganos, y el rey Aigolante envió á decir al emperador Carlo Magno que quisiese enviar hasta mil caballeros cristianos contra otros mil de los suyos, y fuese con esta condición, que si los suyos eran vencidos prometía de volverse cristiano y dejar todos sus ídolos. Fué de esto muy contento Carlo Magno, y llegados los caballeros al campo por él señalado, empezaron muy cruda batalla, y los paganos no murieron todos, mas echaron á huir, y de los cristianos no hubo sino tres muertos y seis heridos. Cuando Aigolante vido esto, dijo que verdaderamente la ley de los cristianos era mejor que la de los turcos, y propuso de recibir el santo bautismo, y pidió treguas á Carlo Magno para entrar solo seguramente en su real, y el emperador se lo otorgó, y así el día siguiente antes del mediodía entró Aigolante al ejército de Carlo Magno, y sabiendo que estaba sentado á la mesa, quiso verle comer, por saber la manera de su servicio, y venía principalmente para recibir el bautismo. Mirando á Carlo Magno que estaba comiendo, vido que le servían honradamente, con grande abundancia de viandas, y vido sus varones sentados á la mesa con él ricamente ataviados, y asimismo bien servidos; y vido á otra parte, desviados de su mesa, trece pobres sentados en el suelo, y los daba de comer de lo que alzaban de su mesa : y esto mandaba hacer todos los días el emperador Carlo Magno en servicio de nuestro Señor Jesucristo y de sus doce Apóstoles. Viendo esto Aigolante le preguntó á

Carlo Magno, después que hubo comido, ¿qué gente era aquella que estaba en su sala comiendo en el suelo, tan miserablemente vestida? El emperador le respondió : Estos son pobres de Jesucristo, y les mando dar de comer por servicio de Dios, y remembranza de nuestro Redentor y sus apóstoles. Y Aigolante le preguntó : ¿Cómo, Carlo Magno, á gente de tu Dios tratas de esta manera, que los dejas morir de frío por mengua de ropas, y les das de comer en el suelo como á los perros, y les das lo que tú y tu gente dejáis sobrado, y á tu gente tienes á tu mesa muy ataviada y mejor servida? Grande injuria haces á tu Dios cuando tratas mal á su gente. Dices de tu lengua, Carlo Magno, que tu ley es muy buena y perfecta ; en tus hechos la muestras mala y de ningún valor. Fué tan escandalizado, que dejó su buen propósito ; y vuelto á su real, envió nuevamente á desafiar al emperador Carlo Magno.

CAPÍTULO LXIV

De la muerte del rey Aigolante y de su gente, cómo murieron muchos cristianos por codicia de llevar las riquezas de los moros, y de un grande milagro que mostró Dios muestro Señor á los cristianos.

El emperador Carlo Magno cuando vido á Aigolante en su real, pensando que recibiría el bautis-

mo, fué muy alegre, y sabiendo que se había ido tan escandalizado, le pesó mucho, y mandó buscar todos los pobres que estaban en el real, y los mandó vestir á todos, y también ordenó y mandó que los trece dende adelante fuesen servidos como su misma persona; y así se hizo en su palacio mientras vivió Carlo Magno. El día siguiente Aigolante mandó apercibir su gente; y puestos asimismo los cristianos en ordenanza, hubo tan cruel batalla, que los cuerpos muertos y los arroyos de sangre que corrían por el campo cerraban los pasos á los vivos; y viendo Aigolante la muerte de su gente, y deseoso ya de morir, se metió tanto en los cristianos, que quedó muerto en el campo, y los suyos echaron á huir, y escaparon tres reyes con alguna otra gente; y cuando los cristianos se vieron señores del campo, entraron en la ciudad, mataron cuantos en ella hallaron, y se estuvieron allí todo aquel día y aquella noche, y al otro día mandólos Carlo Magno poner en ordenanza, y salió de la ciudad, quedándose los peones atrás, y llevaron gran cantidad de riquezas que hallaron en la ciudad; y los reyes que habían escapado de la batalla supieron que los hombres de á caballo iban adelante, y que los de á pie quedaban atras cargados de los tesoros de la ciudad, y fueron para ellos en buena ordenanza, y sin mucha resistencia mataron cuatro mil de ellos. Y como las nuevas de Aigolante y de sus caballeros viniesen á Furre, príncipe de Navarra, gran señor, y muy valiente por su persona, envió á decir á Carlo Magno, que le esperase en

el campo; y Carlo Magno tenía tanta fe en el favor de Dios, y tanto deseo de pelear por su santísima ley, que hubo gran placer de ello, y asignado el campo y el día de la batalla, el noble emperador se puso en oración, y rogó á Dios que le quisiese dar á conocer los caballeros que en aquella batalla habían de morir. El día siguiente que era el de la batalla, estando toda la gente armada, vido Carlo Magno que todos los que habían de morir en ella tenían una cruz colorada en el hombre izquierdo, y dió infinitas gracias á nuestro Señor por ello, y habiendo piedad de ellos, los llamó á todos, los encerró en cierto lugar, y les mandó que en ninguna manera saliesen á la batalla, y con la otra gente dió guerra á Furre; y en poco tiempo le desbarató y mató la mayor parte de su gente; y cuando se vido señor del campo, y libre de sus enemigos, se volvió adonde había encerrado los otros, y los halló muertos á todos, y conoció que la voluntad de Dios era dar aquel día su santa gloria y la corona del martirio á aquellos que tenían aquellas señales, y había hecho simplemente en quererlos prolongar la vida.

CAPÍTULO LXV.

Que habla de Ferragús, maravilloso gigante, que llevaba los caballeros debajo del brazo, y cómo D. Roldán hubo batalla con él.

Después que el rey Aigolante y el príncipe Furre fuesen muertos, y otros muchos reyes y grandes señores de Turquía, fueron las nuevas al almirante de Babilonia, el cual tenía en su tierra un gigante, que se llamaba Ferragús : mandó apercibir treinta mil hombres de pelea, y en compañía del gigante los envió á hacer guerra á Carlo Magno, y aportaron á una ciudad que se llamaba Vagiere, y tomaron algunos lugares de cristianos, y después envió Ferragús á decir al emperador si quería hacer batalla uno á uno; y el emperador, que jamás huyó de ninguna peligrosa batalla por la santa fe de Jesucristo, aceptó el desafío, y señaló el campo de la batalla. Entonces sus varones le rogaron que en ninguna manera tal hiciese, ofreciéndose todos á salir á pelear con el gigante por él, diciendo que en su vida se encerraba la honra de todo su ejército : á ruego de ellos dejó de salir á la batalla, y mandó al noble Oger el Danois se proveyese de muy buenas armas y buen caballo, y otro día por la mañana saliese á la batalla con el gigante Ferragús, y él fué muy contento de ello. Venida la mañana, Oger el Danois, armado de todas armas, caballero en un hermoso caballo, salió al campo donde estaba señalada la batalla, y

luego salió Ferragús, y miró á todas partes si venía más de un caballero, y como vido que estaba Oger el Danois solo, se llegó á él sin hacer semblante de batalla, y le tomó debajo del brazo, y sin le hacer mal ninguno, le entró en la ciudad, y le mandó meter en una fuerte torre. Este gigante era tan alto como dos muy grandes hombres, y la cara tenía dos palmos de largo y otro tanto de ancho, sus brazos y piernas parecían grandes vigas de lagar, y tenía la fuerza de cuarenta hombres, y traía dos arneses, vestido uno sobre otro : su yelmo tenía tres dedos de grueso; los dedos de las manos tenían un palmo de largo; y dejando á Oger el Danois en la torre, se volvió otra vez al campo, y sabiéndolo el noble emperador Carlo Magno, envió otro que se llamaba Renaldo de Abempín, y Ferragús le tomó ligeramente, y le llevó á la torre, y volvió luego al campo : el emperador le envió á Constantino de Roma y le llevó con los otros; y Carlo Magno le envió dos juntos; y Ferragús tomó el uno debajo de un brazo, y el otro debajo del otro, y también los llevó ligeramente á la torre con los otros. Viendo esto Carlo Magno, fué muy espantado, y no osaba enviar otro, ni sabía qué se hacer; porque enviarle muchos siendo él solo, le parecía feo, y uno ni dos no aprovechaba nada; estaba muy pensativo por esto. Roldán viendo la fuerza del pagano estaba asimismo mal contento, que los que allí había llevado eran todos buenos caballeros; y sin temor alguno de las grandes fuerzas del gigante, fué á pedir licencia á Carlo

Magno para salir á la batalla, mas no se la quiso dar. Y habiendo estado Ferragús gran rato en el campo solo, envió al emperador que le enviase con quien pelear, que grande mengua era suya no tener en su corte quien saliese á la batalla con un solo caballero. Esto y otras amenazas feas le envió á decir muchas veces. Oyendo esto Roldán, le tornó á suplicar que le diese licencia para salir á la batalla con él gigante, que más honra le sería morir en ella, que sufrir sus amenazas; y viendo Carlo Magno la importunación de Roldán y las amenazas de Ferragús, hubo de le dar licencia, y le dijo que llevase á otro caballero en su compañía; y Roldán le dijo: Si á la batalla de un solo caballero fuésemos dos, la honra sería del que solo estaba, aunque muriese en el campo, y tus caballeros no por hacienda ni por riquezas se han puesto á las grandes afrentas, sino por la honra y servicio de Dios y de tu imperial corona, por tanto no me mandéis ir acompañado para un solo caballero. Y despedido de Carlo Magno fué prestamente armado de todas armas, y cabalgó en un muy escogido caballo, y con una muy gruesa lanza salió al campo de la batalla, donde estaba Ferragús esperando, y estaba sin lanza, y tenía en el brazo izquierdo un escudo de acero muy grande, y en la mano derecha una espada, la cual convenía para las fuerzas y el grandor de su cuerpo, y Roldán le dijo que tomase la lanza, y el gigante no le respondía nada, y se fué para él, y Roldán no quiso tener ventaja alguna en las armas, y dejando la lanza, echó mano á

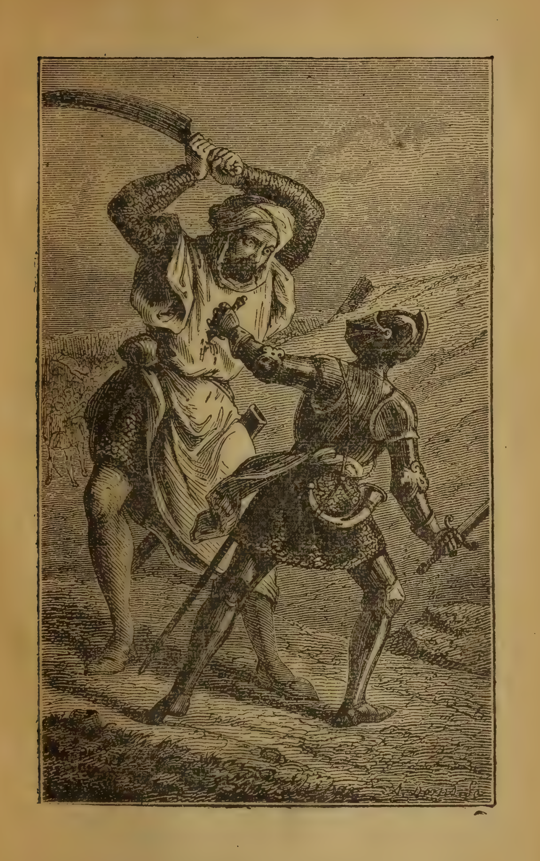
Durandal, y le esperó con grandisimo esfuerzo; y llegando el gigante para le llevar como á los otros, le dió Roldán un gran golpe en el yelmo, mas no por eso dejó de juntarse con él, y le tomó con el brazo derecho, y le sacó de la silla, y volvió la rienda para llevarle á la torre donde tenía los otros. Viéndose Roldán llevar de tal manera, estribó con el pie en las ancas del caballo, y con entrambas manos asió del capuz del gigante, y le trastornó del caballo, y cayeron los dos en el suelo; y Ferragús dijo á Roldán si quería que cabalgasen en sus caballos, y él dijo que sí, y cabalgaron ambos y volvieron á la batalla, y D. Roldán dió á su enemigo tres golpes arreo en el yelmo, y al tercero resbaló la espada; y le mató el caballo: viéndose Ferragús á pie, con grande enojo se cubrió del escudo, y alzó la espada cuanto pudo, y temiendo Roldán la fuerza del gigante, desviándose de él, tiró un revés con toda fuerza, y le dió en la mano derecha, y le hizo caer la espada en el suelo, y él dió con el puño en la cabeza del caballo de Roldán, que dió con él en el suelo; y á pie entrambos prosiguieron su batalla, guardándose Roldán con ligereza de los golpes del gigante y durô la batalla hasta que la noche los desparció, sin que en ellos se conociese ventaja alguna, 'y concertaron que á la mañana á pie y sin lanza diesen fin á la batalla, y furon á deescansar.

CAPÍTULO LXVI.

De cómo Roldán y Ferragús hicieron su batalla á pie, y cómo disputaron de la fe, y de qué manera fué muerto Ferragús.

Venida la mañana salieron Roldán y Ferragús al campo de la batalla, y pelearon hasta mediodía sin que ninguno de ellos fuese herido, que Roldán se guardaba de los golpes del gigante, y él estaba guardándose de los golpes de Durandal por la fuerza de sus armas, que eran todas dobles. Siendo muy cansados entrambos, Ferragús pidió treguas á Roldán para dormir un poco : y Roldán fué contento de ello, y Ferragús se tendió en el suelo, y cuando Roldán le vido echado, tomó un gran canto y se lo puso debajo de la cabeza porque durmiese más á su gusto, y después se sentó cabe él mirándole las manos, y maravillóse de ellas y el grandor de su cuerpo, y luego que fué despertado Ferragús, se levantó y se sentó, y Roldán se sentó cabe él, y le dijo : Mucho estoy maravillado, Ferragús, de tus grandes fuerzas, y cómo puedes comportar el peso de tus armas : y Ferragús le dijo : Sepas que tengo la fuerza de cuarenta hombres, y allende de eso, no puedo morir de herida, síno por el ombligo; y Roldán mostró que no le había entendido, y Ferragús le preguntó ¿cómo se llamaba, ó de qué linaje era? Y Roldán le dijo : Yo me llamo Roldán, y soy sobrino de Carlo Magno. Y le preguntó Ferragús

¿qué fe tenía, y qué ley guardaba? Y Roldán le respondió: Yo soy cristiano, y la ley de Cristo tengo, y en defensa de ella deseo morir. Y Ferragús le dijo: ¿Esa ley cristiana quién la dió? Roldán le respondió: Después que el Todopoderoso Dios, que hizo el Cielo y la Tierra, hizo á nuestro padre Adán, el cual desobediente á sus mandamientos, fué todo el mundo privado de la gloria del paraíso; y doliéndose el Hijo de Dios de la perdición de las almas, descendió del Cielo, y tomó nuestra humanidad, y sufrió muerte y Pasión por librarnos de las penas del infierno; y conversando acá entre nos el Hijo de Dios, nos dió doctrina y enseñamiento mediante los cuales pudiésemos alcanzar la gloria del paraiso. Después que Ferragús le hubo preguntado otras muchas cosas tocantes á la ley cristiana, le dijo: Tú eres cristiano, y tienes (según parece) la ley de Dios muy arraigada en tus entrañas, y por ella viniste á la batalla, y yo vine de Turquía por vengar la sangre de los nobles reyes y esforzados caballeros que Carlo Magno ha hecho morir en esta tierra: por tanto quiero que en nuestra batalla haya esta condición; que la ley del vencedor sea habida por buena y aprobada, y la del vencido por falsa; y aunque Roldán conocía que erraba en hacer aquel concierto, confiado en Dios dijo que le placía. Levantáronse entrambos, y empezaron su batalla: y viendo Ferragús que jamás podía alcanzar á D. Roldán por la ligereza que tenía, sintiéndose ya cansado, pensó de usar de maña, y viendo que



Roldán le quería dar un golpe encima del yelmo, él le esperó osadamente, y cuando le vido alzar la espada, y abrazándose con él, le derribó en el suelo, y le quería degollar con los dientes, mas Roldán sacó un puñal que traía, y se lo metió por debajo del arnés y la falda, y le hirió en el ombligo. Cuando Ferragús se sintió herido, dió un grandísimo grito, y conocieron los suyos que estaba en grande necesidad de socorro, y salieron prestamente en su favor, y viéndolos venir Roldán, tañó su cuerno, y vinieron asimismo los cristianos, llegando al campo emperazon cruda batalla, y fué Roldán servido de caballo y de lanza. Viendo que unos caballeros llevaban al gigante á la ciudad, fué tras ellos, y en poco tiempo derribó la mayor parte, y los otros dejaron á Ferragús, y huyendo se metieron en la ciudad, y Roldán preguntó al gigante si quería ser cristiano, y él dijo que no, y mandó á los peones que le cortasen la cabeza. Duró la batalla seis horas, y murió mucha gente de una parte y otra, y no pudiendo los paganos sufrir los duros golpes de los cristianos, quisieron acogerse en la ciudad, mas no pudieron guardar que no entrasen los cristianos con ellos, y fueron señores de la ciudad, y sacaron à los caballeros que en la torre estaban.

CAPÍTULO LXVII.

De cómo Carlo Magno hubo batalla con los reyes de Sevilla y Córdoba.

Cuando el rey de Córdoba y el de Sevilla supieron la muerte de Ferragús y de los otros caballeros, hubieron gran pesar de ello, y enviaron sus embajadores al emperador Carlo Magno diciéndole cómo los reyes de Córdoba y Sevilla tenían gran deseo de hacer batalla con él, y que si quería ir á un campo llano muy grande con su gente de guerra, que los toparía en él con sesenta mil hombres de pelea; y el emperador le dijo: Decid á los reyes, que aunque no tengo tanta compañía como ellos no dejaré por eso de ir al campo para el día que fuere señalado; elegido el campo y el día, mandó el emperador apercibir toda su gente, y lo mismo hicieron los reyes moros, y mandaron hacer diez mil carántulas muy feas, de ellas negras, y de ellas coloradas, con grandes orejeras y mayores orejas; y mandaron que se las pusiesen los poenes, y que cada uno tuviese un cencerro en la mano, y cuando entrase Carlo Magno en el campo con su gente, y ordenase sus escuadrones para acometerlos, se pusiesen delante los peones con las carántulas, y tañendo los cencerros, espantaron los caballos en tanto grado, que á pesar de su señores echaron á huir, y desbarataron todos los escuadrones; y entonces acometieron los paganos con buena ordenanza, y mataron muchos cristianos.

Viendo esto el emperador Carlo Magno, mandó recoger toda su gente, y ordenó á los de á caballo, que cada uno pusiese un paño delante los ojos de su caballo, y que les cerrasen los oídos con algodón, y que en la mañana con buena ordenanza acometiesen á sus enemigos, y así fué hecho; y duró el combate hasta mediodía, y los desbarataron á todos, salvo diez mil hombres que tenía en guarda de dos carros, con grandes reparos alrededor; y en uno de estos carros estaba un estandarte, y estaban juramentados estos diez mil jinetes, que por peligro ni afrenta en que se viesen no volverían la cara á sus enemigos mientras el estandarte estuviese alzado : sabiendo esto Carlo Magno, se metió con gran furor y denuedo en los paganos, é hizo tanto, que quitó la bandera, y la arrojó al suelo, y entonces echaron á huir los diez mil hombres, y los cristianos los siguieron hasta que se metieron en una buena ciudad, que era del rey de Córdoba; y un noble anciano que tenía en guarda la ciudad se tornó cristiano, y le bautizó el arzobispo Turpín, y á otros muchos con él, y á los demás mataron.

CAPÍTULO LXVIII.

Cómo el arzobispo Turpín consagró la iglesia del señor Santiago.

Después de las guerras y batallas susodichas, viendo Carlo Magno que toda la tierra estaba sosegada y pacífica, ordenó de irse para Alemania, y antes que se fuese quiso pasar á Santiago de Galicia, y se puso en camino con poca gente; fué muy bien recibido de todos, y anduvo toda la provincia, visitando las iglesias y monasterios que entonces había, y las mandaba reparar y proveer de las cosas necesarias, como eran campanas, casullas y capas, y otros vestimentos, cálices y patenas, y mandó hacer algunas imágenes muy devotas en honra y memoria de los santos y santas; é hizo constituciones y ordenanzas, y sojuzgó y atribuyó todas las iglesias de aquella provincia á la iglesia de Santiago, y ordenó que todas las casas de Galicia tributasen cada año á la iglesia de Santiago cuatro dineros de la moneda que entonces corría, y con este tributo eran libres de todo pecho; y fué ordenado que todos los obispos de aquella provincia fuesen sujetos al obispo de Santiago. El arzobispo Turpín, acompañado de nueve obispos, hombres de muy santa vida, á petición del emperador Carlo Magno, consagró y bendijo la dicha iglesia en el mes de junio, y fué llamada iglesia de Santiago Apostólica, por cuanto es la segunda iglesia de la cristiandad donde acu-

den todos los cristianos para hallar indulgencias y remisión de sus pecados. La primera es San Pedro de Roma, por cuanto San Pedro apóstol fué muy amigo de Dios nuestro Señor, muy honrado entre sus apóstoles, y predicó su santísima fe en Roma, y en ella fué martirizado; y después el señor Santiago apóstol tomó muy grandísimo trabajo por ensalzar el nombre de Dios en la provincia de Galicia: por tanto, dignamente hay memoria de sus milagros y martirio en el mundo.

CAPÍTULO LXIX

Cómo Ganalón fué enviado con embajada á los reyes moros, y cómo propuso vender sus compañeros, y una reprensión del autor.

En este tiempo estaban en la ciudad de Zaragoza dos reyes hermanos; el uno se llamaba Marsiríus, y el otro Belegandus, los cuales había enviado el almirante de Babilonia á España; y estos reyes en señal de amor habían enviado grandes dones y tributos al emperador Carlo Magno en otro tiempo; y deseando Carlo Magno de tornarlos cristianos, propuso de les enviar un mensajero que los amonestase, y fué escogido entre todos sus caballeros Ganalón, por ser muy elocuente, y le mandó que les dijese que se tornasen cristianos, ó que le enviasen tributos y parias en señal de vasallaje. Y Ganalón, armado de muy lucidas armas, se

partió para Zaragoza, y fué bien recibido de los reyes moros; y después que hubo hecho su embajada, le preguntaron por Carlo Magno y sus caballeros, y de sus condiciones y modo de vivir, y conocieron en sus respuestas que no lo quería bien, y asimismo conocieron en su fisonomía que por dineros haría cualquiera vileza, y por eso le osaron hablar de traición, la cual muy ligeramente consintió, y le dieron veinte caballos cargados de oro y plata, y de otras joyas de gran valor, y les prometió de entregarles los caballeros y varones de Carlo Magno, y á él mismo si pudiese; y les dijo que enviasen su gente al puerto de Roncesvalles, que tendría modo de entregar los doces Pares, y fué ordenado entre todos que Ganalón llevase al emperador treinta caballos cargados de oro y plata, seda y brocado, y cuatrocientas bestias, todas cargadas de vinos muy escogidos, y dos mil moras hermosas, esto en muestras de amor y obediencia. Esta traición hizo Ganalón no más que por codicia. ¡Oh mal hombre, y en fuerte punto engendrado! ¿Naciste de noble sangre, y fuiste provocado de avaricia, y de hacer tan gran traición? ¿Eras rico de grandes rentas, y por dinero te moviste á vender á tu señor? No podías decir que de necesidad eras muy constreñido; y aunque la tuvieras, no eras excusado. Entre tantos caballeros de honra fuiste escogido para ir con aquella embajada, fiándose el emperador de ti tanto como de cualquiera de ellos, ¿y por dinero vendiste á él y á todos sus varones? Si de él tenías enojo, ¿por qué vendías tus

nobles compañeros? Y si de ellos tenías algún temor, ¿por qué vendías á tu natural señor, de quien tantas mercedes habías recibido? De toda la cristiandad eran queridos, y de ti fueron vendidos. Miraras que hacías maldad á Dios de vender sus caballeros, y después á tu natural señor, y finalmente á todos los cristianos, que tenían en ellos fuertes fortalezas y cumplido socorro contra los infieles, á los cuales vendiste por dinero, siendo tus amigos y continuos compañeros. ¡Oh perversa avaricia, enemiga de caridad, é inconstante de toda buena virtud, de cuántos males eres causadora! Por avaricia vendió Judas á Cristo, y por ella fué la ciudad de Troya puesta en sujeción, y por avaricia vendió Ganalón los caballeros en quienes jamás faltó virtud y nobleza. Llevó Ganalón los presentes susodichos á su señor Carlo Magno, el cual dió crédito á sus engañosas razones, y sin sospechar mal alguno los recibió, y repartió entre su gente, y después por consejo de Ganalón se partió con todo su ejército para Roncesvalles, que le dió á entender que los reyes se querían tornar cristianos, y dió la primera guarda á Roldán y Oliveros, y á los otros sus principales varones, con solos cinco mil hombres de pelea; y él se quedó atrás. Marchó, y los dos reyes moros estaban en Roncesvalles, como les dijo Ganalón, con sesenta mil hombres de pelea puestos en trozos; en el primero había veinte mil hombres, y en el segundo cuarenta mil, y estaba apartado el uno del otro. Llegados los cristianos á la primera

batalla de los moros, los dejaron pasar hasta que los cogieron en medio, y empezaron una cruda batalla, y fueron los cristianos apremiados á retirarse, que estaban muy fatigados.

CAPÍTULO LXX.

De la muerte de los caballeros franceses y del rey Marsirius, y cómo Roldán fué herido de cuatro lanzadas.

Estando los cristianos desviados de sus enemigos vieron venir otra batalla de moros, y entonces tañó D. Roldán su cuerno; mas no plugo á Dios que lo oyese Carlo Magno, que los quiso dar su Divina Majestad en aquel día las coronas del martirio que de largos tiempos les tenía aparejadas en satisfacción de sus servicios, porque fuesen capaces de la bienaventuranza del paraíso. Puso D. Roldán su gente en buena ordenanza para esperar sus enemigos, y les dijo que sin recelo de morir entrasen en la batalla, pues en ello hacían servicio á Dios nuestro Señor, y para eso eran partidos de sus tierras; y que mayor era la gloria que esperaban que la pena que recibirían. Y yendo los paganos para ellos, tañó Roldán otra vez su cuerno, y encomendándose á Dios, entró en la batalla con tanto esfuerzo, que en poco rato hizo grande matanza en ellos: y él fué herido de cuatro heridas mortales, y entonces llegaron cien caballe-

ros cristianos que seguian á los otros, mas no porque supiesen alguna cosa de la batalla; y cuando D. Roldán los vido, pensó que el emperador era llegado con toda su gente, y con este pensamiento se metió en su batalla sin ordenanza alguna, y siguiéronle los cien caballeros, y fueron muertos, salvo dos, que el uno se llamaba Balduino, y el otro Tietri. Viendo D. Roldán muertos todos sus compañeros, y él malamente herido, y que Carlo Magno no venía, conoció que habian sido vendidos : perdida la esperanza de salir vivo de aquella batalla, y muy deseoso de vengarse de sus enemigos, tomó un turco por los pechos, y púsole la espada en la garganta, diciendo que moriría si no le mostraba al rey Marsirius, y el turco le prometió de se le mostrar, y le dijo : ¿ Vedes aquel caballero que trae la divisa verde sobre las armas, y el caballo bayo? aquel es el rey Marsirius, y el que dió grandes riquezas á Ganalón vuestro mensajero porque os trajese á lo que vos vedes. Entonces Roldán besó la cruz de su espada, y cubriéndose de su escudo empezó á derribar caballeros y peones, hasta que llégo al rey Marsirius, y le dió tal golpe en el hombro derecho, que le hendió hasta la cinta, y Balduino y Tietri, que estaban con Roldán, por huir de la muerte se metieron por el monte, y todos los otros quadaron muertos en el camino, y los moros cobraron tanto temor de Roldán por el gran golpe que dió al rey Marsirius, que no se le osaban parar delante, y tuvo lugar de salir de la batalla, y se tendió en el

suelo al pie de una peña, herido de cuatro heridas mortales; y de esto no supo nada Carlo Magno hasta el fin, porque Ganalón, por dar lugar á los paganos, le tenía entretenido en juego de tablas y otras cosas de placer á él y al arzobispo Turpín. El rey Belegandús cuando vido los cristianos muertos, temiendo que vendría Carlo Magno con la otra gente, tmoó otro camino, y se volvió á Zaragoza.

CAPÍTULO LXXI

De la muerte de D. Roldán.

Estando Roldán al pie de la peña herido de cuatro llagas mortales, sin otros muchos golpes que en el cuerpo y en la cabeza había recibido, no tenía menos pesar de la muerte de los otros cristianos, que de la suya misma : consolábase por morir en defensa de la fe de Jesucristo, y recibía pena de verse en su postrimera hora solo en el monte, y desamparado de todo el mundo : daba gracias á Dios porque el día antes había confesado, y recibido el poderoso cuerpo de Jesucristo, que lo tenían por uso los caballeros de Carlo Magno cuando habían de entrar en batalla, ó si recelaban de algún peligro. Alababa asimismo á su criado porque le daba lugar de le pedir de corazón y de boca perdón de sus pecados, lo que no tuviera si muriera peleando; y esperando la muerte con

mucha paciencia, empezó á decir : Señor Dios mío, criador y redentor, hijo de la gloriosa madre de consolación, tú sabes lo que yo he hecho y he pasado ; por los méritos de tu sagrada Pasión te ruego que mis yerros me sean perdonados; y no repares, Señor, en mis pecados, sino en el arrepentimiento que de ellos tengo, y te suplico que me des paciencia en mi muerte, y la recibas en descuento de mis pecados. Tú eres piadoso y misericordioso, por tanto, te ruego que me mires con ojos de piedad, como miraste al buen ladrón, y me perdones, como perdonaste á María Magdalena. Después se puso á mirar su espada, y dijo : ¡Oh espada de gran valor! la mejor que nunca fué forjada : gran esfuerzo me dabas siempre que te miraba : muchos arneses he despedazado, y muchos yelmos he cortado : contigo he muerto gran número de paganos, jamás me faltaste, ni en ti nunca mella hallé, ningún arnés aprovechaba contra tu fuerza. ¡Oh cuánto temor tenían de ti los paganos! Mucho temblaban solamente en verte en mis manos Con razón me pesa de dejarte, pues que contigo he derramado mucha sangre de infieles, ensalzando el nombre de mi Criador, al cual suplico que dé su gracia de hallar muy buen caballero cristiano, que conozca tu bondad y valor. Gran dolor siento en dejarte, y mucho mayor si pensase que quedabas en poder de paganos; mas por sacar mi alma de cuidado, quiero hacer que no te goce moro, ni judío, ni cristiano; y entonces se levantó con gran trabajo, y la tomó con entrambas manos, y dió

con ella en la peña tantos golpes, que la hendió hasta el suelo, sin que en la espada hiciese mella ni señal alguna; y viendo que no podía quebrarla, tomó su cuerno para hacer señal á algún cristiano, si en el monte se hubiese escondido, y tañó dos veces, y la segunda se abrió todo de cabo á cabo, y se le abrieron las llagas y las venas de su cuerpo: llegó aquella vez á oídos del emperador, que estaba dos leguas de allí jugando con Ganalón, y conoció que era Roldán que tañía, y Ganalón le dijo: Señor, Roldán ha salido á caza, y habrá muerto oso ó puerco, y de placer tañe su cuerno, que así lo suele hacer; y Carlo Magno lo creyó que sería así, y se estuvo jugando. Estando Roldán ya al fin de sus días, llegó á él su hermano Belduino, y con muchas lágrimas, sin le poder hablar, le habló y besó muchas veees, y Roldán le dijo: Hermano, primero me matará la sed que las heridas, y Balduino anduvo gran parte del monte en busca de agua, y nunca la pudo hallar, y vuelto, halló á D. Roldán más muerto que vivo, cabalgó en un caballo que halló suelto por el monte, y fuese para donde estaba Carlo Magno, y luego llegó Tietri, duque de Cardania, y hubo gran lástima de D. Roldán, y queriéndole hablar, nunca pudo echar palabra de la boca que se pudiese entender. Cuando Roldán le vido cabe sí, recibió algún consuelo, y dijo: ¿Á quién miráis, Tietri? No es éste Roldán vuestro compañero. No es éste el capitán de los cristianos. No es éste el que vencía los feroces gigantes. No es éste el que en las crudas batallas

acaudillaba los cristianos. No es éste el enemigo de los infieles. No es éste el que por ensalzar la fe de su Criador no tenía en nada los peligros de este mundo. No es éste el que á Carlo Magno y á sus amigos sacaba de los peligros y afrentas. Este es un hombre mal hablado y aborrecido de todo el mundo : fué tanta su desdicha, que no solamente le privó de la compañía de sus amigos, mas en su postrimera hora le desterró en estas ásperas peñas á fenecer sus días entre los animales brutos. No son éstos los brazos que quebrantaban las gruesas lanzas. No son éstas las manos que daban los grande golpes y despedazaban los finos arneses y yelmos. Y tomando su espada en la mano, dijo : Mas no niego que ésta será Durandal, la buena espada en la cual puso Dios grande virtud, y abrazado con ella, juntada la boca con la cruz, se amorteció. Y el duque Tietri, hechos sus ojos fuentes, le empezó á desarmar por aflojarle la boca del estómago; y le halló las armas llenas de sangre, y no le osó desarmar porque no se desangrase. Tornando en sí Roldán, juntó sus manos, y pidió á Dios perdón de lo que había hablado, y dijo á Tietri que le oyese de confesión, y confesó con él con grande contrición de corazón; y después de confesado, puso sus manos en cruz, y alzó los ojos al cielo diciendo : *et in carne mea videbo Deum Salvatorem meum.* Y puestas las manos en los ojos dijo : *et oculi mei conspecturi sunt.* Y abrazado con la cruz de su espada dijo : *in manus tuas, Domine, commendo spiritum meum.* Y dió el ánima á su

Criador á veintiséis días del mes de Junio, año del Señor de ochocientos y diez.

CAPÍTULO LXXII.

De una visión que hubo el arzobispo Turpin, y de la muerte de Roldán, y del sentimiento de Carlo Magno.

El arzobispo Turpin era hombre de santa vida, y había sabido grandes secretos de Dios por revelación; y diciendo misa, estando en el memento oyó grande melodía de ángeles, y rogó á Dios nuestro Señor que le hiciese sabedor ¿por qué tenían aquellos ángeles tanta alegría, y por qué habían bajado acá? Y oyó una voz que le dijo: Nosotros llevamos el ánima de D. Roldán, varón de Dios, al paraíso. Acabada la misa fué el arzobispo Turpin á contar lo que había oído al emperador Carlo Magno; y estando contando esto, entró Balduino mesando sus cabellos sin piedad alguna, diciendo á grandes voces que Roldán estaba herido de muerte, y los cristianos que con él habían ido eran todos muertos, y que habían sido vencidos. Cuando los del real oyeron esto, empezaron todos á llorar, y se pusieron en camino, y el primero fué el noble emperador Carlo Magno, á quien más tocaba que á ninguno de los otros, y llegó donde estaba Roldán, y como le vido muerto, cayó sobre él amortecido: y después que fué tornado en sí,

empezó á tirar de sus barbas y atormentar su cuerpo con mucha crueldad, y llorando armagamente, decía : ¡ Oh Roldán, consuelo de mi vejez, honra de los franceses, espada de justicia, lanza que no se doblaba, yelmo de su salud, semejante á Judas Macabeo en proezas, y Sansón en fuerzas, y Absalón en beldad! ¡ Oh mi caro y amado sobrino! Príncipe de batallas, destruidor de paganos, defensor de cristianos, pilar de clerecía, arrimo de viudas y huérfanos, amparo de la Iglesia, lengua verdadera, boca sin mentira, justo en todo juicio, y guía de los enemigos de nuestro Señor Dios, ensalzador de la fe de Jesucristo, amador de todos los buenos. ¡ Ay desdichado de mí! ¿ Por qué te traje á morir en extraña tierra? ¿ Por qué no morí yo contigo? ¡ Oh D. Roldán, mi especial caballero! ¿ por qué me dejaste solo? Ay triste, ¿ qué haré? Ay mezquino, ¿ adónde iré? Á Dios suplico te quiera recibir en su santa gloria: á los ángeles ruego que te reciban en su compañía; á los mártires llamo devotamente, que te querían ver llegar en su número. Los días que viviere en esta vida gastaré en continuo llorar y sentir tu ausencia; que tanto sintió David la ausencia de Natán y Absalón. ¡ Oh noble Roldán, mi verdadero amigo! tú estás en la gloria perdurable, y me dejas en continuo dolor. Tú estás en los cielos en gran consolación, y yo quedo en mortal lloro y tribulación. Todos los cristianos están tristes por tu muerte, y los ángeles están muy gozosos con tu ánima. Y estuvo diciendo éstas y otras razones

de gran dolor, é hizo asentar sus tiendas, y hacer grandes hogueras por velar el cuerpo de Roldán aquella noche, y en la mañana fué el cuerpo embalsamado, y guardado con mucha honra.

CAPÍTULO LXXIII

Cómo Oliveros fué hallado desollado, y de la muerte de los paganos y de Ganalón.

Venida la mañana fué Carlo Magno con su gente al campo de batalla, y hubieron gran lástima de la multitud de los cristianos que estaban en el campo muertos, aunque había muchos más turcos; y hallaron al noble caballero Oliveros aspado en dos palos, y puesto á manera de cruz, y de los dedos de las manos hasta los de los pies estaba desollado y tenía doce dardos metidos en el cuerpo, que le pasaban de una parte á otra. Entonces se le renovó el llorar y los mortales gritos por todo el real : y Carlo Magno hubo tanta lástima de Oliveros, que hizo juramento de nunca cesar, aunque supiese perder la vida, hasta tanto que hallase á los moros de Zaragoza; y supo en el camino como estaban en la orilla del Ebro en unos verdes prados descansando y curando los heridos. El emperador puso su gente en muy buena ordenanza, y los acometió con tal ímpetu y denuedo, que en poco rato murieron más de seis mil, y muchos que se ahogaron en el río Ebro por querer salvar las vidas. Viendo

Carlo Magno que tenía poca gente para seguirlos, se volvió para Roncesvalles, é hizo embalsamar el cuerpo de Oliveros y también el de su sobrino Roldán, y luego hizo pesquisa entre toda su gente por saber lo cierto de la traición, aunque había oído de muchos que Ganalón los había vendido, y especialmente se supo del duque Tietri, que lo oyera del moro que lo dijo á Roldán cuando le mostró el rey Marsirius; y acusó á Ganalón públicamente de traidor, y le desafió sobre ello. Sabida la verdad, mandó Carlo Magno que Ganalón fuese atado á cuatro feroces caballos, á cada brazo uno, á cada pie otro, y después de bien atado cabalgaron cuatro hombres en los cuatro caballos, é hiriéndolos de las espuelas, tiraron unos á una parte, y otros á otra, y cada uno salió con su cuarto.

CAPÍTULO LXXIV.

Cómo el emperador Carlo Magno se volvió á Francia, y de las grandes limosnas que hizo por las ánimas de los cristianos que murieron por la fe de Jesucristo.

Después que Carlo Magno hubo hecho justicia del traidor Ganalón, fueron al campo de la batalla los cristianos, y los unos buscaron á sus señores, y los otros á sus amigos, y algunos fueron enterrados en el mismo sitio, y otros fueron embalsamados, y otros salados para los enviar á sus tierras, haciendo cada uno lo mejor que podía.

Tenía el emperador Carlo Magno dos cementerios expresamente señalados para los que en su compañía andaban, y morían por la santa fe de Jesucristo; el uno estaba en la ciudad nombrada Arlés, y el otro en la ciudad de Burdeos, y fueron sagrados y benditos estos dos cementerios de estos santos y bienaventurados hombres, San Turpín de Arlés, San Máximo de Aquisgrán, San Pablo de Narbona, San Saturnino de Tolosa, San Faustino de Poitiers, San Marcio de Limoges, y San Eutropis de Nantes, y en estos cementerios fueron enterrados los más de los cristianos que murieron en Roncesvalles. El emperador hizo llevar el cuerpo del noble D. Roldán con mucha honra en unas andas cubiertas de terciopelo negro hasta Blaves, en la Iglesia de San Ramón, la cual él hizo edificar, y mandó poner encima de su sepultura su espada, y á sus pies su cuerpo de marfil, y después fué llevado su cuerpo á Roncesvalles, en una muy devota iglesia que allí se fundó á servicio de nuestro Señor Dios, y en memoria de aquella cruel batalla, y se hizo junto á ella un rico hospital, donde se hacen continuamente muy grandes limosnas por las ánimas de los cristianos que en ella murieron, como parece hoy en el día. En Burdeos fueron enterrados el buen Oliveros, Guardebois, rey de Friza, Oger el Danois, Cristián, rey de Bretaña, Guarín, duque de Lorena, Gaiferos, rey de Burdeos, Fugerius, rey de Aquitania, Lamberto, rey de Borges, Galetius y Reginaldo, con cinco mil hombres. Distribuyó el noble emperador grandes tesoros y riquezas por

las ánimas de sus caballeros, y mando que la Iglesia y cementerio fuese sujeta solamente á la metrópoli, y ordenó que para siempre el día de Pascua de flores fuesen vestidos doscientos pobres, y que se dijesen treinta misas, y que rezasen treinta salterios por las ánimas de los que allí murieron en defensa de la fe de Cristo. En Arlés fueron enterrados el conde de Langre, Sansón, duque de Borgoña, Naymes, duque de Fanaria, Alberto Borgoñón, con otros cinco caballeros, y con diez mil hombres de á pie. Constantino de Roma fué llevado por mar á Roma, con otros muchos romanos, y distribuyó asimismo Carlo Magno, gran tesoro, y dejó grande renta perpetua á la Iglesia y cementerio de Arlés por las ánimas de sus caballeros.

CAPÍTULO LXXV

Cómo el emperador Carlo Magno se partió de Francia para Alemania.

Habiendo Carlo Magno hecho y ordenado lo que arriba está descrito, se partió de Francia para Alemania, yendo también con él el arzobispo Turpín: cuando llegó á la ciudad de Viena, porque estaba ya viejo, con licencia del emperador se quedó en Viena, y Carlo Magno se fué adelante, y llegando á París, hizo llamar todos los nobles de su imperio y todos los arzobispos, obispos y prelados, é hizo

hacer procesiones en alabanza de su Criador, y del bienaventurado señor San Dionisio, é hizo constitución y ordenanza, que los reyes de Francia por venir fuesen obedientes al pastor ó prelado de la Iglesia de San Dionisio; y que no pudiesen ser coronados sin el dicho pastor ó su consejo; y que el obispo de París no fuese recibido en Roma sin su consentimiento.

También ordenó que todas las cosas de su reino fuesen tributarias á la dicha iglesia; constituyó para siempre que cualquier cristiano, esclavo ó cautivo, que pagase cuatro dineros á la iglesia de San Dionisio, que fuese libre y horro en todos sus reinos. Después de todo esto tuvo novenas en dicha iglesia, y puesto de rodillas, sin se levantar en un día y una noche delante del cuerpo del bienaventurado señor San Dionisio, rogó aficionadamente por todos los que murieron por la fe de Jesucristo; y fuéle revelado que todos los que murieron en la batalla de Roncesvalles estaban en la gloria del paraíso,

CAPÍTULO LXXVI.

Cómo Carlo Magno llegó á Aquisgrán en Alemania, y cómo murió.

Después que entró el emperador Carlo Magno en Alemania, fué muy bien recibido de todas las comunidades : llegando á la ciudad de Aquisgrán, hizo visitar todas las iglesias y monasterios de toda la ciudad, y las mandó reparar y proveer de todas las cosas necesarias, especialmente una iglesia de nuestra Señora que él hizo fundar, á la cual dió grandes tesoros, y dotó de muchas rentas : vivió setenta y dos años, y queriendo su Criador nuestro Dios y Señor dar descanso á sus viejos y fatigados miembros, le llamó á su santa gloria en el mes de Febrero, año de nuestro Redentor de ochocientos y once. De su salvación escribió el arzobispo Turpín, hombre de santa vida, estas mismas palabras : « Yo Turpin, arzobispo de Reims, estando en la ciudad de Viena en mi retraimiento rezando mis Horas, vi de una ventana una legión de diablos por el aire que traían grande ruido entre ellos : conjuré el uno que me dijese, ¿dónde venían, y por qué traían tan grande ruido? y él me respondió : que venían de la ciudad de Aquisgrán, donde había fallecido un gran señor, y porque no pudieron llevar su ánima, venían enojados; y le pregunté ¿quién era aquel gran señor, y por qué no llevaban su ánima? Y él me respondió que era Carlo Magno, y que Santiago les había sido muy contrario. Y yo les

pregunté ¿de qué manera les había sido contrario Santiago? Y él respondió: Nosotros estábamos pesando los bienes y los males que en este mundo había hecho, y Santiago trajo tanta madera y tantos cantos de las iglesias que él había fundado en su nombre, que pesaron mucho más que los males; y así nos quedamos sin tener poder alguno sobre su ánima; y el diablo súbitamente desapareció.» Hase de entender por esta visión del arzobispo Turpín, que los que edifican ó reparan las iglesias en este mundo, aparejan estancias y posadas para el otro. Fueron hechas sus exequias y honras según á tal señor pertenecía.

FIN

ÍNDICE.

